



El
hombre
fetichista

*Mimmi
Kass*

Índice

[No tengo tiempo](#)
[Un comienzo](#)
[La tienda clandestina](#)
[Asumir un riesgo](#)
[Una decisión fácil](#)
[Una propuesta extraña](#)
[La negociación](#)
[El primer encuentro](#)
[Resolución](#)
[Encrucijada](#)
[Segundo encuentro](#)
[Estás cambiando](#)
[Tercer encuentro](#)
[Compás de espera](#)
[Cruzar los límites](#)
[A sus pies](#)
[Estanterías](#)
[Agosto en Madrid](#)
[Cita vainilla](#)
[Las croquetas](#)
[No hay vuelta atrás](#)
[Agradecimientos](#)
[Mis otras novelas](#)

«Que alguien te haga sentir cosas sin ponerte un dedo encima, eso es admirable»

Mario Benedetti.

No tengo tiempo

Maleta hecha. Carpetas y tubos con los bocetos y el proyecto preparados. Durante las últimas dos semanas, lo único que acaparó su atención fue perfilar el encargo del nuevo estudio de arquitectura en el que colaboraba. El puesto sería suyo. Un sueño hecho realidad: dar por fin el salto a una firma de nivel internacional.

Aquello significó pasar muy poco tiempo con César, pero ya estaban acostumbrados. Él llegaba a casa como una sombra, comían algo juntos, muchas veces de pie en la cocina, y él se metía en la cama temprano porque al día siguiente se levantaba antes de las siete, mientras ella, fiel a su estilo búho, se quedaba en la mesa de diseño hasta bien entrada la madrugada. A veces, veía amanecer y se cruzaban. Llevaban así un par de años.

Pero esa noche fue diferente. César la abordó con una rabia que la sorprendió.

—Hace semanas que no follamos.

La lapidaria frase la sacó de su concentración, y alzó los ojos verdes y felinos con extrañeza. El sexo nunca fue una prioridad para ellos.

—¿A qué viene eso ahora?

—Levántate. Deja eso.

Lo miró, inexpresiva. César no solía ser tan agresivo en demostrar lo que sentía. Laura, su mejor amiga, solía decir que no tenía sangre en las venas, pero ella sabía muy bien que bajo la fachada aparente de afectación había un hombre tierno y cariñoso. Al menos, así fue en algún momento. Ahora no estaba segura. Una cierta amargura revestía sus últimas conversaciones y cada momento compartido.

—¡He dicho que te levantes! —dijo él, elevando la voz y cogiéndola por una muñeca.

—César, no tengo tiempo para esto. ¡Mañana presento uno de los proyectos más importantes de mi carrera! —rezongó, sin ganas. Sabía que si le daba excusas durante un par de minutos, acabaría por rendirse. Pero esta vez no lo hizo.

Tiró de ella hasta sacarla de la silla y la aferró de la melena con fuerza, obligándola a mirarlo a los ojos. « Por fin un poco de acción », pensó con cierta sorpresa.

—Nunca tienes tiempo para nada. Ahora vas a tomarte diez minutos para mí. Con eso me basta.

La arrastró hasta la habitación, ella opuso poca resistencia. A veces le daban arrebatos así, pero hacía meses que no ocurrían. La tiró sobre la cama y Carolina sopesó sus posibilidades: si se resistía, tardaría más en lograr su objetivo, lo que

podría ser divertido, pero no quería arriesgarse a lucir una marca en la piel. Cerró los ojos cuando él le arrancó el pijama a tirones y se abalanzó sobre sus pechos en una pulsión hambrienta. Funcionó. La situación la excitó; de hecho, hacía mucho tiempo que no se calentaba tanto, y clavó las uñas en su espalda al tiempo que abría los muslos para él.

Cuando César la penetró, con desesperación, soltó un jadeo por el dolor combinado con el placer, en una sensación que buscaba siempre que podía. Él emitió un gruñido de frustración mezclado con la lujuria de alcanzar el orgasmo y derramarse en su interior. Le sobraron al menos tres de los diez minutos.

Carolina no se movió mientras analizaba lo ocurrido: al final, un polvo como otro cualquiera. Él cayó sobre ella como un peso muerto e intentó apartarlo.

—¿Estás mejor? —preguntó, fracasando en revestir la frase de alguna dulzura.

Él no contestó. Rodó a un lado para alejarse de ella y se cubrió el rostro con el antebrazo. Una punzada de preocupación, ya familiar, apareció junto con el vacío que se ampliaba entre ellos cada vez que discutían o se evitaban, pero no tenía tiempo para indagar en el humor oscuro de su pareja.

Se levantó sin hacer ruido y volvió a la mesa de trabajo, donde se refugió hasta bien entrada la noche.

—Carolina.

Se desperezó, adormilada, y esbozó una sonrisa. Chocó de frente con el rostro serio de César, ya vestido. Se fijó en la raya perfecta a un lado de su cabeza y el rostro afeitado. Cubrió un bostezo adormilado con sus dedos y lo miró, aburrida de su pulcritud.

—¿Qué ocurre?

—Necesito que me dediques otros diez minutos. Con un poco más de atención que ayer, si es posible —dijo él, con un desprecio que la hizo fruncir el entrecejo.

—¿Puede ser en otro momento? —Eché un vistazo a su reloj de pulsera, que no se quitaba ni para dormir—. ¡Mierda, es tardísimo!

No le daba tiempo a ducharse. Dio un salto para salir de las sábanas y comenzó a vestirse. En el hotel se arreglaría como era debido. Ahora tenía que estar lista para el taxi, que iba a llegar en cualquier momento.

—No. Tiene que ser ahora. Quiero que te vayas de mi casa.

—No tengo tiempo para tus arrebatos, mi amor —resopló, incrédula, mientras se ponía la ropa.

No era la primera vez que ella amenazaba con marcharse, o que él la echaba

de allí. Eran momentos álgidos de discusiones absurdas, que solían acabar con ellos en la cama. Ahora, ni siquiera tenían eso.

—No te preocupes, no te voy a entretener mucho con esto. Tienes toda tu ropa en las maletas. —dijo él, señalando hacia la entrada. Carolina parpadeó un par de veces para cerciorarse de que era verdad. Sus dos maletas grandes, las que utilizaba para los viajes largos, esperaban junto a la puerta—. Sé que no tienes tiempo, así que he contratado un servicio de mudanzas para que recojan tus cosas del estudio y se lleven tus libros.

Se quedó inmóvil. Su corazón se saltó un par de latidos. César la estaba echando. De verdad. Una relación de cuatro años, dos de ellos viviendo juntos. Se esforzó en buscar en su interior un sentimiento de pérdida, pero solo encontró frialdad. Apatía. Indiferencia.

—¿No vas a decir nada? —dijo él, con la voz agarrotada por la rabia. El sonido del móvil los arrancó de la tensión del momento—. No contestes. ¡No contestes el puto teléfono!

César negó con la cabeza al ver que ella deslizaba el dedo por la pantalla. Era su taxi.

—Me voy. Recogeré las maletas a la vuelta. Lo siento mucho, cariño.

Carolina cerró la puerta tras de sí.

No sentía nada.

Un comienzo

Sonrió, satisfecha, al ver la aprobación en los rostros de su jefe y de los clientes al terminar la presentación. Estaban encantados con su trabajo, no pusieron pegas a ninguna de las propuestas, y se mostraban dispuestos a empezar cuanto antes. Carolina no solo supervisaría los diseños, también las compras y la decoración final del Hotel Boutique del Paseo del Prado.

Su contrato incluiría traslados y noches de hotel: no más precariedad al viajar. Su vida daba un vuelco en más de un sentido. No podía imaginar una celebración mejor para sus recién estrenados treinta años. Aunque acabara de perder a su pareja.

—Vamos a tomar una copa para celebrarlo. Ven, Carolina.

Sonrió y agitó la cabeza para apartar el recuerdo de César. Su jefe, Óscar, no era un hombre que aceptara un no por respuesta. Sus ojos azules, duros y directos, todavía la intimidaban. Aunque prefería marcharse al hotel a descansar, ignoró el dolor de sus pies en los tacones y siguió al grupo de hombres y mujeres hasta el ascensor.

El pub tenía esa sofisticación de los lugares decorados con mimo por los dueños. Cada detalle, desde el espejo tras la barra, la iluminación cuidada, hasta el mobiliario moderno y urbanita, buscaba atraer a ejecutivos de alto poder adquisitivo. Ella lo sabía muy bien. Sus proyectos conseguían lo mismo.

Esperó a que pidieran los demás antes de arriesgarse a beber alcohol, no quería ser la única, no quería dar ni un solo paso en falso. Después pidió para ella un *gin-tonic* suave, que sorbió con calma mientras estudiaba a sus nuevos compañeros. Parecían llevarse bien.

Óscar la observaba desde la distancia, atento a sus movimientos, pero sin incluirla en la mesa que compartía con el resto de la directiva y los clientes. Ponía una barrera jerárquica entre ellos: pese a ser la jefa de diseño, trabajaba para él, no era su igual.

No disfrutó de la velada.

No dejó de analizar el comportamiento de los demás ni un solo segundo, y vigilaba cada uno de los pasos que daba para ajustarse a lo que se esperaba de ella. Cuando se marcharon dos compañeros, consideró adecuado retirarse ella también. Se acercó a la mesa de los jefes, que seguían charlando, y se despidió, educada, pero sin ser cordial en exceso. Una pose profesional que tenía bien estudiada. Óscar sonrió, aprobador.

—Buen trabajo, Carolina. Hasta la semana que viene.

Al día siguiente solo se acercó a las oficinas para firmar el contrato, recoger sus credenciales y el cheque con el primer pago por la entrega del proyecto. Se ruborizó al ver, por primera vez en su vida, que recibía una cifra con cinco dígitos. También tenía un sobre con las instrucciones para recoger la tarjeta de crédito de la empresa en el banco y el dinero de las dietas. Sonrió. El presupuesto mensual para viajes y hotel le permitiría afrontar con calma los próximos meses.

La realidad la golpeó al llegar de vuelta a Oviedo. No tenía a dónde ir. No sabía a quién llamar. César no contestaba a sus mensajes y prefirió no acudir a su madre. No hablaban desde hacía semanas.

Pero siempre estaba Laura.

—¡Dichosas las orejas que te escuchan! ¿Y este milagro?

Carolina se sintió culpable por primera vez, de verdad. Laura era incondicional: no importaba cuánto tiempo pasara, las veces que la dejara plantada o los cambios de planes de última hora que hiciese. Siempre estaba ahí. Se dio cuenta de que era una mala amiga y una mala hija. Y una pésima pareja.

—Laura, sé que he estado un poco ausente. —Ignoró el resoplido irónico al otro lado del teléfono—. César y yo hemos roto, me ha echado de su piso y no tengo a dónde ir.

—Lo sé. Tengo tu ropa —dijo ella con tono culpable—. No te dije nada para ver cuándo me llamabas.

No era una mala amiga. Era una amiga de mierda.

—Lo siento, Laura. Yo..., sabes que no tengo tiempo para nada. Pero... ¡he ganado el proyecto! Tenemos que celebrarlo —dijo con entusiasmo forzado.

—Vente a casa, te espero.

Se quedaría en el pequeño apartamento de Laura de manera temporal, hasta encontrar algo. Un pisito cálido y acogedor en el centro, atiborrado de libros, que le encantaba. Intentó diluir el sentimiento de culpa en una borrachera de celebración con ella, y atiborró su nevera con la comida y bebida que más le gustaba.. Y el próximo viaje a Madrid, iría con ella. Era profesora, y siempre se quejaba de no llenar las horas libres en verano. Un viaje juntas a la capital era el regalo perfecto. Y así no estaría tan sola.

Solo quedaba una cosa por arreglar: los implementos del estudio de diseño montado en la habitación libre del piso de César estaban en casa de su madre.

No podía posponerlo más, así que le mandó un mensaje y se acercó en coche hasta el chalé.

—¿Mamá? Ya estoy aquí. —Entró en la vivienda ajardinada, cuya puerta estaba siempre abierta. Ventanas de vivir en las afueras de una ciudad tranquila. Las persianas cerradas para evitar el calor generaban un ambiente oscuro y opresivo. Se estremeció y abrió una ventana para disipar la sensación de claustrofobia.

Caminó hasta su antigua habitación y reprimió un nuevo acceso de culpa. Todo estaba embalado con sumo cuidado. La mesa para diseñar, su herramienta de trabajo más valiosa, tenía los cantos protegidos con papel de burbuja. No había contratado una empresa de mudanza, lo había hecho él mismo. Se dio cuenta de que echaba de menos a César más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Cómo es eso de que tú y César habéis roto?

Nada de saludos. Nada de preguntarle por su proyecto. Ni por su vida como mujer soltera e independiente; lo único que le interesaba a su madre de ella era su pareja. Tenía la sensación de que siempre la ponderaba según el hombre que tuviese al lado en ese momento. César era el perfecto a sus ojos: abogado, un buen puesto, asentado en su trabajo, atractivo pero no demasiado, y muy educado.

—No, mamá. Él ha roto conmigo, que es muy diferente —puntualizó, para dejar las cosas claras desde el inicio de la conversación—. Me ha echado de su piso, de hecho.

—Carolina, hija... ¡No entiendes a los hombres! —se lamentó su madre. Odió su voz cansada, no quería lecciones—. Si le pides volver, te recibirá con los brazos abiertos. ¿Es que no lo ves?

Un chispazo de esperanza atravesó el pecho de Carolina al considerar la posibilidad, pero solo duró un segundo. ¿Volver? No. No tenía ningún sentido. Su vida estaba cambiando, y César quedaba atrás.

—No. No lo veo. En cuanto tenga un sitio para colocar mis cosas, vendré a buscarlas —dijo, dándole un beso a su madre en las mejillas, a modo de saludo y también de despedida—. Disculpa si te ocasiono algún inconveniente, será por poco tiempo.

—¿Ya te vas? ¿No te quedas aquí? —Su madre estaba herida por el rechazo, podía verlo—. ¿Dónde dormirás? Ya sabes que estoy aquí sola.

—En casa de Laura, pero no te preocupes. El miércoles viajo a Madrid y espero tenerlo arreglado para entonces.

No esperó a la respuesta de su madre y salió de la casa. Ya tenía treinta años, suficientes para desprenderse del control casi obsesivo que ejercía sobre ella, hija única, acentuado con la muerte de su padre hacía ya cinco años. Con su madre no podía respirar. Su modo de amar era asfixiante y opresivo. Entendía que estaba sola,

pero cada intento de acercamiento se convertía en reproches y quejas, en lágrimas dramáticas y problemas imaginarios que buscaban atarla a ella. No. No podía volver allí.

Se dirigió al centro de Oviedo con las direcciones de varias inmobiliarias. Tenía que resolver aquel problema. Ya.

—Seguro que acabas encontrando algo —la consoló Laura, después de salir despavoridas del último piso que visitaron. Carolina soltó un gemido de frustración.

—Este es el cuarto sitio que hemos visto en dos días, ¡y ninguno me gusta! —dijo, enfadada—. ¡Esta ciudad es una mierda!

Su amiga la observó en silencio.

—Carol, ¿te puedo dar un consejo? ¿Por qué no te planteas buscar algo en Madrid? —Se detuvo, en mitad de la calle Uria, e hizo un gesto señalando a su alrededor los imponentes edificios señoriales—. Oviedo es una ciudad preciosa y llena de vida. La que no encaja aquí eres tú.

Volvieron al apartamento de Laura en silencio. El entusiasmo por el viaje se había diluido un poco y Carolina hizo las maletas sin ganas, taciturna. No paraba de darle vueltas a lo que su amiga había dicho. Era una sensación que tenía desde siempre, que Oviedo no era su sitio. Muchas veces la tacharon de esnob, de pedante, de pija, de arribista... por burlarse del ambiente pueblerino y atrasado de la ciudad. Se quedó a estudiar la carrera solo porque su padre estaba muy enfermo, y cuando murió no quería dejar a su madre sola, pero ahora lo sentía más que nunca. La necesidad de salir de allí. De buscar su lugar.

—¿No te habrás enfadado conmigo por lo que te dije? —interrumpió Laura sus pensamientos con esa voz burlona y despreocupada—. Llevas con cara de acelga toda la tarde.

Carolina se echó a reír, desarmada. Dejó lo que estaba haciendo para darle un abrazo.

—No, para nada. Creo que tienes razón. Si quieres, puedes acompañarme a mirar algo. —El rostro de Laura se iluminó con la idea—. Tengo muchas ganas de estos días que vamos a pasar en Madrid.

La tienda clandestina

La luz del semáforo se puso en verde y, agarrando a Laura del brazo, apretó el paso para atravesar la calle Goya, en dirección a Claudio Coello. Por fin Madrid. Tenía en mente gastarse una absurda cantidad de dinero en zapatos, lencería y ropa. Una catarsis como otra cualquiera después de una ruptura.

Después de todo, la causa de que César la hubiera dejado era, justamente, lo mucho que la absorbía su trabajo. Bien. Era momento de que el dinero que ganaba con él reportase alguna satisfacción. Necesitaba celebrar.

—Carol, ¡baja un poco el ritmo! —protestó su amiga, intentando mantener su rápido taconeo por la pendiente de la calle. Ella disminuyó la velocidad de sus pasos. Siempre rápido. Siempre corriendo.

—Lo siento —se disculpó, compungida—, estoy acelerada y no sé por qué.

—¡Relájate! Vamos de compras, ya has terminado la jornada por hoy y no tienes nada pendiente. Vamos a disfrutar. Dis-fru-tar —vocalizó, con tono irónico—, si es que aún te acuerdas de qué es eso.

Carolina prefirió ignorarla. Laura tenía una vida sencilla que a veces envidiaba: ningún sobresalto, ninguna complicación. Volvió a cogerla del brazo y caminaron junto a los escaparates de las lujosas *boutiques*.

Pero iba a ser uno de esos días. Cuando se probó el cuarto par de zapatos de tacón, Laura ya había desconectado y curioseaba por la tienda sin prestarle atención. La vendedora había cambiado su sonrisa obsequiosa por una mueca más forzada. Nada le servía. Nada le quedaba bien. Ni siquiera los fabulosos « Manolos » de tacón de catorce centímetros.

—Anda, vamos a probar con la lencería. A ver si te pones de mejor humor —gruñó su amiga.

Carolina emitió un suspiro resignado y, despidiéndose de la dependienta con una sonrisa culpable, la abandonaron entre cajas destapadas y papel pinocho de colores.

—Creo que deberíamos volver al hotel —murmuró. Estaba cansada. Llevaba toda la mañana trabajando sin un minuto de tregua. Laura se volvió, consternada.

—Carol, no puedes seguir así. ¡Tienes que vivir! César tenía razón en una cosa, ¿sabes?

—¿Cómo eres capaz de decir eso? —respondió, dolida—. ¡Eres mi amiga! Ella negó con la cabeza y puso las manos sobre sus hombros.

—Trabajas demasiado. Y desde que rompisteis, te has encerrado en el trabajo aún más. —Su voz mostraba verdadera preocupación—. ¡Te echo de

menos!, y el resto de las chicas también. No haces más que meter las narices en el ordenador y en los diseños. Vivir, Carol. Necesitas vivir. —Hizo una pausa y le lanzó una mirada culpable—, y necesitas sacar a César de tu sistema.

—Te aseguro que César ya no está en mi sistema —contestó, vehemente—, en cuanto a lo otro... —Bajó la cabeza, derrotada—. Tienes razón, ¿vale? Y lo estoy intentando.

No tenía ninguna excusa. Su trabajo era exigente. Ser diseñadora de interiores *free-lance* le permitía ser fiel a su estilo, pero estaba empezando a labrarse un nombre y no podía permitirse el lujo de rechazar proyectos. Y menos cuando eran tan importantes como el que tenía ahora entre las manos.

En cuanto a su ex, podía tener parte de razón, pero el trabajo no había sido más que una excusa. La relación no funcionaba desde hacía meses y ambos lo sabían. Ella misma le habría puesto fin... si hubiera tenido tiempo.

—Venga, vamos a Agent Provocateur, eso seguro que me anima —terminó por decir, fingiendo entusiasmo en una sonrisa. Laura pareció convencida y juntas caminaron de nuevo por la calle.

Comprarse lencería siempre la animaba. Por fuera, vestía elegante y chic, aunque a veces pecaba de excesiva sobriedad. Pero debajo... le encantaba saber que llevaba piezas especiales. Adoraba el tacto de la seda, el encaje y el tul, y se dejaba un buen pellizco del sueldo en ropa interior. «AP» era una de sus favoritas, pese a que intentaba cerrar los ojos cuando pasaba frente al escaparate para no arruinarse. Esta vez, sería indulgente. Necesitaba un exorcismo de compras absurdas. Así quizá podría sacudir ese molesto sentimiento de culpa. Culpa por no tener tiempo para su familia, para sus amigos... ni para su pareja.

Laura aplaudió con entusiasmo cada uno de los modelos que se probó, pero cuando Carol sugirió que también se probara alguno, ella se echó a reír y negó con la cabeza. Ella se decantó por un modelo inspiración *bondage*, de tiras negras satinadas que abrazaban sus pechos, su cintura y las caderas, haciendo justo lo que un conjunto de lencería de ese calibre debía hacer: resaltar la belleza de las curvas y matizar aquello que prefería que no se viera demasiado. Después de pagar, Laura la arrastró hacia la calle.

—Yo no tengo tu caché, querida. Ven, hay un sitio que me encanta un poco más abajo y que sí me puedo permitir.

«Alma Bloom», leyó en el escaparate. La tienda era muy bonita, exhibía modelos *sexys* y originales y la etiqueta de los precios no era desorbitada. Laura eligió varios y entró en los vestidores, rechazando con energía el ofrecimiento de ayuda de Carolina.

—Tú no me sirves. No eres objetiva, ¡según tú, todo me queda bien! Prefiero que me ayude ella —dijo, señalando a la chica que traía varias perchas con prendas de su talla—. Vete a curiosear por ahí.

Carolina deambuló por los mostradores. Era terrible. Aquí también había conjuntos que le gustaban. Se volvió hacia los probadores cuando una escalera que conducía a un pasillo pintado de rosa palo y con una iluminación muy tenue llamó su atención. Le vendría bien ir al cuarto de baño, así que bajó los escalones.

—Dios mío... —susurró al llegar al piso inferior.

Jamás había visto nada parecido.

Una gruesa moqueta de color granate cubría el suelo, haciendo que sus tacones se hundieran con una sensación untuosa. Las paredes mezclaban el rosa palo, el negro y el dorado con gusto exquisito, equilibrando elegancia y barroquismo de manera perfecta. La mirada profesional la llevó a fijarse primero en las arañas de cristal que emitían una luz cálida, y en el tapizado capitoné de las puertas, que le daba un aspecto decadente. Pero cuando vio las piezas de lencería, abandonó el análisis para deleitarse como una niña ante el escaparate de una tienda de golosinas.

—Dios. Mío —volvió a decir, esta vez con reverencia.

Fascinada, deslizó la yema de los dedos por el modelo exhibido en un busto de maniquí. Se trataba de un corsé de seda verde esmeralda, bordado en hilo de oro, con detalles de raso negro en las copas del pecho y en las caderas. Unas pequeñas arandelas doradas decoraban los tirantes y los ajustes, y unos coquetos lazos de terciopelo remataban las costuras para disimular las terminaciones. Simplemente maravilloso.

—Es una pieza única —la despertó de su ensoñación una voz masculina—, estoy seguro de que te verías espléndida con ella.

Carolina se volvió, divertida por el atrevimiento del desconocido. Su sonrisa mordaz se congeló. Sus ojos se engarzaron con una mirada oscura y sensual que la contemplaba desde varios centímetros más arriba. Muy atractivo, de un modo enigmático. El hombre esbozó una sonrisa y ella continuó inspeccionando los modelos, en un intento de ignorar a su inesperado acompañante. Cuando avanzó a la siguiente hilera de prendas, en tonos rojos, él volvió a hablar.

—¿Por qué no te lo pruebas? —sugirió.

Ella lo miró de nuevo, esta vez con hostilidad. ¿Qué buscaba con aquella conversación?

—¿Es usted dependiente de esta tienda?

Recalcó el tratamiento de usted para marcar las distancias. Y la pregunta era retórica, tenía claro que no lo era, pero no entendía su interés en venderle los conjuntos. No necesitaban ninguna promoción... en el hipotético caso de que pudiera pagarlos, claro. Casi se atragantó al ver el precio del corsé.

—Prefiero no frustrarme. Esto está, por mucho, fuera de mi presupuesto —murmuró, más para sí misma que para él.

Él alzó las cejas, dedicando una mirada sarcástica y a la vez educada a la

lujosa bolsa rosada con letras negras que colgaba de su brazo con el conjunto de Agent Provocateur. Vaya. Un hombre que entendía de lencería. ¿Fetichista, quizá? Carolina lo estudió con curiosidad.

Alto, fornido y muy, muy moreno. Vestía una impecable camisa blanca, un pantalón *beige* y zapatos ligeros de cordón. Destilaba elegancia. Sus labios eran gruesos y sensuales, y Carol se sorprendió al preguntarse cómo se sentirían sobre los suyos.

Él alargó un brazo hacia la hilera de ropa y, echando una mirada a la etiqueta, le tendió una percha, sacándola de su ensoñación.

—Tome. Es su talla. ¡Pruébeselo! Me encantaría mirarla con él puesto. Si me lo permite, claro está.

¿Ahora la trataba de usted, pero le hacía semejante petición? Meneó la cabeza, anonadada por su descaro, que no encajaba bien con la expresión cortés y reservada de su rostro. Desarmada, se echó a reír. Esto sí que era un abordaje distinto

—Lo normal es que me inviten primero a un café —bromeó.

El hombre soltó una carcajada estentórea y Carolina se bebió la imagen de su boca plena, los ojos castaños brillantes y directos y, sin saber por qué, reparó en las arrugas de expresión de su rostro. ¿Qué edad tendría?

Una mujer rubia, vestida con una camisa blanca y una falda ceñida negra, que rodeaba su cintura con un corsé de cuero granate, se apresuró con rostro consternado a hacerlos callar.

—Por favor, estamos en un taller. Les ruego que bajen la voz —advirtió. Le echó un vistazo a la prenda que el hombre seguía sujetando en la mano—. ¿Quiere probársela? Aquí están los vestidos.

Carolina la siguió por la pura curiosidad de ver cómo era el resto de la tienda. Al entrar en la siguiente estancia, reprimió una exclamación de sorpresa. A la derecha, junto a más lencería, se exhibían máscaras de atrezo realizadas en cuero que representaban distintos animales, antifaces de encaje y varios artilugios para *bondage*. A la izquierda, una lujosa vitrina de cristal mostraba los más diversos juguetes sexuales, al lado de una jaula de acero.

—Joder —murmuró, sorprendida. ¿Qué clase de tienda era aquella?

La chica apartó a un lado una pesada cortina de terciopelo, descubriendo un amplio vestidor, y Carolina volvió en sí, tomando conciencia de nuevo del hombre, que aún portaba la percha con el corsé y el ligero, caminando tras ella.

—¡Estabas aquí! —escuchó de pronto la voz aliviada de Laura—. ¿Has visto qué sitio? ¡Es alucinante! ¿Has visto los precios? —Se detuvo unos segundos a contemplar a su acompañante misterioso, pero la agarró del brazo, mostrando sin disimulo su incomodidad, y tiró de ella hacia la salida—. ¿Nos vamos?

Carolina opuso una involuntaria resistencia, reacia a marcharse. Pero, de

pronto, el sentido común pareció volver de nuevo a ella. ¿Qué pretendía? ¿Probarse una pieza de lencería que superaba las cuatro cifras? ¿Ante un completo desconocido? Estaba loca.

—Sí, sí. Vámonos —susurró, agitando la cabeza para enfocar su concentración.

—Es una pena —se lamentó el hombre, dejando caer de sus labios una sonrisa resignada.

Mientras su amiga la arrastraba hacia la salida, intercambiaron una última mirada.

En la oscura de él, se leía un anhelo extraño. En la de Carol, una curiosidad por algo que jamás había tenido la oportunidad de experimentar.

Asumir un riesgo

Martín observó el caminar apresurado de las dos mujeres, hipnotizado por el detalle de las sandalias de tacón de la de ojos verdes. La línea de su tobillo era delicada y las pantorrillas se torneaban para estrecharse de nuevo en las corvas y ascender por unos muslos firmes que se perdían bajo el ruedo del vestido. Levantó lentamente el borde de la tela en su mente, saboreando la idea de sus nalgas firmes cubiertas por encaje. Negro. Sofisticado. O mejor rojo.

La sobriedad de su ropa no casaba bien con el descaro de su mirada y la fiereza de sus palabras. Quizá era de esas mujeres que erigían una fachada de perfección y eficacia, pero que escondían fuego ardiente entre sus piernas. Esbozó una sonrisa y dejó la prenda en el colgador, pero al alejarse unos pasos hacia lo que había ido a buscar en un inicio, se dio cuenta de algo. Ella había llegado hasta el probador. Había considerado la posibilidad de vestir aquella prenda para él. Un momento de indecisión lo clavó en mitad de la tienda y volvió sobre sus pasos. Si había comprado en Agent Provocateur, seguramente tenían sus datos. Cogió el lujoso corsé y sonrió. Valía la pena arriesgarse.

Salió de allí con la bolsa de su nueva adquisición y caminó hacia Agent Provocateur con cierta ansiedad. Debía mantener la sangre fría, no elevar demasiado las expectativas. En otras ocasiones ese tipo de aventuras habían acabado en decepciones, o en auténticos fiascos, pero no podía dejar pasar lo que intuía como una oportunidad inaudita. Había poca gente en la calle, y echó un vistazo a su reloj. Perfecto. Las cuatro. La tienda estaría vacía, sin testigos del pequeño crimen que tenía pensado cometer.

La dependienta sonrió y sus ojos se iluminaron al verlo. Era un buen cliente y se aprovecharía de ello. Curioseó por los mostradores, declinando el ofrecimiento de ayuda para elegir un conjunto, en búsqueda de la prenda perfecta. Sonrió, resignado, sabiendo que se arriesgaba a engrosar con dos conjuntos más la parte de su armario en la que más invertía. Daba igual. La posibilidad, aunque mínima, estaba ahí: ella tenía curiosidad, se sentía atraída por él y la idea de complacerlo. Lo leyó con claridad en sus labios entreabiertos y sus pupilas dilatadas.

Encontró unas piezas de tul casi transparente, líquido al tacto, repujado con cristales y raso. No dejarían nada a la imaginación. Su pene latió con la mera idea de verla a ella, y no a otra, con las prendas puestas y solicitó la talla con amabilidad.

Ya tenía el gancho y la excusa.

—Muy buena elección, señor. ¿Necesita algo más?

Él sonrió, volcando en esa sonrisa todo su encanto, y apoyó sus manos en el mostrador, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Sí, gracias. Necesito que me ayudéis con algo. —Levantó la bolsa de la tienda clandestina e imprimió a su voz un tono de una octava más baja—. Una mujer, con la que he estado hablando en otra tienda, se ha dejado esta bolsa olvidada. Tenía también otra bolsa de Agent Provocateur y me comentó que acababa de estar con vosotras... —Hizo una pausa estudiada y paseó su mirada por la tienda, pensativo—. ¿Podrías decirle que la tengo yo?

Las dos dependientas intercambiaron una mirada rápida y la que era su interlocutora esbozó una sonrisa vacilante mientras tecleaba algo en el ordenador. Asintió y se colocó el pelo tras la oreja en un gesto involuntario de coquetería.

—¿Carolina Bauer? Sí, tenemos sus datos... podríamos llamarla, pero...

Martín forzó la mano. Se inclinó aún más hacia ellas, su sonrisa se tornó más perversa y sus ojos oscuros destilaron esa dominación que dejaba ver solo en contadas ocasiones.

—Carolina. Sí. Os pongo en un aprieto, lo sé, pero no quiero molestar. Si me facilitáis su número de teléfono, la llamaré yo directamente. —Las mujeres se echaron a reír, incrédulas, pero él no las acompañó, y endureció su gesto. Tenía que conseguir su número. Como fuese—. Vamos... en nombre de las casualidades imposibles de esta vida, ¿me ayudáis a dar con ella?

—Lo siento mucho, no podemos darle sus datos. Estaríamos cometiendo un delito —dijo la que llevaba la voz cantante—. Espero que tenga suerte en su búsqueda.

Martín se contuvo para no insistir. La mujer no se lo había puesto fácil, pero al menos contaba con un nombre. Bauer. Un apellido alemán. ¿Cuántas Carolina Bauer habría en España?

Demasiadas, como comprobó al hacer una pequeña búsqueda en Google. Miró varios perfiles de Facebook sin obtener ningún resultado, hasta que se dio cuenta de que no había acotado la búsqueda en España. Al hacerlo, los resultados se redujeron bastante y pudo afinar un poco más. Siguió durante otra media hora sin encontrar nada, y, a punto de tirar la toalla, tecleó en el ordenador «Carolina Bauer Agent Provocateur Bordelle Lencería», y sonrió.

«Mira, **Carolina Bauer** este modelito de Agent Provocateur sí que es

lencería de verdad».

Alguien la había etiquetado en Facebook y pudo localizar su perfil. Con un estremecimiento, se dio cuenta lo fácil que era localizar a una persona tan solo teniendo su nombre. Con curiosidad, clicó en su perfil. Cerrado a cal y canto.

—Enhorabuena, Carolina Bauer —murmuró con fastidio—. No eres tan fácil de encontrar.

Pero su información sí dejaba ver que era Diseñadora de interiores y decoradora en CreaTech. Buscó la web de la empresa. Aparecía su nombre, pero ningún dato en la cuidada y moderna página del estudio de arquitectura. De todos modos, llevaba trabajando allí poco tiempo. Estaba a punto de rendirse de nuevo, cuando pensó en LinkedIn. Accedió a su propio perfil y la buscó desde dentro.

Bingo.

Una mujer un poco más joven que la que él había conocido aparecía con pose profesional en una foto de medio cuerpo, junto a un impresionante currículum. Buscó en los datos de contacto y comprobó con alivio que facilitaba un número de teléfono. Estaba dispuesto a abordarla por *e-mail* si no le quedaba más remedio, pero le parecía demasiado impersonal.

Creó el contacto en su teléfono. Ahora solo faltaba armarse de valor para llamarla.

Una decisión fácil

No sabía qué hacer. Había visto un par de sitios en San Chinarro y en Las Tablas que se ajustaban a lo que necesitaba, pero le parecían carísimos al lado del precio de los alquileres en Oviedo. Nunca había pagado por una vivienda; pasó de la casa de sus padres a la de César, y desembolsar casi mil euros por un piso de dos habitaciones le parecía tirar el dinero. Laura le había dicho una y mil veces en aquellas dos semanas que llevaba con ella que se quedara el tiempo que quisiera, pero, por otro lado, Carolina echaba de menos su propio espacio. Y su madre ya se había quejado varias veces de que su material de diseño estorbaba.

El hecho de que César la invitara a cenar con la excusa de hablar no facilitó la decisión. Tenían reserva en el restaurante del hotel Reconquista, un lugar imponente y del todo innecesario para una cena de aquellas características. Cuando él la agarró de la mano sobre la mesa y apretó sus dedos, supo lo que venía.

—Carolina, quiero que vuelvas conmigo. Estas dos semanas han sido un infierno. Te hecho de menos.

Los cuatro años que habían pasado juntos se le vinieron encima de manera inesperada, toda su historia, los momentos compartidos. César estaba muy guapo. Estaba más delgado, se había esmerado en arreglarse para ella. Volver a su lado lo haría todo tan fácil...

Titubeó, sin darle una respuesta clara durante toda la cena. Estuvo a punto de claudicar cuando la acarició en el muslo por debajo de la mesa, bordeando el encaje de sus bragas, y le ofreció subir a una habitación.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas cuando salió a la calle, con una sensación de ahogo, tras darle una negativa definitiva. Después de dos semanas, se daba cuenta de que su historia con César había acabado. De verdad.

Lloró por fin, en el hombro de Laura, aceptando la realidad. Ya no sentía culpa ni rabia, solo tristeza por lo que había perdido. Lo que pudo haber sido y no fue. No encajaban, así de sencillo. Hacían una bonita pareja por fuera; por dentro, eran dos personas que hacían su vida conviviendo en el mismo espacio como si fuera por

casualidad, como los raíles paralelos de una vía abandonada del tren, cuyos travesaños se han ido perdiendo hasta dejar kilómetros sin ninguna conexión.

Ahora lo tenía más claro, y cuando su jefe la convocó a una reunión para ofrecerle un nuevo proyecto que la encadenaría a Madrid al menos por un año, tomó la decisión. Alquilaría el piso de Las Tablas. Después..., bueno. Tenía todo un año para mostrar de lo que era capaz.

Fue a la inmobiliaria a firmar el contrato aquella misma tarde, al salir del trabajo. No había problema, podía adelantar los dos meses de fianza, pero exigió que pintaran las paredes de blanco, sacaran los escasos muebles que quedaban e hicieran una limpieza a fondo. Si todo iba bien, a principios de agosto se mudaría a su nueva casa.

Cuando llegó de vuelta a Oviedo, miró sus dos maletas con otros ojos. Su vida se reducía a aquellas dos maletas, a unas cuantas cajas con libros y a su estudio de diseño embalado en casa de su madre, a la espera de que se lo llevara a Madrid. Era perfecto.

—Le vas a romper el corazón a tu madre, lo sabes —observó Laura, después de abrazarla y felicitarla como si estuviera de cumpleaños. Abrieron una botella de vino y se repantingaron en el sofá. Últimamente cualquier cosa era buena excusa para brindar. Lo necesitaba. Llevaba encorsetada en aquel ritmo de trabajo infernal durante meses y era hora de echar el freno. De vivir. De dejarse llevar.

—Lo sé. Mañana mismo iré a hablar con ella. Es mejor hacerlo cuanto antes —dijo con decisión—. Si no, me acobardaré y se lo diré cuando lleve tres meses viviendo allí.

Reír era terapéutico. Laura enumeró las veces que Carolina le había ocultado cosas a su madre, a veces tan absurdas como haberse comprado sus primeros tacones; otras importantes, como el haber roto con César, y verlo con la perspectiva de los años la divertía. Pero no se engañaba. Su madre era tóxica y dependiente. De un modo u otro, se lo haría pagar.

Se metió en la cama bastante achispada, pero no lo suficiente como para borrar la preocupación por la conversación que la esperaba al día siguiente. Estaba inquieta, ansiosa. Se dio cuenta, con interés desapasionado, que no recordaba la última vez

que se había masturbado, pero le dio pereza rebuscar en la maleta su vibrador. Además, seguro que estaría descargado.

Sin demasiadas ganas, pero con la necesidad acuciante de relajarse, deslizó la camiseta de seda sobre su abdomen hasta dejar los pechos al descubierto. Sus pezones, al entrar en contacto con el aire fresco de la noche, se frunció provocando un cosquilleo que ascendió hasta su boca. Entreabrió los labios, notando cómo se cubrían de humedad y se hinchaban al pasar la lengua por ellos. Echaba de menos una boca que los saboreara, una polla a la que complacer, el peso de un cuerpo masculino sobre su propio cuerpo. Suspiró, desbordada por el anhelo de alguien más en su cama.

Llevó las manos a sus pezones y los acarició en un intento de aplacar la necesidad. Se tendió en la cama y cerró los ojos. Hacía mucho calor, no tanto como en Madrid, pero al estar en julio se notaba el aumento de temperatura. A veces echaba de menos la lluvia y el frescor del invierno asturiano.

Aquello no funcionaba, estaba demasiado distraída.

Se concentró en las sensaciones que los dedos generaban en su cuerpo. Situó una de las manos entre sus piernas. ¿Qué bragas llevaba? Unas blancas, de algodón ribeteado en encaje, con una tira fina en las caderas. Simples y cómodas. Nada que ver con el conjunto que había visto en la tienda clandestina. Fantasé con cómo se vería cubierta por aquella prenda y sus pensamientos la llevaron al recuerdo del hombre que la abordó. ¿Qué habría sido del hombre fetichista? Pensar en él disparó su excitación. Recordó la boca de labios gruesos y sensuales, sus ojos oscuros. Imaginó aquellos labios recorriendo su piel y su sexo, y se dejó acunar por la ensoñación hasta llegar al orgasmo.

Una propuesta extraña

—¿Qué te pasa, Carol? Estás en la luna.

Carolina sorbió por la pajita de su daiquiri de fresa, evitando responder a su compañera. Vagó la mirada por la magnífica vista de la terraza del Hotel Urban, donde se reunían para acabar la jornada, dándole vueltas al encuentro con el hombre fetichista. Así lo había bautizado, y así pensaba en él. Tenía todos y cada uno de los detalles de la tienda grabados en su retina, y un rostro masculino se cruzaba en sus pensamientos una y otra vez. En un principio no le dio demasiada importancia a su encuentro, con demasiadas cosas en la cabeza en las que pensar, pero últimamente el recuerdo volvía y volvía en bucle.

«Me encantaría mirarla con él puesto».

Esa palabra encerraba un matiz distinto. No verla. Mirarla. Contemplarla. Fetichista, sí. Pero también *voyeur*. ¿Cómo sería exhibirse ante un completo desconocido? Fantaseó con la imagen de su cuerpo cubierto por un delicado conjunto de encaje, frente a un hombre. No percibió que su boca se entreabría, y se pasó la lengua por los labios, distraída. Su respiración se hizo más rápida y profunda y sus pezones se erizaron. ¿Cómo sería... hacerlo para él?

—Carolina, ¿estás bien?

La expresión intrigada de su compañera provocó que se echara a reír, y volvió a anclarse a la tierra. ¡Ridícula! Se incluyó en una conversación cualquiera con los demás, pero acarició en su mente aquella idea, hasta que el cansancio y los tres daiquiris marcaron el fin de la noche.

Domingo. Día de volver a Oviedo, y no le apetecía nada abandonar la capital. Había pedido el *late checkout* y podría remolonear hasta tarde. Comprobó que, de hecho, acababa de perderse el desayuno, pero aquella enorme cama era demasiada tentación. Aunque ya estaba cansada de vivir en hoteles, era demasiado impersonal. Cada semana que pasaba en Madrid sentía que la ciudad la alejaba más y más de su lugar de origen. Ahora que había tomado la decisión, se le hacía cuesta arriba volver. Dos semanas. En dos semanas tendría el piso listo para montar su estudio y unos pocos muebles encargados en Ikea.

Se desperezó mientras disfrutaba de los rayos de sol del mediodía, valorando si debería emplear sus últimas horas en Madrid en algo productivo, cuando sonó su móvil. Distraída, contestó sin mirar la pantalla.

—¿Diga?

—Hola.

La voz masculina, profunda, aunque titubeante, la hizo incorporarse con brusquedad sobre la cama. Era él. ¿Era él? ¡Era él!

—¿Sí? —preguntó, imprimiéndole toda la suspicacia que fue capaz de reunir en unas pocas décimas de segundo a la palabra. No. Había escuchado mal. No podía ser él.

—Escucha, por favor. Cuando nos conocimos, empecé con mal pie. — Carolina se llevó una mano al pecho. De pronto, su corazón latía de manera brutal —. Me porté como un cerdo y me gustaría pedirte disculpas. ¿Sabes quién soy?

—Oh. Ah. Sí. Eres el hombre fetichista. —Casi se atragantó al escuchar las palabras salir de su boca sin filtro—. Quiero decir... eh... —De nuevo esa risa atronadora y espontánea se escuchaba al otro lado de la línea. Recordó a la perfección los ojos oscuros y la boca perversa.

—Me lo merezco. Soy Martín. Por favor, acepta comer conmigo. No sé qué demonios me pasó, no suelo abordar así a desconocidas... He tardado una eternidad en dar contigo. —Se detuvo unos segundos, dudando—. Déjame demostrarte que no soy ningún psicópata. Al menos, déjame invitarte a un café.

Carolina se debatía entre el sentimiento inmenso de curiosidad y atracción por el desconocido y el sentido común, que le advertía que huyera justo en la dirección contraria. Pero tenía que comer, ¿no? Las palabras de Laura resonaron en su cabeza. «Tienes que vivir». Perfecto. Hoy era tan buen día para empezar a hacerlo como cualquiera.

—De acuerdo, Martín. ¿Dónde nos vemos?

Debía de estar loca. Loca de remate.

Mientras se daba los últimos retoques frente al espejo, una mezcla de entusiasmo y temor fue fraguando un nudo de nervios en la boca de su estómago. Iba a llegar tarde. Se había demorado una eternidad en elegir entre el escaso vestuario de su maleta lo que luciría en aquella comida. Un vestido azul marino con lunares blancos, un cinturón ancho de color rojo y sus sandalias de charol. Un estilo veraniego y *pin-up*. Sofisticado, sin ser demasiado arreglado.

Quedaron frente a la puerta de Goya del Museo del Prado, pero cuando el

taxi frenó en el cruce del Paseo con la calle Felipe IV, su resolución empezó a flaquear. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Estaba loca o qué? Todos los convencionalismos sociales de su educación desfilaron ante sus ojos, provocando un duelo a muerte entre su raciocinio y su instinto. Divisó por la ventanilla del vehículo la figura varonil de Martín, de pie, inmóvil y de espaldas a ella.

Y entonces se volvió.

Sus miradas se encontraron y él esbozó una sonrisa tenue, casi imperceptible. Carolina estaba segura de que sus dudas se reflejaban con total transparencia: la curiosidad contra la prudencia. El deseo contra la razón. Se mordió los labios, ignorando la desabrida advertencia del conductor de que el taxímetro seguía corriendo. No quería irse. No podía quedarse.

Martín retornó a su posición inicial, de espaldas a ella. Le estaba dando la oportunidad de marcharse sin testigos, y eso despejó sus reticencias. Le tendió dinero al taxista y, sin esperar la vuelta, se bajó del vehículo con decisión.

Los metros hasta el hombre que la esperaba se le antojaron años luz.

Grabó la imagen de su nuca, la espalda recia, las manos reposando en los bolsillos con gesto casual y la línea impecable de sus pantalones justo bajo la curva de su trasero. Sabía que estaba viviendo un momento único.

—Dime una cosa —murmuró cuando llegó junto a él, tan cerca que casi se tocaban—. ¿Cómo has conseguido mi número?

Él permaneció con la mirada fija en el frontal del edificio.

—Soy un buen cliente de la tienda que te gusta. Y tenía una buena excusa.

—¿Qué excusa?

Él la miró por fin, con esa sonrisa casi inexistente pendiendo de los labios y esos ojos oscuros y francos. Carolina no pudo evitar corresponder sonriendo a su vez.

—Volver a verte. Para pedirte perdón. Les conté toda la historia y... —Amplió su sonrisa y ella se fundió como el chocolate caliente—. Conseguí que me dieran tu nombre: Carolina Bauer.

Ignoró la voz de la Señorita Rottenmeier advirtiendo que tanto él como las dependientas de la tienda habían cometido un delito. ¿Qué más daba? No los iba a denunciar a estas alturas.

—¿Te llamas Martín, qué más? —preguntó, algo brusca. Él se echó a reír.

—Martín Guerrero, pero ¿qué importancia tiene?

Carolina se mordió la lengua, la siguiente pregunta casi escapó de su boca. ¿Cuántos años tendría? No era capaz de afinar una cifra entre los treinta y los cuarenta, aunque sospechaba que más bien se acercaba a la cuarta década. Eso suponía unos diez años de diferencia entre ellos, pero ¿qué importaba? Sospechaba que él no contestaría demasiadas preguntas.

Martín la dirigió con gentileza con una mano apoyada en la parte más estrecha de su espalda y cruzaron la calle. Ella tragó saliva, sumida en un estado de alerta. Era muy consciente de la posición de esos dedos sobre la piel desnuda. No alcanzaron a recorrer más que unos pocos metros y él se detuvo. Lo miró sin entender.

—Vamos a comer aquí, en el Ritz —aclaró. Ella se cruzó de brazos, de nuevo suspicaz.

—¿En el Ritz?

—Si prefieres otro sitio... sé que no soy muy original. Se come bien —aseguró él, componiendo un gesto de extrañeza, sorprendido por su hostilidad.

—No lo dudo —murmuró Carolina. Lejos de estar impresionada, volvió a su postura a la defensiva. ¿Acaso estaba alardeando? Su interés por él se diluyó varios grados.

—Estoy perdiendo facultades —dijo él, de pronto. Carolina lo miró, interrogante—. En otros tiempos, esto era una apuesta segura. —Se pasó una mano por el pelo en un gesto azorado y clavó los ojos en ella, que se echó a reír ante su sinceridad. Martín la había desarmado.

—Lo siento. Estoy un poco... nerviosa. —¿Histérica, más bien? ¿Paranoica perdida? ¿Loca de psiquiátrico?—. El Ritz es perfecto.

Él soltó el aire en un gesto de alivio que se le antojó fuera de lugar al lado de la seguridad emanada en cada uno de sus movimientos, y Carolina volvió a reír, divertida. Bien. Al menos no era la única algo nerviosa. Las cosas se equiparaban un poco y eso era de lo más justo.

Se sentaron en la agradable terraza exterior y se decantaron por el *brunch*. El Ritz tenía esa elegancia clásica y decadente que no caía en la ranciedad. Compartieron la información justa y necesaria para saber algo más del otro, pero ambos parecían reticentes a dar demasiados datos. Sí intercambiaron sus tarjetas profesionales. Él trabajaba en una empresa relacionada con la ingeniería aeronáutica. Ella era diseñadora. Él vivía en Madrid la mayor parte del tiempo. Ella venía a Madrid casi todas las semanas, por trabajo.

Pese a que ambos se contenían, una corriente soterrada de entendimiento se

instaló entre ellos y permitió dar paso a una conversación un poco más íntima. Carolina lo pilló desprevenido cuando le preguntó, de manera franca y directa, qué hacía en aquella singular *boutique*.

—¿También eres cliente habitual? —añadió con malicia, al ver que él parecía sorprendido.

—Es cierto —aceptó Martín, sin ambages, pero sin dar mayores explicaciones.

—¿Eres fetichista de la lencería femenina? —Carolina no pudo evitar un cierto filo acusador en el tono de voz.

—Se podría decir que sí. Entre otras cosas.

—¿Por qué?

Él se echó a reír, evadiendo responder de manera directa.

—¿Por qué no lo compruebas por ti misma? He comprado el conjunto que llamé tu atención el otro día. Las prendas son mías. —Dejó a un lado la copa de vino blanco que estaba saboreando, y se inclinó hacia adelante para mirarla con intensidad—. Pero las disfrutaría mucho más si las lucieras tú. Tú pones las condiciones. El dónde, el cuándo y el cómo. Yo solo quiero mirar.

—¿Solo mirar? —Esta vez lo que no escondió fue la incredulidad.

—Solo mirar. Vamos... —Se tomó un par de segundos, persuasivo, acariciador—. Sé que estás intrigada. Si no, no estarías aquí.

Carolina no se molestó en negarlo. Era absurdo. Por supuesto que tenía curiosidad, nunca una fantasía erótica había estado tan cerca de ser una realidad tangible. El mero pensamiento agitaba su respiración y humedecía sus bragas. Martín aguardaba pacientemente una respuesta.

Había llegado hasta allí, pero... ¿se atrevería a ir más lejos?

La negociación

—¿Qué es lo que tendría que hacer? —preguntó Carolina.

Martín la observó con atención, parecía incapaz de seguir conteniéndose por más tiempo. Se mordía el labio inferior, nerviosa, impaciente.

—Te desnudarás frente a mí. Yo estaré cerca, pero no tan cerca como para incomodarte. —Intentó imprimir a su tono de voz la mayor indiferencia posible, un truco que empleaba para no dejar traslucir el interés que sentía en realidad—. Después, te vestirás con la lencería y los zapatos que yo elija para ti.

—¿Eso es todo?

—Por el momento —respondió, evasivo.

—¿Cómo «por el momento»?

—Es suficiente para empezar, Carolina. Es mejor que vayamos poco a poco.

—No he llegado hasta aquí para que me digas lo que ya sé —dijo ella, y agitó la cabeza en señal de inconformidad. Quería más—. ¿Qué más, Martín? Todo eso ya lo suponía.

La afectación de sus palabras lo hizo reír con cierta indulgencia. Le daría algo más. Algo que la hiciera pensar y plantearse de verdad si quería prestarse a sus juegos fetichistas.

—Podemos escuchar algo de música juntos, o tal vez quieras compartir conmigo una copa de vino, o algo de comer —explicó de manera pausada. Sonrió de medio lado y clavó en ella los ojos oscuros—. Puede que te apetezca tocarme...

—¿Tocarme? ¿Yo? —interrumpió ella, sin poder esconder la turbación de su voz. Él asintió con expresión neutra, pero con un brillo peligroso bailando en los ojos oscuros.

—O que te apetezca tocarme a mí.

—Dijiste que nada de tocar —dijo con brusquedad ella. Se echó hacia atrás y cubrió sus pechos con los brazos cruzados.

Martín reprimió una sonrisa, sin poder evitar un sentimiento de condescendencia. Parecía muy segura de sí misma, pero la asustaba la posibilidad de que se tratara de algo más que una experiencia *voyeur*. No era su intención

ahondar en su temor, pero sí quería dejarle las cosas claras. Se reclinó en el respaldo de la silla, se pasó la servilleta por los labios para retirar la humedad del vino y clavó sus ojos en ella.

—Cumpliré lo que te he dicho, no te pondré un dedo encima. Pero si tú decides hacerlo...no me defenderé.

Por un momento, engarzaron las miradas en un intento de descifrar en qué pensaba el otro. De adivinar sus verdaderas intenciones.

Carolina se preguntó cómo sería acariciar la barba cuidada y recortada, deslizar los dedos por la línea severa entre sus labios o atreverse a comprobar la envergadura de su sexo sin que él pudiera tocarla.

Cerró los muslos debajo de la mesa. Los frotó lentamente uno contra otro, cubiertos por la tela del mantel, para aliviar el dolor y la necesidad de sentirse penetrada. Percibió la humedad entre sus piernas y cambió de posición en la silla, envarándose, de pronto consciente del roce del encaje del sujetador sobre sus pezones erectos y del cosquilleo en las yemas de sus dedos. Estaba muy excitada. Sus ojos verdes se lo hicieron saber a Martín de un modo directo y descarnado.

Él ponderaba si valdría la pena renunciar a la posibilidad de satisfacer un capricho muy extravagante, y muy pocas veces al alcance de su mano, por seducirla. Por llevarla en ese mismo instante a una de las lujosas habitaciones del Ritz y follársela hasta caer ambos exhaustos.

Sus ojos casi negros se oscurecieron aún más y la corriente de atracción que se estableció entre ellos hizo que permanecer en silencio se hiciera insostenible. Carolina rompió el momento, abrumada por el deseo brutal que sentía, y continuó la conversación intentando que su voz sonara controlada.

—Muy bien. Supongamos que estuviese dispuesta a hacerlo —aventuró, entonando la frase como una pregunta hecha al aire y no a él.

Martín se tomó unos segundos para contestar. La estudiaba sobre el filo de la copa de vino, sostenida frente a sus labios, mientras buscaba en su rostro alguna señal de que lo que hablaban no era tan solo un juego de suposiciones, pero ella no permitía ninguna certeza.

Apartó la idea de dejarse llevar por la pasión y la satisfacción de sus instintos más primarios en beneficio de algo que supondría un placer más profundo e intenso, más refinado, pero a más largo plazo.

—Supongamos. Primero hay que decidir el lugar. Como te he dicho, las condiciones las pone siempre la... modelo —expuso, deteniéndose un instante para buscar la palabra que más se acercara al extraño papel.

—¿La habitación de un hotel?

—Podría ser.

—¿El hotel donde yo me hospede?

—Donde te sientas más cómoda.

Ella pareció pensarlo, y asintió sin decir nada. Trajeron los primeros platos a degustar y concentrarse en la comida les permitió aliviar la tensión que ambos sentían. Martín le sirvió un poco más de vino, y durante unos minutos, disfrutaron de las vieiras con salsa de soja, las verduras en tempura y la ensalada templada con langostinos en pequeños cuencos de porcelana blanca.

Carolina se limpió los labios con suavidad, dejando un pequeño rastro de carmín en la servilleta; fantaseó con dejar esa misma mancha delatora sobre la camisa blanca de Martín, que parecía ausente, desapasionado, casi lejano. Se preguntó si estaría perdiendo el interés en todo aquello y decidió continuar con el juego.

—¿Y qué hay de la hora?

Él sonrió, con un gesto desprendido que mostraba divertimento y cierta impaciencia.

—Tus condiciones, Carolina. A la hora que tú quieras.

Ella le dio un par de vueltas, sintiendo que de nuevo aquella boca plena de labios rosados y dientes perfectos la apartaba de su línea de pensamiento. No lo quería lejano. Odió su frialdad. Lo quería comiendo de la palma de su mano. No. Lo quería comiendo entre sus muslos. Jadeó.

—Después del trabajo podría estar bien —dijo, casi sin pensar.

De pronto la invadió un súbito temor. No. Después de trabajar, no. Mejor tener una vía de escape, una coartada, una excusa para poder retirarse si las cosas se complicaban. Un lugar al que ir y personas que la esperasen a una hora determinada. De manera que, si le ocurría algo, se preocuparan por su suerte. La mezcla de miedo y morbo ante una situación peligrosa y prohibida se disparó. Dos cables de acero tiraban de ella en direcciones distintas. Prudencia y curiosidad. Razón e instinto.

—Lo que tú prefieras.

—Mejor a mediodía. Tengo un par de horas para comer —murmuró, preguntándose si todo aquello tenía algún sentido. Le daba las respuestas como si fuera a ocurrir en realidad.

Y entonces Carolina lo supo. Iba a ocurrir. Lo iba a hacer. Tomaría sus precauciones, por supuesto, pero el deseo y la excitación que sentía ante la propuesta la estaban intoxicando. Tenía que hacerlo realidad.

—La próxima semana, Martín. Te llamaré para concretar los detalles.

Él levantó la cabeza, sorprendido con el tono firme de su afirmación. Volvió a sonreír, esta vez con un tono esperanzado y asintió.

—¿Hay algo más que quieras saber?

—No. Pero tengo una petición. Necesito que traigas unas esposas.

El primer encuentro

Los nervios la traicionaban al atravesar con paso rápido la recepción del hotel. El primer encuentro se iba a materializar. Era real. Caminó directa hacia los ascensores cuando una recepcionista la llamó con voz amable desde el mostrador.

—Señorita Bauer, tiene unos paquetes a su nombre —informó, desplegando ante ella varias bolsas de aspecto lujoso.

—Por favor, haga que me las suban a la habitación —rogó.

Arregló su melena frente al espejo con fastidio mientras el ascensor ascendía. Tan solo faltaban unos diez minutos para que llegara Martín. Había contado con disfrutar de una ducha, arreglarse un poco y deshacerse del aspecto de llevar toda la mañana de reunión en reunión, pero un problema de última hora la retuvo más de lo previsto y ahora tenía el tiempo justo para no pensar. Una ansiedad *in crescendo* se instaló poco a poco en su garganta y su pecho, ya en la habitación. Una tensión inexplicable lo hacía entre sus piernas. Colocó una butaca de cuero, muy cerca de la ventana. La habitación no era demasiado grande, pero sí confortable. Mezclaba distintas tonalidades claras con detalles de acero en las lámparas y apliques.

Llamaron discretamente a la puerta y el corazón le dio un vuelco. Se calmó al entender que serían los paquetes e hizo pasar al asistente. Indicó que dejase todo sobre la cama y lo despachó con una propina, algo más brusca de lo que pretendía.

Las instrucciones eran claras: no podría abrir nada hasta que él llegara.

Pero sí podía jugar a adivinar su contenido.

La bolsa más grande guardaba una caja blanca satinada con elegantes letras negras. Bordelle. Era la marca del corsé con brocado dorado que había visto en la tienda clandestina, estaba segura. Una curiosidad expectante la hizo agitar la caja con cuidado para comprobarlo, pero nada dejaba traslucir lo que contenía.

Otra más pequeña, con una caja cuadrada de zapatos, con el rojo inconfundible de los Louboutin. Evocó la sensualidad de las suelas de color rojo sangre. Preocupada, se preguntó por la magnitud de los tacones. Estaba acostumbrada a usarlos, pero prefería que no sobrepasaran los doce centímetros, o correría el riesgo de perder el equilibrio, y con él, todo el glamur.

La siguiente, de Agent Provocateur, contenía unas medias.

El último bulto estaba envuelto en papel marrón de embalar y llevaba la etiqueta de una dirección de Madrid. Serrano. ¿Sería su casa? Miró la puerta durante un segundo, y se mordió el labio, indecisa, pero acabó por sacar el móvil y hacerle una foto a la etiqueta. No sabía con exactitud para qué podría necesitarla, pero lo averiguaría más tarde. Una carta bajo la manga que podía ser un as de oros o una sota de bastos.

Retocó su ligero maquillaje y arregló su melena corta, negra y muy lisa. Apretó el vaporizador de su perfume favorito y se alisó las arrugas del vestido azul eléctrico y corte lápiz que llevaba. No tenía tiempo para más, y aquello la irritó aún más. Su corazón latía desbocado y mil pensamientos cruzaban su mente, en un rápido balance entre lo bueno y lo malo, lo atractivo de la situación y sus potenciales peligros.

Echó un vistazo rápido a su reloj de pulsera y, justo a las dos en punto, unos golpes secos agitaron el silencio de la habitación.

Carolina exhaló despacio, intentando controlar el temblor de sus manos, la sequedad de su garganta y la vacilación en su voz al hacerlo pasar a la habitación. Ignoró la humedad y el cosquilleo que ya sentía en su sexo. Mantuvo las distancias para evitar la posibilidad de un beso.

—Pasa. He pensado que podrías sentarte aquí —explicó, atropellando las palabras mientras posaba las manos en la silla y tamborileaba los dedos con rapidez sobre el respaldo.

—Hola, Carolina. Está bien —repuso él, distraído.

En realidad, no le había prestado demasiada atención. Parecía más interesado en inspeccionar los paquetes sobre la cama que en ella. Eso la relajó un poco y detuvo el movimiento nervioso; desde luego, no daba la impresión de que fuera a abalanzarse sobre ella para violarla. Una posibilidad que, por mucho que quisiera, no podía dejar de considerar. Y se sorprendió al descubrir algo parecido a la decepción al darse cuenta de que, quizá, él no la deseara.

Martín empezó a desenvolver el paquete de papel marrón sobre la pequeña mesa auxiliar junto a la butaca. Una botella de agua con gas, pistachos de Irán, un paté con pequeñas tostadas al lado y un cuenco con frambuesas. Carolina frunció el ceño y él dibujó una media sonrisa.

—Esta es mi hora de comer —explicó con tono algo culpable—. Necesito picar algo, no tomo nada desde el café de la mañana.

—Claro —murmuró ella. ¿Qué otra cosa podía decir?

Le echó un vistazo rápido al reloj. Las dos y cuarto. Tenía que estar de vuelta en el estudio de arquitectura como muy tarde a las cuatro, y Martín no mostraba ningún signo de querer iniciar nada. Impaciente, se sentó en la cama y cruzó las piernas, iniciando un bamboleo rápido con el pie.

—¿Tú no quieres tomar nada? —ofreció él, tendiéndole el precioso recipiente de cristal con los frutos secos. Ella negó con la cabeza, estaba demasiado alterada como para comer nada.

—Eres un sibarita —intentó bromear, cruzando los brazos en un gesto inconsciente para cubrirse de la mirada intensa y oscura.

—Tengo poco tiempo libre e intento disfrutar de las cosas sencillas —replicó él, pero hizo un gesto quitándole importancia y desvió los ojos hacia la cama—. ¿Por qué no abres los paquetes?

Carol saltó como un resorte y se volvió hacia la cama. Sacó la caja de Bordelle de la bolsa y desató el lazo negro de terciopelo que la cerraba. El nerviosismo dio paso al entusiasmo cuando apartó el mullido papel de seda que envolvía la pieza. De cerca era todavía más espectacular; a la luz del sol, el brocado de oro resaltaba sobre el verde de la seda del corpiño. El satén negro de las tiras brillaba con intensidad.

Estiró con esmero la pieza encima de la cama y puso debajo el pequeño tanga de tul muy, muy fino. Sus mejillas enrojecieran. No iba a dejar nada a la imaginación; visualizó su monte de Venus, con un pequeño triángulo de vello recortado, separado de la mirada de Martín tan solo por la casi transparente tela negra, y la contracción de su sexo la pilló por sorpresa.

Se dio la vuelta para observarlo y cruzó por su cabeza la idea de que él sabía que estaba ya excitada. La miraba en silencio mientras bebía agua de una copa de cristal. Estaba acomodado en la silla con el aspecto de que nada ni nadie podría moverlo jamás de allí, y lucía una expresión expectante pero serena en su rostro.

Después sacó la caja de zapatos. Le encantaban los zapatos y estos eran erotismo puro para los pies. De un charol negro impecable, una pequeña plataforma y un tacón afilado de catorce centímetros que destacaba tras la suela roja característica de los Louboutin. Tres tiras con sus pequeñas hebillas atravesaban el empeine. Eran unos zapatos para lucir en la alcoba, perfectos para la pieza de lencería que reposaba sobre la cama. No estaban pensados para la calle. Estaban pensados para follar. Los puso con cuidado en el suelo y estiró las medias de seda con costura trasera al lado de la lencería. Ya estaba todo.

Notaba cómo su piel desprendía un calor extraño; respiraba de manera

entrecortada por los labios húmedos y sentía su sexo tenso, casi agarrotado por lo que iba a suceder. Tenía miedo, sí. Pero no tenía ningún sentido seguir dilatando el momento y se acercó a Martín.

—¿Has traído las esposas? —preguntó, sorprendida de su propia audacia y del tono autoritario de su voz.

—Están en la caja verde.

Por primera vez desde que él llegó, Carolina notó un temblor en su voz grave. Las facciones de su rostro se habían endurecido, su mandíbula estaba tensa y los ojos se habían oscurecido aún más. Tuvo que hacer un esfuerzo para arrancarse de su mirada y sacar la caja de aspecto militar. Las esposas eran pesadas, de acero. No eran un juguete de *sex shop*, eran unas esposas reglamentarias y su visión le resultó muy estimulante.

Le costó unos segundos entender el mecanismo hasta que por fin las abrió y se acercó con ellas a Martín.

—Pon los brazos hacia atrás —ordenó, cortante. No iba a permitir una negativa.

Él obedeció de inmediato, con esa sonrisa casi imperceptible deslizándose en sus labios. Carol se agachó tras él y ciñó las esposas en torno a sus muñecas tras el respaldo de la silla, evitando tocarlo en todo lo posible.

No quería tocar, pero no podía dejar de mirar.

Tenía unas manos grandes y elegantes, con venas prominentes. Un vello castaño y suave nacía de su dorso para hacerse algo más poblado por encima las muñecas. De uñas cuadradas y dedos largos y fuertes. Unas manos que Carol imaginó sobre su piel y que ahora estaban confinadas a la inmovilización con el acero. Tuvo que reprimir el impulso de dibujar con la yema de los dedos las líneas misteriosas de sus palmas. Su propio cuerpo reaccionó con el anhelo intenso de querer esas manos recorriéndolo sin descanso.

—No me importa estar esposado —dijo Martín, con la voz aún tirante y reacomodándose en la silla—. Pero si no confías en mí, esto no va a funcionar.

Ella ignoró la advertencia velada y no se dejó engatusar por su aparente docilidad. La superioridad física de Martín estaba clara: si quería hacerle daño, no tendría nada que hacer.

—Necesito estar segura de que no me vas a tocar. Quizá en una próxima ocasión... —Se detuvo, sin querer aventurar otro encuentro. Este todavía no acababa y la montaña rusa entre el sí y el no seguía en disputa en su cabeza.

Martín asintió con expresión resignada y ella se alejó hasta los pies de la cama. Entre ellos había unos dos metros y de pronto se le antojó una distancia muy escasa.

Le dio la espalda y llevó los ojos hacia el espejo sobre la cabecera. Era una situación extraña. Veía en la superficie plateada frente a ella el reflejo de Martín. Le daba la espalda para esconder la timidez y el nerviosismo que la embargaban, pero a la vez la excitaba que pudiera verla de frente, aunque fuera de manera indirecta.

Se colocó de nuevo la melena y lanzó una mirada insegura por encima del hombro. Martín no perdía detalle de cada uno de sus movimientos. El tórax subía y bajaba en respiraciones profundas y la expresión anhelante de sus ojos oscuros la hizo sentir un poder que nunca antes había experimentado sobre un hombre.

Se le escapó una sonrisa perversa. Curvó los labios sin mostrar los dientes y volvió a mirar hacia el espejo, a la vez que llevaba su mano izquierda a la cremallera de su vestido. La abrió desde la mitad de su espalda hasta más allá de la curva de su trasero y llevó las manos hasta sus hombros para retirar las mangas.

—No tan rápido —ordenó Martín, con tono seco, cortante, implacable.

Detuvo el movimiento en el acto, sorprendida de la violencia de su voz, y con lentitud enloquecedora deslizó la tela azul de su vestido. Primero por sus brazos. Después lo empujó con sensualidad en la zona donde se ceñía a sus caderas, hasta que la tela cayó a sus pies y tuvo que dar un pequeño paso para salir de él. La habitación estaba caldeada, pero su piel se erizó, y se estremeció, nerviosa.

La respiración de Martín se había hecho más rápida y profunda. Carolina se volvió de nuevo, mirándolo por encima del hombro. Su melena se interpuso como un velo imperfecto ante sus ojos. Estaba en tensión. Su mandíbula, marcada. Los músculos del cuello, prominentes y abultados. Los muslos, perfectamente delineados bajo la tela de gabardina del pantalón.

—Sigue, Carolina. Por favor.

El murmullo de su voz era irresistible y se volvió para quitarse el sujetador. Lo había elegido con cuidado para que el azul cobalto resaltara sobre su piel pálida. Tras unos segundos, sus dedos desengancharon por fin los broches y la prenda cayó al suelo. Sus pechos se liberaron y Carolina no pudo evitar un suspiro de satisfacción pese al nerviosismo y la excitación que sentía. Se rindió a la necesidad imperiosa de masajearlos para restituir la circulación y llevó las manos hasta ellos. Frotó con suavidad las líneas rosadas, donde los aros se habían clavado sin piedad.

—Date la vuelta, Carolina —ordenó de nuevo Martín.

Esta vez, dudó. Tan solo la cubrían las bragas de encaje y sus tacones de

oficina, y de pronto se sintió expuesta. Se cubrió los pechos con las manos, presa de la vacilación, pero Martín no cedió.

—Date la vuelta. Ahora.

Se volvió, aún tapándose, y lo miró con cierta timidez. Sus ojos eran salvajes y el deseo que transmitía todo su cuerpo la envalentonó. Continuó con el masaje sin apartar los ojos de Martín, que no se movió. Tenía los pezones erectos y doloridos por la necesidad de contacto y cambió la fricción firme de las palmas por las yemas de sus dedos, acariciándose. Sentía su entrepierna empapada y se pellizcó con mayor intensidad dejando escapar un gemido casi imperceptible. Él se revolvió en la silla, incómodo. Carolina desvió los ojos hacia la erección que pulsaba bajo sus pantalones y sonrió. Se sentía poderosa, peligrosa y prohibida.

—Sigue —graznó él, humedeciendo sus labios antes de emitir la palabra.

Carolina permaneció frente a él, no se escondió.

Sosteniendo su mirada llevó los pulgares a ambos lados de sus bragas. Sin prisa, las deslizó hasta más allá de las rodillas. Sacó un pie y luego el otro, y dejó la prenda sobre la cama. Durante unos segundos se irguió mostrando su pálida y delicada desnudez, pero de pronto volvió a invadirla una incómoda sensación de pudor y se volvió para coger el pequeño tanga de tul. No la cubriría demasiado, pero era mejor que nada. Advirtió que el interior de sus muslos se había humedecido por la excitación de su sexo y un aroma dulzón y almizclado invadió la habitación. La respiración de Martín era más bien un jadeo que intentaba controlar, pero que se le escapaba de entre los labios delatando su excitación.

Los movimientos de Carolina se hicieron rápidos y bruscos. Terminó de ponerse el tanga en unos segundos y cogió el corsé, desesperada por taparse. La voz profunda de Martín volvió a ralentizar la escena. Su voz actuó en ella como un bálsamo.

—Despacio, Carolina. Primero las medias. Después, los tacones. Deja el corsé para el final.

Ella asintió, exhalando muy despacio para controlar su turbación. Se debatía entre la sensación de sentirse como una diosa y como una niña culpable por hacer algo prohibido.

Se sentó en la cama y, evitando su mirada lasciva, recogió la primera media entre sus pulgares y sus índices. La deslizó con cuidado para mantener centrada la línea de la costura trasera con el talón cubano, desde la punta del pie hasta casi el inicio de sus muslos. Repitió la operación con la otra, esta vez con más seguridad y lo miró de nuevo. Ambos sonrieron en silencio.

Martín estudiaba sus largas piernas, pero también la manera en que los pechos chocaban entre sí y contra sus brazos con cada uno de sus movimientos en un bamboleo sensual. Los pezones sonrosados y erectos le produjeron la sensación ilusoria de tener en la boca un pequeño caramelo de fresa, duro y redondo. Tuvo que mover la lengua para deshacerse de la alucinación. Entre tanto, Carolina ya se había calzado los tacones.

—Date la vuelta y abróchalos de pie, si puedes —ordenó. Ya no era capaz de esconder la lujuria en su voz, que temblaba y había adquirido un matiz oscuro.

Carolina entendió lo que quería ver y alcanzó las hebillas de uno de los zapatos con los brazos extendidos y sin doblar las rodillas. Sintió con vergüenza cómo la tira del tanga, muy pequeño, se hundía entre los labios de su vulva y sobre su ano, e ignoró el jadeo de Martín ante la visión. El nerviosismo traicionaba sus dedos y tardó algo más de lo preciso en abrocharse los zapatos.

Cuando se alzó sobre ellos, colocó las guedejas de su melena corta tras las orejas y buscó de nuevo instrucciones. Descubrió, fascinada, la erección rabiosa de Martín, tensa bajo los pantalones. Había separado los muslos, buscando algo más de espacio, y se recostaba en el respaldo de la silla. La camisa blanca y arremangada parecía no contener la envergadura de su torso.

—La próxima vez, te pondrás el tanga al final —advirtió, con voz baja, aterciopelada, imposible de ignorar.

Carolina sintió sus mejillas ruborizarse de un rojo encendido y asintió. Nunca había estado tan excitada. El interior de su sexo se contraía con dolor, un ardor desconocido ascendía por su abdomen. Los pezones rugían por ser tocados y notaba los labios hinchados, palpitantes por la necesidad de besar y ser besados.

Se volvió y alcanzó la prenda que faltaba. Con mimo, metió los brazos por los tirantes, acomodó la tela a su torso. La suavidad fría de la seda contrastaba con los hilos dorados, más ásperos, desprendiendo un sutil aroma a lavanda. Desde luego, en la tienda clandestina no descuidaban ningún detalle. Comenzó a abrochar por delante la línea de diminutos broches.

Martín permaneció inmóvil. Se bebió la figura femenina vestida con la lujosa lencería, sin parpadear. Ella parecía haber recuperado parte de su seguridad al cubrirse un poco la piel, y con una sonrisa traviesa, se acercó un par de pasos. Se detuvo y enganchó tres de los corchetes, provocando, con los ojos fijos en él. Se acercó un poco más. Él tuvo que alzar la mirada para seguir el movimiento de sus dedos mientras cerraban la zona del pecho. Y un poco más, hasta que se atrevió a situarse entre sus muslos abiertos.

Ambos tenían la respiración entrecortada. Martín desplazó su cuerpo hacia Carolina en un movimiento inconsciente, pero las esposas estaban bien ceñidas y un dolor lancinante ascendió por sus brazos cuando el acero se clavó en la piel de sus muñecas. Ella sonrió. Había sido una buena idea esposarlo.

Carolina se moría por extender los dedos y dibujar la línea de su mandíbula, pero no se arriesgó a tocarlo. No todavía. Su sonrisa se tornó maliciosa cuando tomó entre sus manos el pequeño cuenco de frambuesas y probó una. La explosión de dulzor en su boca no solo fue por la madurez perfecta de la fruta. Todos sus sentidos estaban exacerbados. Percibía el olor masculino de la piel de Martín, el aroma de la esencia de su sexo y el de las frambuesas, mezclado en un cóctel que le produjo un leve mareo, pero no vaciló.

Carolina apoyó una rodilla en el estrecho espacio de la silla de cuero que quedaba entre las piernas abiertas de Martín. Él dio un respingo, inhalando aire con brusquedad. Ansiaba que desplazara la rodilla tan solo unos centímetros más y la restregase sobre su pene hinchado hasta el dolor, pero ella había entendido el juego demasiado bien. En ningún momento lo tocó.

Tampoco se movió, pese a sentir verdadera desesperación por probar el tacto de su piel. Sabía que, si la tocaba, toda la confianza construida en aquella sesión se desmoronaría como un castillo de naipes. Cuando ella lo exhortó para que abriera la boca y recibiese de su mano las frambuesas, intentó ignorar el calor que desprendía su cuerpo y se concentró en saborear los frutos, con la mirada engarzada en los ojos verdes y felinos de Carolina hasta que el cuenco quedó vacío y lo depositó sobre la mesa.

Aquel gesto sentenció el final de la sesión.

El silencio en la habitación era tal que se habría escuchado la caída al suelo de un alfiler, solo invadido por las respiraciones erráticas de los dos. La rápida y nerviosa de Carolina. La profunda y más jadeante de Martín.

No le pidió que se vistiese despacio, no quería presionarla más. Había obtenido en esa primera sesión mucho más de lo que en algún momento se atrevió a imaginar. Cerró los ojos al saborear las posibilidades de lo que vendría en las siguientes. Un temor helado atenazó su garganta al considerar que quizá ella no quisiera repetir.

Una prisa impaciente se apoderó a Carolina al darse cuenta de que llegaría tarde a su reunión. En realidad, no le importaba.

La experiencia había sido brutal, demoledora.

La excitación, devastadora y con un grado de complejidad que nunca antes

había vivido. Cuando se arrodilló tras Martín para quitarle las esposas, se atrevió a formular la pregunta que llevaba rondando su cabeza desde que empezó a vestirse de nuevo.

—¿Nos volveremos a ver?

Martín se puso de pie, algo más recuperado el control de su cuerpo, y se frotó las muñecas doloridas. Acarició con los ojos el rubor de las mejillas de Carolina, sus labios entreabiertos y el recuerdo de su aroma. Mantuvo las distancias pese a que todo su cuerpo parecía llamarlo a gritos.

—¿Quieres que nos veamos otra vez?

—Sí. —Ella asintió, mordiéndose el labio, consciente de haber desvelado su ansiedad por revivir la experiencia. Martín sonrió, esperanzado.

—Hasta la semana que viene, entonces.

—De acuerdo —susurró ella, dirigiéndose hacia la puerta con la chaqueta colgando del brazo y el bolso, del hombro. Había construido de nuevo aquella fachada de eficacia y sobriedad, pero ahora no lograba confundirlo. Sabía lo que escondía debajo, y al recordarlo, su erección volvió a palpitar.

—Carolina... —Ella se volvió, sorprendida de que no la siguiera hacia el pasillo exterior—. ¿Me permites quedarme unos minutos en la habitación?

Ella lo miró interrogante y algo impaciente. Ni siquiera cogiendo un taxi llegaría a tiempo a la reunión de la tarde.

—¿Qué necesitas, Martín?

Él le lanzó una sonrisa torva, la miró con intensidad y señaló más abajo de su cintura.

—Necesito resolver un problema antes de enfrentar el trabajo de la tarde, o me volveré loco.

Fue entonces cuando Carolina advirtió el bulto que aún se alzaba bajo la bragueta de su pantalón.

Reprimió una sonrisa traviesa, asintió sin emitir palabra y cerró la puerta, paladeando de nuevo mientras caminaba hacia los ascensores esa inesperada sensación de poder.

Resolución

Martín apoyó las manos sobre el mármol del lavabo y se miró al espejo. No podía borrar la sonrisa de su rostro. La satisfacción por saber que había encontrado en Carolina algo único chocaba con el temor de perderlo en cualquier momento. No era la primera vez. El primer encuentro era esquivo siempre, pero lo era aún más la posibilidad de hacerlos durar en el tiempo. Las modelos se asustaban, perdían el interés por no compartir con sinceridad sus peculiaridades, o buscaban algo en él que no estaba dispuesto a dar.

Carolina tenía todo para ser una experiencia memorable y perdurable en el tiempo. Debía mimarla sin que se sintiera atosigada. Agasajarla sin hacerla pensar que le estaba pagando por disfrutar junto a ella. Conseguir que se abriera a más experiencias sin presionarla demasiado. Era un equilibrio precario y muy difícil de conseguir. Sabía con demasiada certeza que cualquier paso en falso significaría perder la oportunidad. No importaba. Tan solo el juego ya valía la pena. Estaba resignado a que sus encuentros no se prolongaran más allá de un par de sesiones.

Abrió el agua fría y se refrescó la cara. No quería masturbarse. El dolor y el anhelo de su cuerpo ante la excitación sin clausura le recordaban el deleite de la sesión, pero le esperaba una tarde de trabajo que se prolongaría hasta bien entrada la noche. Necesitaba dejar a Carolina tras la puerta de aquella habitación. Tras un momento de duda, encendió la ducha y se desnudó. Con una sonrisa, recordó el tanga y volvió hasta los pies de la cama para recogerlo. Deslizó la tela sedosa entre los dedos, empapándolos en la humedad que aún persistía, y su cuerpo se encendió en una súbita deflagración de lujuria. Sin poder resistirlo, lo llevó hasta su rostro. Con los ojos cerrados, inspiró para extraer el aroma del sexo de Carolina. Percibirlo con tanta claridad hizo que la boca se le hiciera agua.

Ella nunca lo sabría.

Envolvió su polla, convertida en una erección rabiosa, con el tul. Comenzó a masturbarse. El recuerdo de su cuerpo empujó un jadeo entre sus labios y aumentó la intensidad, disfrutando del tacto suave de la tela y del cambio de textura cuando se convertía en raso. Era mejor hacerlo en la ducha, y caminó con dificultad de vuelta al cuarto de baño. El sol de la tarde se colaba por la ventana entreabierta, por la que escapaba en volutas el vapor caliente. No quería mojar las bragas, si lo hacía, perdería el aroma impregnado en ellas. Las abandonó sobre el lavabo y continuó

con el batir de su sexo mientras evocaba cada segundo en que Carolina se había desnudado y después cubierto con las prendas. A su boca acudió el sabor dulce y ácido de las frambuesas y se corrió entre espasmos bajo el agua caliente.

Relajado, disfrutó de una ducha tranquila y larga. Cuando volvió a la habitación, ya vestido, por un momento lo tentó la idea de dejarle el corsé, las medias y los tacones en agradecimiento por toda aquella tarde, pero la desechó. No significaría eso para ella. Por otras experiencias, sabía que las mujeres malinterpretaban el gesto como si fuera un pago por unos servicios sexuales extravagantes. Nada más lejos de la realidad. La gratitud que sentía era de tal magnitud que aquellos regalos le parecían una minucia, tan solo una pequeña ofrenda para retribuir lo que para él era la satisfacción de un deseo muy, muy difícil de cumplir. No importaba. Confiaba en poder mostrar su agradecimiento más adelante.

Solo quedaba una cosa antes de marcharse. Cogió el teléfono y llamó a recepción.

—Buenas tardes. Necesito que dejen la habitación 607 impecable —dijo, mirando los restos de su pequeño almuerzo sobre la mesa auxiliar. Dejó escapar una enorme sonrisa.

Las frambuesas no volverían a ser lo mismo después de aquello.

Encrucijada

Carolina miró el teléfono móvil sin decidirse a contestar. Era la tercera vez que Martín la llamaba. Estaban a jueves y todavía no tomaba una decisión. Giró el aparato varias veces en la palma de su mano. ¿Qué era lo que en realidad la retenía? Nada más salir de la sesión se había sentido como una diosa del sexo, con un poder inmenso y una sensualidad que jamás había experimentado, pero recibir la primera bronca de su jefe por llegar tarde a la reunión la había hecho aterrizar de un golpe a la realidad.

«—Carolina, si no vas a estar a la altura, dímelo. Contaré con alguien más».

Sencillo y crudo. No hizo falta más. No se excusó ni dio explicaciones, lo conocía lo suficiente para saber que con él no serviría de nada. Entrar en la sala de reuniones casi cuarenta minutos después de la hora, con todo el equipo esperando por ella, hizo que toda la sensualidad se evaporara para ser sustituida por vergüenza, que, por supuesto, no dejó traslucir.

Sostuvo la mirada de Óscar con firmeza mientras él la reprendía delante de todos como a una niña pequeña, y le aseguró que no se repetiría nunca más.

Nunca, nunca, nunca le había ocurrido algo así.

Con Martín perdió la noción del tiempo. El trabajo era lo primero, lo más importante, no podía darse el lujo de perder la confianza que su jefe depositaba en ella. Valía la pena vivir una fantasía, pero le daba miedo enfrentar las consecuencias. Y no era solo el hecho de que su encuentro interviniese en el trabajo, sentando un pésimo precedente. Cada minuto libre, los recuerdos acudían a su mente, vívidos.

La noche anterior se había despertado con sus propios jadeos y cubierta en sudor, con la piel ardiendo y el sexo todavía estremecido por las réplicas de un orgasmo provocado en sueños por Martín. Se había sorprendido a sí misma susurrando su nombre en varias ocasiones. Después de estar meses sin masturbarse, su vibrador zumbaba al menos un par de veces cada noche. Y por la mañana. Era una locura, tenía que parar.

El martes, tras salir del trabajo, se acercó hasta la calle Serrano y buscó la dirección que había fotografiado con su móvil. Se dijo que en realidad iba de tiendas, a comprar algo más de ropa de oficina, ahora que se quedaba en Madrid a

tiempo completo. No era más que una excusa. Quería verlo sin ser vista. Conocer algo más de él. Contar con alguna ventaja. En la entrada había una pesada puerta de cristal y hierro forjado. El edificio, antiguo y señorial, parecía recién reformado. Recorrió el tramo de calle frente a él un par de veces, hasta que se dio cuenta de que estaba perdiendo la cabeza. ¿Qué hacía allí? No era más que una acosadora.

Se marchó de allí reprochándose cada uno de sus movimientos desde el primer encuentro, pero cada vez que veía las llamadas perdidas en su móvil, el anhelo por repetir la experiencia borraba de un plumazo cualquier reticencia. Quería más. Mucho más.

Tumbada sobre la cama del hotel, que ya aborrecía, miró al techo. Echaba de menos tener un hogar al que volver, la familiaridad y la rutina de comer en platos elegidos por ella y no comida de restaurante que terminaba por tener siempre el mismo sabor. Posar los ojos en habitaciones decoradas por ella con calidez y funcionalidad, y no en espacios en los que podía descifrar cada mensaje codificado para agradar y vender a los usuarios. Se dedicaba a ello, no podía evitarlo.

Tampoco se le daba bien lidiar con el sentimiento de soledad, aunque le costara reconocerlo. No era capaz de fraguar una amistad sincera con sus compañeros de trabajo porque no la consideraban una igual. Y, por otro lado, Óscar la incluía en el equipo directivo a la hora de enfrentar los proyectos, pero no en la mesa de los jefes cuando salían a tomar una copa. Estaba en terreno de nadie y no se sentía cómoda con ello.

Soltó una palabrota y marcó el número de Martín.

—Hola, Carolina.

Intentó no imprimir excesivo entusiasmo a su tono de voz, aunque su corazón dio un vuelco al ver la llamada. Si ella no hubiera tomado el testigo de la iniciativa, habría sido el final. En una regla no escrita que jamás rompía, llamaba tres veces a lo largo de una semana. Si no obtenía respuesta, daba el tema por clausurado. Era una buena manera de lidiar con la decepción.

—Hola, Martín. Perdona que no te hay cogido, he estado muy liada.

Encajó la mentira con deportividad. Formaba parte del juego, y, en realidad, le daba lo mismo. Un silencio incómodo se instaló entre los dos y decidió tomar las riendas de la conversación.

—No te preocupes. Solo llamaba para concretar la sesión de mañana. Si aún estás interesada, claro. —Se echó a reír por la aparente frialdad de sus palabras. Carolina no podía ver que en realidad temblaba como un flan.

—La verdad es que no estoy segura.

Las palabras cayeron sobre él como un jarro de agua fría. Se dio cuenta de que había interpretado de manera errónea su llamada, dando por sentado que ella lo deseaba tanto como él. Otro silencio incómodo. Era un caso al que no se había enfrentado antes. O se encontraba con mujeres de las que nunca más volvía a saber tras un primer encuentro, o con las que rezumaban seguridad en sí mismas y planteaban sus condiciones sin vacilar. Estaba en su mano inclinar la balanza a su favor, pero no estaba seguro de cómo conseguirlo. No por teléfono.

—Si no estás segura, es mejor que no lo hagas. ¿Por qué no quedamos a tomar algo? —Era tarde, pero era verano y jueves. Cualquier bar estaría abierto y lleno de gente a esas horas. Un lugar donde se sintiera segura y, a la vez, donde volver a recordarle lo que significaba estar junto a él.

—Sí, es una buena idea. ¿Nos vemos en la terraza del Urban dentro de una media hora?

—Puedo pasar a recogerte, si quieres. Aún no he salido de trabajar —propuso él, solícito.

—No, no. Estoy en el hotel, pero no estoy vestida. Tardaré un rato en arreglarme.

Martín tragó saliva ante su explicación inocente. La imaginó desnuda, sobre la cama, hablando con él por el móvil mientras se acariciaba los pechos, distraída. O tal vez cubierta con un conjunto delicado de seda, fresco y sensual. Se frotó la cara para centrarse en la respuesta.

—De acuerdo, estaré ahí en media hora.

Carolina saltó de la cama, entusiasmada con la idea de volver a ver a Martín sin la presión de tener que desnudarse para él. Necesitaba humanizar un poco lo ocurrido entre ellos. Había sido excitante, morboso, una delicia. Pero, en cierto modo, no estaba exento de cierta frialdad. Nada de charlas, nada de compartir confidencias, nada de saber cómo se sentía el otro.

Mientras se vestía, se preguntó por qué no lo comentó, por ejemplo, con Laura. Era su mejor amiga, se suponía que entre ellas existía la confianza suficiente para abordar cualquier tema, pero no en este caso. Laura era muy convencional. Y tenía suficiente con lidiar con sus propios convencionalismos como para enfrentar los de ella. Necesitaba hablarlo con alguien que la entendiera. Y, en este momento, la única persona con la que podía hacerlo era Martín.

Subió a la terraza retrasándose un poco a propósito, pero Martín no estaba allí. Encontró una mesa libre en un rincón, y pidió un vino blanco. Necesitaba relajarse e intentó disfrutar de las vistas sobrecogedoras de la tarde que caía sobre los tejados de Madrid. No lo consiguió. Estaba nerviosa, ¿qué iba a decirle en realidad?

Descubrió que Martín llegaba en ese momento. Subía las escaleras, buscándola, y Carolina disfrutó de un par de segundos de ventaja. Parecía sereno y tranquilo, no veía la ansiedad que sí la atenazaba a ella. Su cuerpo reaccionó con el reflejo condicionado. Sus labios comenzaron a cosquillear, sus pezones se fruncieron bajo las copas del sujetador y un puñetazo inesperado de deseo golpeó en el centro de su sexo. Era brutal. Jamás había deseado así a un hombre. No era tonta, sabía que el hecho de no poder tocarlo, el vetarlo expresamente ella misma, añadía un nivel mayor a la escala del «lo quiero porque no puedo tenerlo». Todas las sensaciones vividas en su encuentro acudieron agolpándose ante sus ojos cuando llegó hasta su mesa y distinguió el aroma de su perfume.

—Hola, Carolina. Perdona el retraso, había un atasco monumental.

Le costó trabajo componer una respuesta. Estaba sumida en un estado hipnótico. El magnetismo masculino que desprendía en cada uno de sus movimientos no hacía más que alimentar aquel deseo absurdo.

—Martín...

Se acomodó frente a ella, y alzó la mano para pedir con un gesto que le trajesen también una copa de vino. Tenía algo, un aura de autoridad, que hacía que todos se movieran a su alrededor para satisfacerlo. La copa de vino no tardó ni cinco minutos en estar frente a él. Cinco minutos en los que permanecieron en silencio, manteniendo un pulso con la mirada en el que el ganador obtendría como premio la exactitud de los pensamientos del otro.

—La última vez que nos vimos me pareció que disfrutaste de nuestro encuentro. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —dijo él, rompiendo el mutismo en el que estaban sumidos.

Ella lo contempló, boquiabierta. No se esperaba que le soltara aquello a bocajarro. Tomó un sorbo de la copa y titubeó.

—Nada en concreto, de verdad...

—Si vamos a seguir con esto, tenemos que ser sinceros —la interrumpió, con sequedad.

Carolina apretó los labios, algo enfadada. No quería exigencias, quería facilidades. ¿Sinceridad? Perfecto.

—Disfruté, sí. Pero llegué casi una hora tarde por tu culpa a una reunión muy importante de trabajo, me llevé una bronca de mi jefe y no quiero que me vuelva a pasar.

—No tiene que volver a pasar. Este tipo de encuentros no son para hacerlos con prisas. Si tienes un compromiso después, es mejor dejarlo para otro momento.

La molestaba esa actitud desinteresada, ¿dónde estaba el deseo que había leído en sus ojos?

—Prefiero tener un lugar donde ir y personas que me esperen a una hora determinada. Por si me pasa algo —contestó con brusquedad. La carcajada desinhibida que soltó Martín la sorprendió e irritó todavía más.

—¿Todavía piensas que voy a hacerte daño? No pasa nada, Carolina. Entiendo tus reticencias, pero no puede haber desconfianza entre nosotros. —Apuró en un par de tragos la copa de vino y se levantó de la silla—. Prometí que no te tocaría, y lo he cumplido. Tú has puesto las condiciones de dónde y cuándo, no es mi culpa que llegases tarde a tu reunión. —Su voz se endureció, al igual que la expresión de su rostro—. Si hay algo que pueda hacer para que te sientas más cómoda, pídemelo. Estaré encantado de dártelo. Pero si no sabes lo que quieres, quizá necesites más tiempo para pensar.

Martín sabía que estaba jugando con fuego. Si ella no lo retenía en ese preciso instante, su intención de extraer lo que la preocupaba fracasaría, y tendría que marcharse. Volvió a producirse ese pulso entre las miradas: leía una obstinación algo infantil en los ojos de Carolina, él no podía darle más que una autoridad velada y una posición de cierta superioridad para que se sintiese segura. Ella necesitaba una guía, un asidero del cual aferrarse, y aunque estaba cómodo en la posición de dominante, también se protegía a sí mismo de un nuevo rechazo. Adoraba las gestiones de poder en el sexo, pero también era duro encajar un fracaso tras otro.

—Tengo miedo —confesó ella por fin.

Exhaló, escondiendo el alivio, y volvió a sentarse frente a ella.

—Es una situación que entraña sus riesgos, es cierto.

—No es por ti, es que no sé muy bien cómo procesar lo que siento. —Martín se sorprendió con su sinceridad, que rayaba en la candidez. No quedaba nada de la mujer poderosa y sensual que había defendido la lencería como si fuera la misma Dita Von Teese. Su temor era real—. Nunca había hecho algo así, es... me siento...

—Te sientes culpable.

Carolina asintió en silencio y un delicioso rubor tiñó sus mejillas. Martín sabía exactamente cómo se sentía. Años atrás, cuando poco a poco fueron despertando sus pulsiones hacia una sexualidad no convencional, vivió lo mismo. La lucha contra lo que parecía antinatural, la infelicidad al reprimirlo, el juicio condenatorio de quien lo amaba cuando, tras una larga agonía, acabó por confesarlo. Habría dado oro por tener a alguien con quien compartir sus inquietudes en aquel momento. Tenía que estar a la altura. Reprimió el instinto de atrapar la mano de Carolina y apretarla como gesto de consuelo. No quería incomodarla ni faltar a su promesa.

—La culpa nos viene impuesta desde fuera, Carolina. Y lo que nos toca es trabajar para desterrarla y ser felices, sin hacer daño a los demás.

Ella alzó los ojos verdes con una mirada de asombro que le traspasó el alma. Volvió a asentir, esta vez, pensativa, y la vio recostarse en la silla, abstraída.

Martín daba en el centro de la diana con un lanzamiento certero y limpio. Era culpa. Culpa por disfrutar con algo prohibido, culpa por desear algo que no debía, culpa por posponer su trabajo en aras del placer. Culpa por sentirse deseada, morbosa, por regodearse en la lujuria. Y culpa por sentirse culpable, porque, en un nivel profundo de su cerebro, entendía que no había nada de malo en todo aquello que estaba viviendo. Pero necesitaba escuchárselo a alguien. Necesitaba escucharlo de boca de él.

—Quiero que nos veamos de nuevo —susurró Carolina, de manera casi imperceptible. Martín dejó caer esa sonrisa tenue que parecía decirle que estaba feliz por ello, aunque no lo demostrase con la expresividad que ella querría.

—Yo también. Pero sin prisas y sin culpas. ¿Por qué no mejor después del trabajo? Vendré sobre las nueve, para darte un poco de tiempo —propuso él, con una dulzura que no había notado antes en su voz—. Piénsalo.

Se mordió los labios, reticente. Seguía sintiendo que era demasiado arriesgado

—Te llamo mañana y te confirmo.

—De acuerdo —cedió él. Carolina sonrió ante su concesión y alzó la mano para que se acercara el camarero.

—Otras dos copas de vino, por favor.

—Solo una —interrumpió Martín, que se levantó y se puso el jersey. ¿Se marchaba? La ansiedad porque se quedara empujó a sus labios una súplica, pero pudo pararla a tiempo.

—¿No me acompañas a la última? —dijo con coquetería. Él sonrió y se humedeció los labios en un movimiento tan sensual que Carolina lo replicó sin darse cuenta.

—Es mejor que no. Tu cama está demasiado cerca, y ya llevo encima la copa de vino y un par de cervezas. Prefiero esperar a mañana.

Se despidieron con un gesto de la mano, una sonrisa vacilante y un «adiós» en voz baja. En cuanto se dio la vuelta, Carolina clavó las uñas en sus muslos con la necesidad de arrancarle la camisa y hacerlo en su espalda. Comenzaba a crecer un monstruo en el centro de su cuerpo que no sabía cómo alimentar.

Segundo encuentro

Esta vez se lo tomarían con calma. Tenían tiempo de sobra.

Después de darle muchas vueltas, Carolina cedió al fin a la petición de Martín de encontrarse a última hora de la tarde. Mejor. Trabajar después de la sesión de la semana anterior había sido un infierno.

Sonrió mientras terminaba de maquillarse frente al enorme espejo del lavabo, cargando sus pestañas con máscara negra para resaltar sus ojos. Los golpes de la puerta sonaron con puntualidad británica y su corazón y su sexo latieron acelerados por la anticipación.

Al abrir, Carolina sonrió con calidez pese al gesto reservado y el saludo algo seco de Martín.

—He comprado un poco de vino, Riesling, espero que te guste —dijo ella, al tiempo que lo servía en dos copas.

Le ofreció una de ellas intentando controlar el temblor de sus manos. Él asintió, bebiendo un par de sorbos para abandonarla después encima de la mesa, y estudió a Carolina en silencio desde la silla de cuero, colocada en la misma posición de la semana anterior.

Ella dejó también la suya y le lanzó una mirada rápida. Podía saborear la expectación; la tensión entre ellos se cortaba con un cuchillo, pero él se mostraba distante, incluso frío. Después de las confidencias de la noche anterior, esperaba algo más de calidez. Carolina sabía que debajo de esa fachada de elegancia contenida se ocultaba un hombre pasional y erótico. Un animal sexual. Cansada de su aparente desinterés, se acercó a él, desafiante.

—¿Dónde tienes las esposas? —preguntó, ladeando la cabeza con un gesto dulce que suavizó un poco la autoridad de su voz.

Martín la miró durante un instante. Se preguntó en qué momento había perdido el control de la situación. Ahora era ella quien llevaba las riendas, con la seguridad de quien conoce el poder que tiene sobre el otro. Tenía que reconducir la ventaja hacia él, pero no sabía cómo.

—Están en su caja, en la bolsa blanca —dijo sin dar mayor explicación.

El sonido metálico al manipularlas hizo revivir sensaciones a Carolina. Las dejó colgar entre sus dedos y se acercó lentamente hacia Martín, que elevó los ojos para estudiar su expresión lánguida. Se sostuvieron las miradas por unos segundos. Ella deslizó las esposas por su pecho, por su hombro y su cuello, mientras caminaba hasta situarse tras él. Martín se estremeció al sentir el contacto del acero frío contra la piel y ella escondió la sonrisa tras el velo de su melena mientras aseguraba sus manos en la misma posición, con los brazos rodeando el respaldo de la silla.

«Si me tocas, no me defenderé», había dicho Martín en aquella negociación que ahora se le antojaba tan lejana. Aprovechó la prerrogativa. Tras ceñir las abrazaderas sobre sus muñecas, deslizó las yemas de los dedos por las palmas masculinas en un roce casi imperceptible. Martín se envaró sobre la silla, tensando la cadenilla que unía sus manos.

Carolina supo que lo tenía de nuevo a su merced. Al incorporarse, inspiró el aroma masculino que desprendía su cuello, y lo soltó, muy despacio, soplando sobre su piel. Pudo sentir en los labios el calor que desprendía, y saboreó la necesidad de besar la línea en que se tornaba áspera por la barba que cubría su mentón.

—¿Esto es lo que quieres que me ponga? —preguntó, ignorando los ojos oscuros y acusadores.

Martín asintió sin pronunciar palabra. Se humedeció los labios, pero prefería no delatar en la tensión de su voz la excitación que ya palpitaba en su entrepierna.

Carolina sacó de una bolsa de terciopelo una maraña de cuero y acero que le costó unos segundos ordenar, hasta que extendió sobre la cama un arnés.

—Esto es... diferente —observó, tocando con curiosidad las tiras negras que no cubrirían su cuerpo en absoluto.

—Lo es —reconoció Martín—. Espero que no te incomode.

Ella ignoró el deje algo condescendiente de su voz. Claro que no la incomodaba. La visión del cuero y el acero la excitaba. El olor de las correas, bien tratadas, era picante y a la vez suave. Se preguntó cómo se verían sobre su piel y cuál sería el tacto, tan diferente de las prendas de lencería.

—Abre la caja —apremió Martín.

Carolina obedeció y exhaló un murmullo admirado cuando descubrió su

contenido. Eran unas botas negras de vinilo, con un afilado tacón de acero y altas hasta medio muslo. Al ver la expresión de infantil anhelo en su rostro, Martín supo que la balanza volvía a equilibrarse a su favor.

—Desnúdate, Carolina. Despacio —ordenó, con esa voz grave que parecía brotar de lo más profundo de su pecho—. Esta vez hazlo de frente, no quiero que te cubras delante de mí.

Ella asintió y volvió a curvar los labios en esa sonrisa sensual y traviesa que Martín se encontraba esperando ansioso desde la semana anterior.

Carolina se acercó a él unos pasos y llevó las manos a su escote. Desabrochó los minúsculos botones del vestido. Sin prisas, deslizó las mangas, primero por un brazo, luego por otro, hasta que la parte de arriba de la prenda quedó pendiendo de su cintura. Alzó los hombros y se irguió sobre los tacones para mostrarle a Martín el sujetador tipo *balconette*, negro con bordados grises, que contenía sus pechos. Sonrió al leer la apreciación en su mirada.

El vestido se ceñía en sus caderas y tuvo que empujarlo con ambas manos, contoneándose, hasta que cayó a sus pies. No se molestó en recogerlo, solo dio un paso a un lado y observó a Martín, que la observaba sin emitir instrucciones, sin decir ni una sola palabra y con expresión ausente.

—¿Ocurre algo? —preguntó Carolina, intentando dilucidar qué pasaba por su cabeza. No parecía tan entregado como en su primer encuentro. Se preguntó si el que su cuerpo ya no escondiera ningún secreto para él había hecho que perdiera el interés en mirarla.

Martín mantenía un rostro inexpresivo, pero no por las razones que ella ponderaba. Se preguntaba por qué se sentía de nuevo perdedor en el intercambio de poder, e intentaba mantener distancia emocional abstrayéndose de la visión de la redondez de sus pechos sobre el encaje, su abdomen plano y firme y las largas piernas sobre los tacones. Ella se acercó aún más y se vio forzado a elevar la mirada. Sentía con claridad el aroma de su perfume, que empujó el recuerdo dulce de su sexo. Se revolvió, incómodo, en la silla.

Carolina no se rindió. Quería volver a ver esa vulnerabilidad, el deseo en sus ojos, la excitación en la tensión de sus músculos y en la erección en su entrepierna. Llevó las manos al broche de su sujetador y dejó caer la prenda, que chocó en su caída contra el muslo de Martín. Él no perdía detalle de sus pechos que rebotaron al verse libres y en los pezones erectos por acción del contacto con el aire. Estaba muy cerca, podía percibir el calor que emanaba su piel. Entreabrió la boca, intentando controlar la respiración y permaneció inmóvil, pero Carolina no cejó en su esfuerzo por conmoverlo y llevó las manos a sus pechos, esta vez con la

intención concreta de excitarse para excitarlo a él. Primero los rodeó con las palmas de sus manos, sosteniéndolos en dirección a Martín, masajeándolos y rozando los pezones con la punta de los dedos. La mirada de Martín se oscureció y negó de manera imperceptible con la cabeza. El deseo comenzaba a hacerse insoportable.

Carolina seguía tocándose frente a él, quizá un paso de distancia o menos, y cerró los ojos para deleitarse con la corriente que conectaba sus pezones, su boca, su sexo y su ano en un río de lujuria y excitación. Emitió un pequeño gemido que delataba su placer.

—Continúa, Carolina. Por favor —rogó Martín.

Necesitaba que se alejara durante un momento. Se sorprendió a sí mismo calibrando si podría levantarse de la silla con las manos esposadas, y llevar la boca hasta sus pezones. La lengua le dolía con la necesidad de lamer las rosadas cimas y su respiración era errática.

Carolina sonrió. Volvía a tenerlo comiendo de su mano y le daría un poco de tregua.

Recordando sus palabras del encuentro anterior, le dio la espalda y se alejó de él tan solo un par de pasos. Miró por encima de su hombro mientras llevaba sus pulgares hasta la cinturilla de su *culotte* de encaje y sonrió a través de la cortina de su pelo negro. Martín avanzó el tórax, tensando las esposas sobre sus muñecas, y Carolina se bajó las bragas con lentitud estudiada por su trasero, sus muslos y hasta los tobillos, manteniendo las piernas un poco abiertas y sin flexionar las rodillas, para exponer sus orificios femeninos sin ningún pudor.

Martín jadeó. La visión del rombo que dibujaba el encuentro de sus nalgas y el inicio de sus muslos encerraba un ano pequeño y prieto, y una hendidura violácea rodeada de unos pliegues rosados y muy, muy lubricados. Un quejido inevitable escapó de sus labios y Carolina sonrió, perversa. Notaba su interior palpitar, y los muslos de nuevo humedecidos. Se incorporó, arqueando la espalda después de demorarse de manera absurda en retirar las bragas de sus tobillos y descalzarse los tacones.

—Primero las botas, ¿verdad? —murmuró, con la voz atenazada, girando su cintura y volviendo una mano al pecho que se perfilaba hacia Martín.

—Lo que tú quieras, Carolina —susurró él, sin esconder su turbación.

Ella sonrió de nuevo. Martín por fin había abandonado la frialdad y la pose desapasionada. Su erección se dibujaba con claridad bajo el pantalón, tenía los muslos abiertos y el cuerpo reclinado en el respaldo. Su boca exhibía un rictus

decadente y los ojos oscuros estaban entornados. Era la viva imagen de la lujuria. Pero Carolina tenía planeado hacerlo sufrir todavía un poco más.

Caminó de vuelta hasta la cama y alzó el arnés para estudiar las hebillas. Se lo puso en torno al cuerpo y ciñó las correas alrededor de sus pechos y su tórax, observando con curiosidad su reflejo en el espejo. El cuero negro y lustroso contrastaba sobre su piel pálida.

Tardó unos segundos en entender que las tiras que caían sobre sus muslos eran unos ligueros. Su pelvis quedaba desnuda. La última tira rodeaba su cintura, y su trasero y su monte de Venus quedaban enmarcados por las que irían a sujetar las botas.

—¿Te gusta? —le preguntó a Martín. Se veía agresiva, dura. La viva imagen de una dominatriz.

—Me gusta —respondió él, con tono ronco y sin elaborar. En su mente, se imaginaba a Carolina de rodillas e inclinada hacia adelante, ofreciendo los orificios que acababa de ver, y a él penetrándola con furia desde atrás mientras usaba las correas que atravesaban su espalda como asidero—. Ponte las botas —demandó.

Eran la guinda del pastel. El detalle sublime que Carolina, cada vez más experta en el juego, había demorado hasta el final. Ella asintió, se mordió los labios, y escondió la barbilla hacia su pecho. Abriendo los ojos en una mirada provocadora, llevó en su mano las botas hasta volver a acercarse a pocos centímetros de Martín.

—No sé si voy a ser capaz de guardar el equilibrio —dijo, frotando los muslos uno contra otro. Martín clavaba la vista en su pubis, en el pequeño triángulo de vello recortado, brillante por la lubricación dulzona que lo estaba haciendo enloquecer—. Mejor me las pongo aquí.

Abrió la cremallera de la bota, generando un sonido metálico durante unos largos segundos, y apoyó el vinilo sobre el muslo de Martín. Las respiraciones de ambos se agitaron. Carolina alzó un pie delicado, con las uñas pintadas de un rojo impecable, y lo deslizó dentro con suavidad, apoyando la punta en la pequeña porción de silla entre las piernas abiertas.

Martín inspiró lentamente por la nariz. El sexo de Carolina estaba a escasos centímetros de su cara, y por un momento, le sobrevino un deseo inmanejable. Podría morir entre sus muslos. Dejó caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos para recuperar el control de su cuerpo, y dio un respingo cuando sintió las uñas de Carolina clavarse en su cuero cabelludo, y los dedos aferrar su pelo corto.

—¡Mírame, Martín! ¿No es esto lo que querías? —preguntó con voz sensual

y a la vez agresiva.

Él volvió la mirada casi negra a los ojos verdes y se mantuvieron en un equilibrio de voluntades hasta que ella lo soltó. Muy despacio, arqueando la espalda y con el torso estirado para acercarle sus pechos enmarcados en cuero, Carolina tiró de la rodilla con una mano para darle una mejor visión de su sexo, que se abrió como una flor, a la vez que subía la cremallera con la otra. Martín jadeaba, temblando por la contención. Las esposas se clavaban sin piedad en la piel de sus muñecas. Carolina terminó de abrocharse la bota, embriagada con la sensación de poder. Sabía que podría obtener de él cualquier cosa que le pidiese en ese momento.

—Suéltame. Quítame las esposas —ordenó Martín. El tono amenazador la hizo reír y negó con la cabeza.

—No. Falta la otra.

Se equilibró sobre el tacón de aguja de la bota recién puesta, apoyándose por un momento en el hombro musculado. Introdujo el pie en la otra para abrocharla, pero en vez de en la silla, apoyó la punta en la ingle, justo junto a la erección que pulsaba bajo el pantalón. La diferencia de altura hizo que la hendidura sonrosada de Carolina quedara todavía más cerca de él. Martín estudió con avidez los pliegues rosados, empapados y brillantes, el pequeño botón del clítoris, tenso e hinchado, y la línea violácea que marcaba el interior de su sexo. Se relamió.

—Suéltame, Carolina. Déjame... tocarte. Carolina... —jadeaba sin ningún pudor. Iba a perder la razón de un momento a otro.

Carolina ya había subido la cremallera de la bota, pero permanecía en la misma posición, erguida, sosteniéndose sobre el hombro de Martín con una mano y abriendo el muslo para facilitarle la visión de su entrada femenina con la otra.

Volvió a negar con la cabeza, pero esbozó una sonrisa que más parecía el gesto de enseñar los dientes de una loba ante su presa.

—¿Quieres tocarme? —susurró, invitadora. Martín asintió con una sola inclinación brusca de su cabeza—. No. «No voy a ponerte un solo dedo encima» —le recordó Carolina, con tono burlón—, pero no te preocupes. —Tragó saliva y se soltó del hombro de Martín—. Yo me tocaré por ti.

Martín temblaba de la cabeza a los pies. Nunca había tenido que apelar tanto a su autocontrol. Cuando Carolina deslizó la mano sobre su pecho, retorciéndose los pezones y emitiendo gemidos entrecortados, sintió que sería capaz de estallar las esposas, tirarla al suelo y follársela hasta hacerla llorar, pero cuando vio que esa misma mano recorría la línea media de su cuerpo y comenzaba frotar con movimientos circulares su clítoris, tuvo que volver a cerrar los ojos, era su última

defensa.

—¡Mírame! —exigió ella, implacable—. ¿Es esto lo que quieres tocar?

No pudo contestar. Carolina había deslizado ahora el borde de dos de sus dedos estirados entre sus labios y se masturbaba rítmicamente ante los ojos fascinados de Martín.

Ella se inclinó hasta que su boca delicada y lasciva quedó a milímetros de la de él. Podía sentir el calor húmedo de su lengua y, por un momento, quiso sucumbir a la pulsión primitiva de morderle los labios carnosos, abrirle la bragueta, y dejarse empalar por su erección. Pero se mantuvo firme.

Empezaba a entender las recompensas del juego.

El cuerpo le dolía y clamaba por darle una clausura al devastador encuentro, pero ahí estaba la clave. En prolongar la agonía. En dilatar el final. En no satisfacer el primer impulso. En racionalizar el deseo hasta volverse locos.

—Si me tocas... —susurró, deslizando las palabras en su boca abierta—. Se acabó.

Percibía la vibración del aire que los separaba y la lujuria que sentían se hizo insoportable. Martín mantenía una tensión constante sobre las esposas, que se clavaban implacables en sus muñecas. Carolina frotaba cada vez más rápido, con la respiración acelerada y entrecortada, su núcleo palpitante e hinchado. Cuando introdujo esos mismos dos dedos con suavidad en el interior de su coño, dejando escapar un gemido, el pene de Martín vibró, emitiendo el líquido preseminal, y todo su cuerpo se tornó rígido cuando Carolina se arqueó y dejó caer la cabeza hacia atrás, liberando su orgasmo con un grito ahogado.

Pero ni aun así detuvo la tortura.

Borracha de placer, riendo ante su propia audacia, se llevó los dedos empapados en su miel hasta la boca, succionándose los con fruición a la vez que pisaba con la punta de la bota la erección hercúlea. Movié el pie tan solo un par de veces y Martín estalló en un clímax irrefrenable que lo hizo convulsionar sobre la silla, emitiendo un gruñido desgarrado, totalmente a merced de Carolina. Ella dejó aparcado el placer delicioso que estaba experimentando para estudiar al hombre que yacía rendido, derrumbado y con un manchón de humedad decorando la entrepierna de su pantalón.

Solo posó una mano en su hombro. Solo apoyó la punta de la bota sobre su polla. Él no le había puesto un dedo encima y ambos se habían corrido de un modo asolador.

Martín recuperaba poco a poco el control de su respiración. Ella se alejó hasta la cama haciendo un esfuerzo por caminar de manera equilibrada porque las piernas le fallaban. Se sentó en la cama, llevó una mano hasta su frente y cruzó los muslos en un intento de sofocar el fuego en el centro de su cuerpo. Se sentía febril. Agotada. Satisfecha.

Se despojó de una bota, y después la otra, y las dejó tiradas sin ceremonia sobre el suelo. Retiró el arnés y lo abandonó sobre la cama. No se molestó en ponerse la ropa interior, sino que descalza y desnuda, avanzó hasta Martín. Volvió a ignorar el dolor de sus manos por la necesidad de tocarlo y, con los dedos torpes y temblorosos, le quitó las esposas, que cayeron al suelo con un ruido sordo.

Martín se puso de pie en un movimiento brusco. Sin tacones, Carolina se sintió pequeña e indefensa a su lado. Durante unos instantes eternos se miraron a los ojos sin emitir ni una sola palabra. Sin pasar por el cuarto de baño, sin importarle la mancha de su pantalón, ignorando las prendas regadas por el suelo, se arrancó de los ojos verdes de Carolina y se marchó de la habitación del hotel.

Estás cambiando

Aquella semana, la última de julio, la señaló en el calendario con un rotulador rosa fluorescente. Era la última semana que pasaba en un hotel. Llevaba casi todo el mes allí, y cuando confirmó en recepción que se marchaba el martes, comprobó, sorprendida, que la trasladaban a una maravillosa *suite*. Una carta de la gerencia agradecía la confianza depositada en todo aquel tiempo en que se había hospedado con ellos, y la instaban a volver como cliente preferente.

Disfrutó de la amplitud del espacio, de los sofás y la enorme bañera del cuarto de baño acristalado, pero sabiendo que el lunes por la noche dormiría por última vez allí. Su nuevo piso alquilado estaba casi listo, solo faltaba terminar de pintarlo y que llegasen sus cosas desde Oviedo.

Martín volvía de nuevo a sus pensamientos. Los dos encuentros vividos con él, recreados en su mente una y otra vez. Guardaba en su armario el arnés y las botas de vinilo, metidos con sumo cuidado en sus cajas, en espera de devolvérselos. No pudo evitar ponerse las botas de nuevo en una ocasión frente al espejo, y había reído con ganas al recordar el orgasmo arrancado a Martín. ¿Cómo habría llegado a su casa? El manchón en sus pantalones era muy difícil de ignorar. No recordaba si al menos tenía un jersey para atarse en la cintura y disimularlo. Quizá solo había sacado los faldones de la camisa por fuera del pantalón. Se lo preguntaría, pensó, con un espíritu juguetón que no recordaba haber sentido jamás.

Por otro lado, en el trabajo, la situación de navegar entre dos aguas la tenía agotada. Los compañeros detenían sus conversaciones en cuanto ella llegaba. En una ocasión, caminó fingiendo desinterés hasta la cafetera, y se sirvió una taza con una amplia sonrisa.

—¡No paréis la conversación por mí! —dijo con tono ligero, mientras saboreaba su expreso—. En seguida me voy.

—Pero eres el enemigo, ¡tú estás con los jefes! —había contratado uno de ellos—. ¿Cómo sabemos que no eres una espía a su servicio?

Todos rieron con la ocurrencia, pero ella lo hizo forzada, sabiendo que, en parte, tenían razón. Pero Óscar seguía marcando las distancias.

El jueves, con la oficina ya desierta, se encontró con él en el ascensor.

—Creo que somos los últimos —dijo para diluir la incomodidad frente a las puertas de acero.

—Es el karma de los jefes, somos los primeros en llegar y los últimos en irnos —bromeó él. Pero a ella le molestó el tono cómplice. No era su igual. Se encargaba de recordárselo de manera soterrada siempre que tenía oportunidad.

—Yo no me siento jefa de nadie —replicó con sequedad.

—Formas parte del equipo directivo, Carolina. —Óscar parecía perplejo con su respuesta y ella aprovechó para clarificar su situación.

—¿Sí? No lo parece. Trabajo, como tú dices, con responsabilidades de jefe y me pagas como tal, pero no me incluyes en las reuniones informales, sigues pasando por encima de mi criterio en varias ocasiones pese a haberte mostrado mi validez y, hace muy poco, me has reprendido como si fuera una niña pequeña delante de todos. —Lo soltó todo, pero con voz calmada y la mirada fija en los ojos azules, sin titubear—. Disculpa si no termino por encontrar mi sitio, pero creo que ya no tengo nada que demostrar.

El ascensor se abrió y ella entró en él con calma. Óscar se quedó parado frente a ella, sin decidirse a entrar.

—¿No vienes?

—No. Esperaré al próximo.

—Muy bien. Hasta mañana, Óscar.

—Hasta mañana, Carolina.

¿De dónde demonios salió aquella seguridad? No lo sabía, pero por fin pudo enfrentar a Óscar y sacarse la espina que llevaba enquistada desde hacía ya un par de semanas. Era cierto que llegó tarde, pero no tenía por qué dejarla en evidencia frente al resto del equipo. La única razón por la que no lo hizo en aquel preciso momento fue porque su encuentro con Martín había freído sus neuronas. Además de que prefería no tener que dar explicaciones sobre los motivos, claro. Aun así, se la tenía guardada y se alegraba de haber aclarado las cosas. Los dos solos y en privado, sin que ninguno de los dos quedara en evidencia.

Su entusiasmo se diluyó un poco cuando recibió la llamada de Martín para anular su encuentro del viernes. El monstruo que ronroneaba en su vientre aulló en disconformidad.

—Tengo una emergencia familiar. No contaba con ello, y no lo puedo soslayar —dijo con tono de disculpa. A Carolina la carcomía la curiosidad.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, no —respondió él, apresurado—. Es solo que el viernes no podemos quedar.

—¿Y el sábado? —aventuró ella. No iba a ser capaz de aguantar otra semana sin verlo. Necesitaba ver a Martín.

—¿Puedes quedar el sábado? —Su tono fue de incredulidad. En contadas ocasiones, el aura de lejanía y dominación de situación que proyectaba se diluía y mostraba un hombre vulnerable, ilusionado, y que ansiaba los encuentros tanto como ella. Carolina se preguntó qué era lo que escondía, porque era bien consciente de que evitaba su pregunta sin darle una respuesta directa.

—Claro, me encantaría —dijo con sinceridad—. ¿Te parece bien antes de comer?

—Sobre las doce estaré allí.

El tono de su voz se había aligerado y Carolina contestó sin poder evitar sonreír.

—Perfecto. Te espero.

Pero aquello significó no tener planes para el viernes noche, y debía enfrentar el momento de la copa informal después del trabajo. No le apetecía en lo más mínimo, menos después de su intercambio con Óscar.

Por la mañana, su jefe no dio ningún indicio de estar molesto con ella, ni mencionó nada sobre su discusión. Es más, Carolina notaba que la trataba con mayor deferencia, la escuchaba con más atención y la incluía cuando preguntaba al resto del grupo por su opinión.

—¿Vienes hoy a tomar algo con nosotros? —preguntó al final de la jornada una de las directivas. En el momento en que Óscar la había tratado como a una igual, el resto de los integrantes del «grupo selecto» comenzaron a hacerlo también.

—Claro, vamos —respondió ella.

Aunque los acompañó por compromiso, sin ninguna gana, por fin había encontrado su lugar.

Compartir la mesa de los jefes fue más fácil de lo previsto, bebió un par de copas y picó algo relajada y tranquila. Por primera vez desde que había empezado a

trabajar, no sentía que estuviera pasando un examen ante los ojos de su jefe. Al finalizar la noche, cuando ya no podía más y quedaban tan solo unos pocos, dio dos besos a todos y cogió su bolso para marcharse. Eran más de las dos. Cuando se inclinó sobre Óscar, él la retuvo unos segundos del brazo.

—Estás cambiando, Carolina. Tienes más seguridad —deslizó en voz baja junto a su oreja.

Ella le lanzó una mirada enigmática, sonrió sin decir nada, y se alejó sin mirar atrás. Si él supiera de dónde salía aquella recién adquirida seguridad...

Tercer encuentro

Se levantó como nueva y pidió el desayuno en la *suite*. Después de siete horas de sueño se encontraba descansada y activa. La idea de que Martín llegaría en tan solo un par de horas revistió todos sus movimientos de impaciencia y se obligó a bajar marchas y disfrutar.

Tomó el café, el zumo y un cruasán frente al ventanal, con unas vistas privilegiadas de Madrid. El ajetreo de los días de diario en la carrera de San Jerónimo daba paso a la pereza del fin de semana. Se metió en la bañera, regodeándose al sumergir su cuerpo en el agua caliente y perfumada. Secó su corta melena dejándola lisa y escogió un sencillo conjunto de ropa interior de algodón blanco con lunares rojos. Un pequeño cambio. Un guiño coqueto y desenfadado para aquel día de sol y calor en el que despedían julio. Se puso unos pantalones sueltos y una camiseta de algodón con un amplio cuello que dejaba un hombro al aire como provocación.

Ordenó la habitación ella misma y puso el cartelito de «No molestar» en la puerta. No quería interrupciones.

Se preguntó qué tendría preparado Martín para ella en este tercer encuentro. No habían subido ninguna bolsa o paquete desde recepción. Si no había traído nada... bueno, aún tenía por estrenar el último conjunto. Podría hacerlo con él.

Como siempre, puntual. A las doce, los golpes en la puerta anunciaron su llegada. Carolina lo hizo pasar y, esta vez, el intercambio de un beso en la mejilla salió natural. Estaba relajada y confiada, y quiso que Martín lo estuviera también. Quitó de sus manos la bolsa y lo condujo hasta el centro de la enorme estancia.

—Vaya cambio —comentó, estudiando la *suite* con interés. Carolina se echó a reír mientras corría las cortinas y dejaba entrar aún más el sol.

—Me están agasajando como despedida —bromeó, abarcando la habitación con un gesto del brazo—. Se acaba el mes y me marcho. He alquilado un piso.

—¿Te quedas a vivir en Madrid? —Martín la observó con aspecto intrigado.

—Sí, este año tengo un contrato a tiempo completo con CreaTech. Después... tengo un año para demostrar de lo que soy capaz —respondió ella, riendo—. De hecho, la semana que viene tendremos que quedar en otro sitio. En otro hotel... o en tu casa. —Carolina reprimió una sonrisa. No se le escapó la

reticencia que cubrió, por un segundo, los ojos de Martín al mencionar la posibilidad—. Mi piso estará patas arriba una buena temporada.

—Lo que prefieras, no tenemos prisa. ¿Tienes un contrato por un año? ¿Qué vas a hacer después? —Cambió de tema para desviar su atención. Parecía preocupada por la idea de encontrarse en otro lugar que no fuera la habitación de un hotel.

—Bueno, si deciden no renovar mi contrato, seguramente volveré a Oviedo. —Carolina contestó con una sonrisa resignada—. Es un poco más fácil ser autónoma en provincia.

—¿Eres asturiana? ¿De dónde sale el Bauer, entonces?

Martín era reacio a profundizar en las relaciones que establecía con las mujeres. Había aprendido a la fuerza que, si mantenía las cosas en un plano superficial, sufría menos cuando terminaban por romperse. Porque se rompían. Siempre. Por la misma razón, permanecía hermético y no facilitaba más que la información precisa, pero estaba claro que Carolina necesitaba cierto marco teórico para avanzar.

—Mi padre es alemán. Músico. Lo contrataron mis abuelos para dar clases de piano a sus hijas, ¡y fíjate! Acabó por seducir a la más pequeña. Mi madre.

—Una historia preciosa —dijo Martín. Si Carolina se quedaba en Madrid, quizá podría plantearse ir un poco más allá en sus encuentros. Ella continuó hablando de sus padres. Él solo podía pensar en tenerla por fin bajo su cuerpo.

Debió darse cuenta de que no la escuchaba, porque detuvo su charla y lo miró.

—¿Quieres que empecemos? ¿Te apetece tomar algo?

—Agua está bien. Pero, primero, me gustaría que te pusieras lo que he traído —dijo para retenerla cuando ya se había girado hacia el minibar. Señaló la bolsa sobre la cama—. Las esposas están dentro.

—No. No más esposas —dijo ella, con una sonrisa tímida.

—Me alegro de que confíes en mí.

—Pero lo de no ponerme un dedo encima sigue en pie —se apresuró añadir ella.

—No te tocaré.

Carolina se acercó a un pequeño reproductor de música con su móvil.

—¿Te apetece escuchar algo tranquilo? ¿Te gusta Sade?

Martín asintió, sin demasiado interés, pero escuchar los acordes suaves y melódicos de *By your side* lo hizo sonreír. Era la canción perfecta. Se sentó en una butaca amplia de cuero negro, muy cómoda, dispuesta en ele junto a otra más grande. Entre ellas había una mesa auxiliar de cristal. La composición estaba situada en una esquina entre dos enormes ventanales abiertos. Se veían algunas siluetas de personas trajinar en los edificios de enfrente, al otro lado de la calle, y se preguntó si serían visibles desde allí.

Carolina sacó de la bolsa una sola prenda. Una túnica estrecha de tul color champán con bordes de encaje que la cubriría desde los hombros hasta los pies. La extendió frente a ella, extasiada. La tela tenía una caída líquida que se ajustaría a todos los relieves de su cuerpo.

—Póntela. Te quedará bien.

Martín se recostó en la butaca, acarició el cuero frío con los dedos y se abandonó a la contemplación de sus movimientos. Ya había abandonado todo pudor, no existía ni un rastro de timidez. Y por muy estimulante que esas reticencias le resultaran en un inicio, prefería mil veces la seguridad desenvuelta con la que ahora se desnudaba frente a él.

Juguetona, dejó el vestido sobre la mesita de cristal y se quitó primero el pantalón; lo dejó a un lado. Hizo lo mismo con la camiseta, pero esta vez, se la lanzó a él. Recibió entre sus manos la prenda, caliente por el contacto con su piel. Sin quitar los ojos de ella, inhaló su aroma.

—Hoy hueles distinto —dijo, confirmando lo que había notado nada más llegar. Ella pareció desconcertada por un momento, y luego sonrió.

—Me acabo de duchar, es el jabón que utilizo. Ni siquiera me he echado perfume. Voy a solucionarlo ahora mismo.

—No. No lo hagas. —La detuvo. Le gustaba el olor fresco y natural que exhalaba, más aún que el de su perfume, si cabía. Y el aroma que realmente lo volvía loco, el de su sexo húmedo y excitado no tardaría en surgir. No había prisa.

—De acuerdo. ¿Te gusta mi conjunto de ropa interior? —añadió, coqueta, mientras giraba sobre sí misma, cimbreado las caderas al compás de la música con languidez. Sonrió al ver los pequeños lunares rojos sobre el algodón blanco, el pequeño lacito entre sus pechos y el fino volante de organdí.

—Eres una Lolita encarnada. Si escenificáramos un juego de roles, te sentaría sobre mis rodillas y te ofrecería caramelos con pérfidas intenciones —bromeó. Ella se echó a reír y metió un dedo en su boca, representando el papel a la perfección. El gesto lo excitó sobremanera. El destello de la fantasía de que aquel

dedo fuese uno de los suyos o, mejor, su polla, lo hizo jadear y endureció su mirada —. O quizá tendría que atravesarte sobre mis piernas y darte unos buenos azotes por provocadora.

Carolina se quedó inmóvil ante el tono amenazador de su voz. Lo miraba con los labios entreabiertos y las pupilas dilatadas. ¿Era miedo, o excitación?

—Te he asustado —afirmó.

—Dijiste que no me tocarías.

—No me he movido ni un milímetro de este sillón, Carolina. ¿Por qué piensas que voy a tocarte?

—A azotarme. Por provocadora. Lo has dicho. —La voz le temblaba y sus muslos se juntaron. Martín sonrió. Temor. Excitación. A veces eran exactamente lo mismo.

—Hablabas en un caso hipotético. ¿Te gustan los azotes?

—No lo sé. Nunca... nunca me han azotado.

—Creo que te encantaría.

—Quiero que me azotes tú —dijo ella, espontánea. Se ruborizó y Martín supo que lo había dicho sin pensar. Le encantaba cuando soltaba cosas así, sin filtro. Le daban una pista de hacia dónde debía dirigirse, y hasta dónde podría llegar.

—Cada cosa a su tiempo, Carolina. Tienes una prenda que quiero ver sobre tu piel. ¿Ya no quieres desnudarte para mí?

Ella pareció salir de un trance y lo miró como si no supiera de qué hablaba. Martín señaló la prenda sobre la mesa y Carolina asintió. Se quitó el sujetador y lo dejó a un lado. Martín reprimió el gesto de exigirselo, y esperó. Hipnotizado, vio como el tenue relieve de los pezones sobre la areola rosada se convertía en el caramelo redondo y duro de sus alucinaciones. Sonrió. Esta vez, no se detuvo en acariciarse los pechos. Tampoco se dio la vuelta para mostrarle el rombo violáceo que encerraba su sexo. Se mantuvo frente a él y se quitó las bragas. Le gustaba que no estuviera depilada al completo, aquel vello suave y negro que contrastaba contra la blancura de su piel era una flecha que señalaba el lugar donde se acabaría rindiendo.

—¿Te gusta lo que ves? Nunca te lo he preguntado —dijo ella, arrancándolo de su deleite. Su tono de voz se tambaleaba, y supo que necesitaba su aprobación.

—Me gusta. Mucho. ¿Acaso lo dudabas?

—Nunca me lo habías dicho.

—Creo que mi cuerpo habla con elocuencia —dijo Martín, acariciándose la erección por encima del pantalón.

—Quiero verte yo a ti. Es lo justo. —De pronto, el tono de Carolina se había hecho exigente—. Tú ya me has visto. Yo también quiero mirarte.

Martín se echó a reír con ganas. Esto se ponía interesante. Carolina se alzaba frente a él, completamente desnuda, con el mentón alzado y una mirada desafiante.

—Tu cuerpo es delicioso. Es precioso. Y tu actitud lo embellece aún más. —Intentó explicarle cómo se sentía, pero ella negó con la cabeza.

—¿Estás diciendo que el cuerpo de la mujer es un objeto, pero el del hombre no?

—No. No estoy diciendo eso. —Carolina poseía una mente aguda y ágil, y sabía que si se enzarzaban en una discusión en torno al feminismo, saldría más que escaldado—. El cuerpo masculino desnudo no es bello, es ridículo.

—Eso díselo al David de Miguel Ángel. Quiero verte, ¡vamos! —insistió.

—Creo que eso no estaba dentro del trato.

—Ahora, las reglas del juego cambian. Si no igualamos los términos, se acaba el juego.

Martín torció el gesto. No era la sesión que esperaba, el vestido de tul de color champán reposaba aún sobre el cristal, ignorado. Bromeó, señalándolo con el dedo.

—De acuerdo, tú pasas a ser la *voyeur* y yo el modelo. ¿Crees que me quedará bien?

Ella no lo acompañó en su ánimo festivo. Arqueó unas cejas perfectas y lo fulminó con su mirada verde de gata.

—Me conformo con verte desnudo. No hace falta que te pongas nada.

—Muy bien. Pero no podrás tocarme.

Carolina asintió y se vistió por fin con la prenda. Martín disfrutó al ver cómo se deslizaba la túnica como una lámina de agua cayendo sobre su cuerpo. La tela era tan delicada que se notaba la depresión de su ombligo, y se delineaba el triángulo de su sexo. Se alejó un momento y pudo ver la redondez de sus nalgas y sus largas piernas moverse con gracia. Descalza. El movimiento rítmico de las plantas de sus pies, más blancas aún que su piel, lo mantuvo inmóvil, haciéndolo olvidar por un momento su pequeña discusión.

Ella volvió sobre sus pasos con una botella de agua mineral y dos copas

entre las manos. Sirvió el agua y le acercó una de ellas en la mesita de cristal. Después, se recostó de lado en el sillón. Apoyó la cabeza sobre el codo y sonrió. No era una gata. Era una pantera.

—Estoy esperando.

Parecía una odalisca, mientras mecía la cabeza al ritmo del jazz y tarareaba la canción. No le quedaba más remedio que hacerlo. Tomó un largo trago de agua, pensando que le hubiese venido mejor un *whisky*, y se deshizo de los zapatos de verano. Carolina le miró los pies con curiosidad, y luego alzó los ojos con avidez, presionándolo para continuar. Desabrochó los botones de ambas mangas de la camisa y buscó el cierre de su reloj.

—¡Te estás entreteniendo a propósito! —protestó ella, acusadora.

—No. Solo me estoy quitando el reloj. Si el cuerpo desnudo de un hombre es ridículo, prueba a verlo con un reloj puesto —dijo, riendo. La situación se había vuelto en su contra. No había contado con la dominación que había intuido en ella. En la gestión de poder, ambos se hallaban muy igualados, y supo que no tendría ningún inconveniente en, llegado el caso, dejarse someter. Dejó el reloj sobre la mesa y Carolina lo cogió.

—Es un reloj muy bonito. Parece antiguo.

—Era de mi abuelo. ¿Sigo? —No había sido muy delicado en cambiar de tema, pero no quería entrar en una charla demasiado personal. La familia se acercaba peligrosamente al tema parejas, y era algo que no quería tocar.

—Sigue.

Desabrochó los botones de su camisa blanca y, de pronto, se dio cuenta de que lo estaba disfrutando. Carolina, recostada en el sillón, no le quitaba los ojos de encima, y una expresión ávida vestía su rostro. Ralentizó los movimientos y ella se humedeció los labios, impaciente.

—Dame tu camisa —ordenó, cuando hubo terminado de desabrocharla. Descubrió un hombro y después el otro, tiró de las mangas, y la arrugó entre las manos. El gesto, aunque en un principio inconsciente, hizo resaltar los músculos de sus brazos, los pectorales y marcó abdomen para completar el *pack*.

—Joder —barbotó Carolina, espontánea—. No veo ni una sola gota de ridículo.

—Entonces es mejor que lo dejemos aquí —bromeó él.

—Ni de broma. Dame la camisa.

Carolina tuvo que incorporarse para recibir la prenda de su mano. No se

tocaron, y ella volvió con su trofeo de nuevo al sofá. Estaba salivando. Sus muslos, de nuevo empapados. Nunca su cuerpo se había lubricado con esa facilidad. Se transformaba en miel caliente en cuanto Martín aparecía ante ella, fuera en persona o en pensamiento. Y todavía no le había puesto un dedo encima. Todavía.

Se estaba desabrochando el cinturón. Dejó la hebilla y la lengua del otro extremo colgando, y Carolina pensó en pedirle que se lo diera también. Pero el movimiento oscilante del cuero le resultaba obsceno y atractivo. Si algún día la azotaba, ¿lo haría con aquel cinturón? Se ruborizó al pensar en ello. Se estaba volviendo loca.

—¿Te ruborizas? Espero que no sea porque nunca has visto un hombre desnudo.

—No es por eso —dijo ella en un susurro. Martín se detuvo, intrigado.

—¿En qué estabas pensando? Si no me lo dices, no seguiré adelante.

—En tu cinturón. —Martín la miró durante unos segundos mientras se desabrochaba el botón de su pantalón y bajaba, con lentitud premeditada, su cremallera—. ¡Quítate el pantalón de una vez! —protestó ella, poniendo los ojos en blanco.

—Qué ironía. Yo diciéndote todo el rato «Carolina, más despacio», y tú metiéndome prisa.

Ella se había incorporado, estaba sentada justo frente a él. Se mordía los labios con impaciencia y sus ojos lo miraban con codicia. Imitando el gesto que ella hacía al desnudarse, empujó los pantalones y los dejó caer hasta el suelo. Luego salió de ellos, sabiendo que el bóxer negro delineaba su erección sin dejar nada a la imaginación.

—¿Te gusta lo que ves?

—Aún no lo sé. Quítate el bóxer.

Martín se preguntó dónde estaba la magia de todo aquello. Carolina parecía simplemente querer doblegarlo de algún modo. Quebrar su resistencia. Verlo ceder.

Deslizó sus pulgares por dentro del elástico negro y los movió, indeciso. Ella chasqueó la lengua, y se echó a reír.

—¿Dónde está la gracia de hacerlo todo tan rápido?

—Quiero ver tu polla en acción. ¿No lo puedes entender?

Su irritación habría resultado cómica de no haberlo excitado tanto. El objeto de su anhelo rabiaba, con vida propia, por salir de su confinamiento, y liberó por

fin su erección. Deslizó el bóxer por sus piernas fuertes y torneadas, y abandonó la prenda sobre sus pantalones. Se irguió en toda su estatura con los labios apretados, exhibiéndose con una mezcla de orgullo e incomodidad. No por estar desnudo. Por estarlo en un momento que no creía fuera el adecuado. Carolina estaba precipitando las cosas, y él no era capaz de contenerla.

Ella lo contempló, boquiabierta. Una expresión reverencial cubrió su rostro. Parecía una niña pequeña frente al escaparate de una juguetería, sin estar segura de cuál sería su muñeca favorita. Parpadeó un par de veces y negó delicadamente con la cabeza.

—¿Me puedes explicar dónde está el ridículo? Tienes un cuerpo... joder, Martín. Tienes un cuerpo para perderse en él.

Él dibujó una sonrisa resignada y mostró las palmas de las manos en señal de rendición.

—Esto es todo. No hay ningún misterio.

Pero Carolina no estaba de acuerdo. Se sentía como una pobre hambrienta delante de un banquete, sin que pudiera comer ni unas migajas de pan. Lo devoró con la mirada. Recorrió la columna de sus piernas y sus muslos, que lo afianzaban al suelo como si nadie pudiera moverlo de ahí. Su erección se erguía, agresiva, frente a él. El vello púbico era negro y poblado. Carolina hundió los dedos siguiendo la línea de su abdomen hasta encerrar sus testículos en una garra. En su imaginación. Lamió las líneas de su triángulo de Apolo, y la cuadrícula de sus abdominales. Masajeó los pectorales y clavó las uñas en sus bíceps. El cuello, musculoso, remataba en una mandíbula firme cubierta de barba bien cuidada. Quiso morderla. Encerró la columna de acero de su polla en su boca, con todo detalle. En su imaginación. El día que lo tuviera en sus manos, iba a destrozarlo.

—Date la vuelta, por favor —rogó, en un hilo de voz. Quería ver si esa espalda que tan solo había intuido bajo las camisas, hacía honor a sus expectativas.

Martín se dio la vuelta, algo cohibido por primera vez desde que se había desnudado. Su polla comenzaba a resultar un incordio, le dolían los ijares y necesitaba toda su sangre en el cerebro para lidiar con Carolina. Ver su admiración era bueno para su ego, pero no quedaba demasiada voluntad para retenerse, para no abalanzarse sobre ella y follársela en aquel sofá. Se pasó una mano por el pelo y le mostró lo que sabía que quería ver: su espalda. Carolina emitió un pequeño gemido, que hizo que su erección vibrara una vez más. La encerró en una mano con fuerza para calmarse y miró a Carolina.

—Es suficiente —dijo, cortante.

—Por favor, Martín. Sé que han cambiado las reglas y no puedo tocarte, pero hazlo tú por mí.

Era imposible resistirse, era increíble el poder que tenía sobre él. Seguía preguntándose en qué momento había perdido el control sobre ella, sobre toda la situación, y quiso conservar un poco de aquella ventaja.

—Solo si tú lo haces también. Tócate para mí.

Él, de pie frente a ella. Ella, recostada en el sofá. Se levantó el vestido lo suficiente para deslizar las manos bajo la tela y alcanzar su sexo. Comenzó a acariciarse rítmicamente con los ojos fijos en él, siguiendo el compás de la música.

Martín batía su sexo con calma, recreándose en el espectáculo de Carolina. Los pequeños quejidos, los gemidos, el aroma femenino y particular que comenzaba a impregnar la estancia. Cuando empezó a llamarlo, en voz baja, creyó morir. «—Martín...Martín...Martín».

—¡Martín...! —exclamó en un grito ahogado al llegar al orgasmo.

Fue demasiado. Se corrió en su mano con un gruñido ante la mirada lasciva de Carolina. Había llegado hasta el final cuando solo tenía idea de jugar un rato con ella.

No dijeron nada. Ella jadeaba, derrengada en el sofá, intentando recuperar el ritmo normal de su respiración. Él se fue al cuarto de baño. Necesitaba una ducha.

Se vistió en silencio mientras Carolina parecía dormir. Tenían que hablar. Y no podían esperar al viernes siguiente. La música seguía sonando, ajena a lo que acababa de ocurrir.

—Adiós, Carolina —susurró desde lejos. Le daba miedo acercarse a ella. No sabía cuánto más podría aguantar sin perder el control.

—Hasta la semana que viene, Martín.

Compás de espera

Carolina recorrió la estancia con curiosidad ante la mirada divertida de Martín. Pocos muebles, pero escogidos. El apartamento, un *loft* en Serrano, tenía la practicidad de un piso de soltero y la elegancia y sofisticación de un hombre que sabe lo que quiere. Todas las dudas acumuladas ante su invitación se desvanecieron frente a la posibilidad de indagar un poco más en el enigma que era Martín. Pero no podía olvidar la razón principal por la que estaba allí.

—¿Dónde quieres que me desnude? —preguntó, sin ambages.

Él señaló la zona habilitada como salón, amplia y cómoda, y la invitó a sentarse con la manera reservada y distante que usaba siempre que se dirigía a ella antes de uno de sus encuentros. Carolina no se amilanó, sabía que pronto lo tendría comiendo de la palma de su mano.

—No, Carolina. Hoy quiero que nos lo tomemos con calma, que hablemos un poco. —Sonrió de manera casi imperceptible al ver la fugaz expresión de desilusión que cruzó su rostro—. Tenemos que reconducir esto. La semana pasada se nos fue de las manos.

Ella asintió, sopesando sus palabras. El encuentro anterior había sido tórrido, casi demencial. Seguía dándole vueltas a cómo Martín conseguía excitarla tan solo con ponerla en situación, y sabía que para él también había sido una experiencia intensa. Masturbarse con aquella furia, el uno frente al otro, sin tocarse...

Se excitaba con solo recordarlo.

—De acuerdo. Supongo que tienes razón. —Se sentó en la terraza, en el lugar que él le señaló, y dejó vagar la mirada por la preciosa vista de la calle Serrano.

—Tengo esto para ti. No quiero que malinterpretes el gesto, pero creo que es necesario. —Le tendió un sobre con el logotipo fácilmente reconocible de un hospital y ella lo recogió, sorprendida—. Estoy sano. Los análisis son de esta semana. Sé que no puedo exigirte nada, pero quiero que consideres hacerte un chequeo tú también. Si es que no lo has hecho ya, claro —añadió con tono de disculpa.

Carolina frunció el ceño. ¿Analíticas? ¿Malinterpretar el gesto? Negó con la cabeza, confundida.

—Martín... creo que no te sigo. ¿A qué te refieres?

Él se tomó unos segundos para contestar. Sus ojos oscuros se tornaron más brillantes y sus labios se apretaron en una línea de determinación.

—Tarde o temprano vamos a acabar follando, Carolina. Prefiero que quede todo claro en frío, antes de dejarnos llevar.

Ella se envaró ante la fuerza de su voz. El tono grave, que parecía nacer del fondo de su pecho, la excitaba. La mirada directa que mostraba, sin ápice de duda, que la deseaba y que solo era cuestión de tiempo que la hiciera suya. Que los milímetros que habían separado sus bocas eran metafóricos, porque sus cuerpos ya habían experimentado las sensaciones que se generaban el uno al otro. Tarde o temprano. Parecía ineludible.

—Te refieres a las enfermedades de transmisión sexual —murmuró, rebajando la tensión del momento. Martín asintió, abriendo las manos en un gesto de disculpa.

—Siento ser tan prosaico, pero es importante.

—Claro —respondió ella, sin elaborar. ¿Qué estaba haciendo en casa de Martín, entonces? No tenía ningún sentido quedarse—. Me haré los análisis esta semana. Supongo que tendré los resultados para el viernes que viene. —Se levantó de la silla, incómoda. Se sentía más expuesta ahora que en todos los momentos en que se había exhibido desnuda frente a él—. Hablamos durante la semana.

—¿Dónde vas? —demandó él, de nuevo esa sonrisa tenue pendiendo de sus labios.

—Me marchó. No tiene mucho sentido que me quede si no... —Se detuvo, sorprendida de cómo Martín se echaba a reír, escondiendo los labios detrás de sus dedos.

—Tenemos una cita, Carolina. ¿Me vas a plantar en mi propia casa? Creo que eso nunca me había ocurrido —reconoció, con gesto sorprendido—. No te marches, por favor. Disfruto mucho de tu compañía, al margen de poder disfrutar de la visión de tu cuerpo.

Ella se retorció los dedos en un gesto ya familiar para él, que delataba cuándo estaba nerviosa. MoviÓ la cabeza afirmativamente cuando él le ofreció una copa, y poco después compartían un *gin-tonic* en el pequeño balcón. Hablaron de todo y de nada. Los dos evitaban con maestría las preguntas personales, y daban

respuestas amplias y no comprometidas, pero la conversación comenzaba a profundizar poco a poco en lo que eran sus vidas.

Cuando Martín pareció soltarse un poco por fin, mientras le contaba que estaba inmerso en una operación de gran importancia en su trabajo, lo sorprendió echando miradas de reojo a su reloj de pulsera. Sin saber por qué, el gesto la irritó.

—Será mejor que me vaya —dijo, cortante. Dejó la copa vacía sobre la mesa con ademán brusco y se levantó—. Veo que tienes prisa.

No pudo evitar cierto tono acusador. Estaba tensa, enojada. No tenía conciencia de haber procesado nada de la conversación. Solo se había fijado en los labios de Martín al hablar, en las manos masculinas y sus movimientos sensuales, y en el aroma de la ginebra mezclado con el de su perfume. El deseo destilaba alimentando al monstruo del centro de su cuerpo sin que él diera ningún indicio de sentir lo mismo. Carolina lo prefería vulnerable, envuelto en lujuria, y desprovisto de esa contención que rayaba la frialdad. Se sentía más incómoda así, con la ropa puesta pero sin saber lo que pensaba, que desnuda frente a él y teniéndolo a su merced.

—No, no tengo prisa. Es solo... —Se detuvo y pareció ponderarla con la mirada—. En unos minutos he quedado con unos amigos. Aquí. En casa.

—En ese caso, será mejor que te deje solo —murmuró Carolina, desconcertada. ¿Por qué demonios no le había dicho nada?—. No quiero molestar.

—Me preguntaba si te gustaría quedarte para la velada, pero debo advertirte que es un poco especial.

Ahí estaba de nuevo esa mirada lasciva, con los ojos oscuros casi mates y la sonrisa perversa.

—¿A qué te refieres?

—Quizá es mejor que te vayas.

—Joder, Martín, si no me quieres aquí, no tienes más que decírmelo —contestó, levantándose de la silla, enfadada. Tenía la desagradable sensación de que jugaba con ella. De que la excluía porque, por algún motivo, no creía que diese la talla. Él percibió su enfado y la aplacó, sujetándola del antebrazo.

—No te vayas, por favor. La razón por la que tengo mis reservas es que en estas reuniones compartimos algo más que copas, charla y algo de picar.

—¿Te refieres a que tenéis sexo? ¿En grupo? —La curiosidad y la excitación de Carolina barrieron la irritación. Se mordió los labios, considerando las posibilidades—. Quiero quedarme. Quiero participar. Mirar, quiero decir —

añadió con rapidez, casi disculpándose.

Martín la observó sin moverse durante unos segundos eternos. Justo en ese momento, el timbre sonó, coartando la oportunidad de obtener de él una respuesta. Carolina no se movió de donde estaba. Si quería que se marchara, tendría que decírselo de manera directa. Estaba demasiado intrigada por la oportunidad de vivir algo así como para perderla sin, al menos, mirar.

—Espera aquí. Puedes quedarte. Pero es mejor que te quedes al margen por el momento —dijo por fin al levantarse para abrir la puerta.

Una pareja joven, ambos atractivos, entró a la estancia junto a Martín. Carolina los estudiaba sin perder detalle desde su posición algo apartada. Tragó aire con violencia al ver que Martín saludaba a la mujer con un beso en los labios, y acariciaba con el dorso de sus dedos la protuberancia definida de un pezón bajo la tela de seda. Estrechó la mano del hombre con cordialidad. Intercambiaron unas palabras que no pudo escuchar y una risa femenina y coqueta rompió el silencio que llegaba hasta ella.

Martín los trataba con una calidez que jamás había mostrado con ella, y sintió, desconcertada, la bofetada de los celos. Sacudió la cabeza con incredulidad. No le pertenecía. Su subconsciente luchaba contra los convencionalismos que lo ataban a ella por haber compartido erotismo e intimidad. Tuvo que aceptar que le costaba desligar lo vivido de cierto sentimiento de posesión. Quizá ese era el motivo de que se mostrara frío y distante con ella. No quería darle motivos de confusión.

Carolina se levantó cuando él se acercó, rodeado de sus amigos. Esbozó una sonrisa vacilante e intercambió un par de besos con ambos. Ella, Silvia, exudaba una elegancia decadente. Él, Marcos, era puro erotismo y lujuria. Llevaba el pelo rubio y largo suelto sobre los hombros y una camisa negra y estrecha que le daba una imagen andrógina, ambigua. Ella llevaba un vestido de seda color crema que no dejaba nada a la imaginación. Los pezones se erguían enhiestos bajo la tela. Estaba segura de que no llevaba ropa interior.

Martín se disculpó para abrir la puerta de nuevo, y Marcos sirvió una ronda de *gin-tonics*. Charlaron de banalidades hasta que volvió, acompañado de dos hombres más. Tanto Silvia como ella notaron la caricia de las miradas masculinas. Martín se sentó junto a ella, muy cerca, y Carolina apoyó la mano sobre su hombro buscando reafirmarse. Se sentía excitada por la situación, pero también intimidada.

—¿De dónde sales tú, Carolina? —preguntó uno de ellos en tono afable, tan solo mostrando curiosidad—. Martín es muy cerrado en sus afectos, y ver una cara nueva aquí es toda una sorpresa.

—Carolina modela para mí. Lencería y otras prendas —explicó Martín, adelantándose al ver que ella titubeaba.

—¡Ah, viejo fetichista! ¡Qué suerte tienes! —prosiguió Marcos, recorriéndola con la mirada. Se detuvo en su escote y deslizó los ojos azules hacia sus pies—. ¿No querrías mostrarte también ante nosotros? Eres muy bella.

La simplicidad y la franqueza con que lo dijo, las miradas apreciativas de los cuatro hombres, junto con la sonrisa alentadora de Silvia, hicieron que se planteara seriamente desnudarse ante ellos. Se volvió hacia Martín. De algún modo, necesitaba su aprobación. Él la observaba con admiración y sus labios llenos se curvaron en esa sonrisa que provocaba en Carolina un deseo irracional de morderle la boca.

—Tú decides, Carolina. Tengo un conjunto nuevo guardado para ti, si quieres hacerlo.

Cruzar los límites

El amplio *loft* en penumbra, la música suave y la inmovilidad de los hombres, que parecían esperar también una respuesta, la hicieron decidirse. Quería hacerlo. Un vacío se apoderó de su estómago, pero la excitación y el morbo superaban el miedo.

Asintió con vacilación, y después con firmeza.

—De acuerdo, pero no quiero cambiarme aquí.

Ignoró las miradas de desilusión de los hombres. No le importaba mostrarse en lencería, pero deshacerse de las prendas que la unían a lo normal y lo prosaico de su día a día era otra cosa. Iba a atravesar un límite y quería dejarlo bien definido. Desnudarse frente a ellos sería difuminar la línea, dejar un terreno fronterizo entre ambos momentos, ofrecerles ser testigos de una transición para la que no sabía si, en realidad, estaba preparada.

Martín la sostuvo del codo para conducirla con suavidad a una habitación. Por un momento, Carolina se despojó de la aprensión para mirar la cama, invitadora, apetecible. Su tamaño hacía de ella un campo de batalla espléndido. El cobertor de algodón de color crema, liso y suave, tan solo un poco satinado, se unía al tacto exquisito y ostentoso de una manta de terciopelo de color chocolate que no pudo evitar acariciar. El cabecero, con pequeñas tablillas paralelas, ofrecía un sinfín de posibilidades, y sobre él, una maravillosa pintura japonesa de una mujer en una suspensión de *shibari* desató su curiosidad al límite. ¿Martín sabría atar, o tenía ese grabado solo por sentido estético?

Él salió del vestidor donde había entrado unos momentos antes con un precioso conjunto negro colgado de una percha. Carolina lamentó no haber aprovechado la oportunidad de echar un vistazo a lo que había en su armario, pero Martín cerró la puerta corredera y no pudo ver nada.

—Estarás preciosa. Como siempre —la tranquilizó.

Carolina esbozó una sonrisa tenue y tomó entre sus dedos las dos piezas. La suavidad del encaje, frío y casi crujiente entre sus dedos, la hizo ralentizar los movimientos. Martín puso unas medias de blonda sobre la cama y una caja de zapatos, pero ella no le prestó atención. Contemplaba con fascinación la tela, repujada con unas delicadas perlas que hacían las prendas pesadas; el tul no dejaría

demasiado a la imaginación.

—¿Prefieres que salga de la habitación?

Se volvió hacia él y lo observó. El solo hecho de verla con la lencería entre las manos lo había excitado. Podía verlo en el brillo de sus ojos, en la respiración rápida de sus labios entreabiertos.

—No. Quédate.

Se volvió para darle la espalda, y llevó una mano hasta su cuello para hacer el gesto, del todo innecesario, de apartarse la corta melena. Quería que le bajara la cremallera del vestido. No necesitó decírselo, la carnada funcionó a la perfección. Martín se acercó a ella y pudo sentir su aliento cálido justo sobre su nuca. Abrió el vestido con calma estudiada y el escaso aire entre ellos pareció vibrar, cubierto de una energía extraña.

—Sabes que no puedo controlar lo que hagan los demás —dijo Martín. Apoyó los dedos sobre los tirantes de su vestido, sin tocar su piel, y los deslizó sobre los hombros hasta hacerlos caer en el hueco de sus codos—. Sé que no quieres que te toque y no te tocaré, pero el resto... —Los sostuvo entre sus dedos y los bajó aún más. El vestido cayó al suelo y Carolina se puso rígida—. Sé que Marcos te desea. ¿Quieres que él te toque? ¿Silvia, tal vez?

Ella negó con la cabeza, sin hablar. Los lugares donde Martín la había rozado por casualidad le ardían con un fuego que rayaba el dolor.

Él le desabrochó el sujetador y dejó la prenda sobre la cama. Carolina suprimió las ganas de masajearse los pechos. Quería que Martín lo hiciera. Quería esas manos grandes y cuidadas sobre sus pezones, quería que abandonara esa frialdad que no entendía y que la follara hasta hacerla gritar. Sentía la humedad emparar poco a poco sus bragas.

—Quiero que me toques tú.

La frase quedó suspendida en el silencio de la habitación. Carolina sintió la ansiedad y el deseo atezar todas las fibras de su cuerpo cuando Martín deslizó la yema de su índice desde el nacimiento del pelo, para recorrer la línea de su columna vertebral en una caricia firme y lenta, hasta el encuentro de sus nalgas. Dejó escapar un gemido y toda su piel se erizó.

—¿Estás segura? Hace tan solo un momento, estabas preocupada por la posibilidad de follar conmigo. Si abres esa puerta, no habrá vuelta atrás.

La voz de Martín encerraba amenazas ominosas que hicieron que su corazón se desbocara, y se giró bruscamente para enfrentarlo. Alzó las manos hacia su

pecho en un gesto inconsciente para tocarlo, pero él la aferró de las muñecas.

—No, Carolina. Quiero que lo pienses bien.

Su fuerte agarre activó una corriente que viajó por sus brazos hasta sus pechos y de ahí al centro más ardiente de su cuerpo. Su clítoris reverberó y comenzó a sentir ese dolor intenso en el interior de su sexo que delataba la necesidad de sentirse penetrada, pero de nuevo, su frialdad la desconcertaba. Lo miró a los ojos. Necesitaba saberlo.

—¿No me deseas, Martín?

El alzó la vista hacia el techo en un gesto de desesperación y después enfrentó sus ojos verdes.

—Carolina, te deseo tanto que ahora mismo, si me dieras tan solo un milímetro de margen, te tiraría sobre esta cama y te follaría hasta que acabases gritando.

—¿A qué esperas? —lo retó ella. Le había leído el pensamiento.

Martín soltó una carcajada y cerró los ojos con fuerza durante un instante. Carolina se desasíó de su cepo y se quitó las bragas. Su aroma más secreto penetró su nariz y Martín inspiró despacio, pero no se movió.

Se exhibió desnuda ante él, casi retadora, belicosa. Todo su cuerpo ardía.

—Estoy justo aquí.

—Carolina —la voz de Martín fue un susurro ronco—, te lo voy a preguntar una última vez. Ahí fuera hay cinco personas esperando. Quiero tenerte para mí solo. Quiero que, cuando me hunda en ti, no haya prisas, ni compromisos, ni plazos. Quiero... —rio de nuevo con esa cadencia que resonaba entre sus piernas—, quiero tantas cosas que no sé por dónde empezar, pero creo que ahora no es el momento. Si me das luz verde, te follaré aquí y ahora, aunque prefiero esperar.

Carolina recordó al grupo que ya debía estar impaciente en el salón. Se había olvidado por completo. Ahora, estar frente a ellos no le parecía un plato tan apetecible. Quería comerse a Martín. Quería su polla en la boca, envolverlo entre sus piernas, que la penetrara por todos los orificios disponibles. El deseo era irracional y con una fuerza absurda. Pero tenía razón. El hecho de que hubiese personas esperando sí marcaba, en cierto modo, una diferencia.

Asintió con calma, tragándose las ganas. Estaba tan excitada que sentía ganas de llorar. Podía ver el bulto de la erección de Martín, podía oler su perfume mezclado con el almizcle de su cuerpo sudando. Bajó los hombros, rendida y se volvió hacia la lencería, aunque la situación ya no le parecía tan atractiva.

—Un momento —la interrumpió él, cuando ya comenzaba a quitar las etiquetas del conjunto—. Dame tus bragas.

Carolina lo miró, interrogante, y le tendió la prenda nueva.

—No. Las otras. Las que te acabas de quitar.

Carolina las recogió del suelo y las depositó en su mano extendida. ¿Qué querría hacer con ellas?

Martín se las llevó a la nariz e inspiró con fuerza. Después, expuso la entrepierna, y con los ojos oscuros clavados en los verdes, lamió lentamente la tela. Carolina gimió. Su respiración se aceleró más y más cuando él siguió lamiendo y chupando sin quitarle los ojos de encima. Casi podía sentir esa lengua en su sexo, percibía con claridad la humedad descender por el interior de sus muslos. Maldito cabrón. Sentía que la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Vete. Vete de aquí, Martín —rogó.

Martín se detuvo, se metió las bragas en el bolsillo, y salió de la habitación sin decir ni una sola palabra.

A sus pies

Carolina se tomó unos minutos para recuperar el control de su cuerpo, pero tenía la piel en llamas por lo que acababa de hacer Martín.

Al atravesar la puerta, dejó atrás muchas de sus reticencias, de sus tabúes, de los convencionalismos que habían estrechado su vida hasta ese momento, pero que persistían lo suficiente como para no eliminar el oscuro atractivo de lo prohibido.

El espacio hasta la zona de sofás se le antojó eterno, y a la vez demasiado corto. Ralentizó el paso para estudiar la escena que se extendía ante sus ojos. En el sillón principal, Marcos y Silvia conversaban, muy cerca el uno del otro, intercaldando besos suaves y caricias. Los dos sillones a las cabeceras de la mesa auxiliar estaban ocupados por los dos hombres, no recordaba cómo se llamaban. Uno de ellos acariciaba con movimientos perezosos su miembro erecto, disfrutando de la visión de la pareja. El otro hablaba en voz baja con Martín, de espaldas a ella. No la había visto. Carolina llamó su atención.

—Martín...

Su nombre brotó lánguido y húmedo entre sus labios; la voz, ronca y profunda. Él se volvió y contempló cómo se acercaba con un contoneo elegante de sus caderas, los pechos pequeños y redondos realzados por el tul y el encaje, y las piernas esbeltas cubiertas por las medias de seda.

Silvia sonrió con calidez y se apartó para dejarle sitio entre ella y Marcos. Carolina se acomodó, algo envarada, casi en el borde del sofá. Las rodillas juntas, las manos crispadas sobre el asiento. Estaba nerviosa. Los ojos oscuros de Martín recorrían sus pechos, los otros dos hombres la miraban también.

—El conjunto es maravilloso —suspiró Silvia, admirando la escasa tela que la cubría.

Marcos interrumpió el arrobamiento femenino ante las prendas, y preguntó con curiosidad:

—Cuéntanos, Carolina. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Ella cerró los ojos durante un segundo, evocando aquella mañana que tan lejana le parecía. Dedicándole una sonrisa a Martín, respondió.

—Nos encontramos por casualidad en una tienda de lencería de lujo. Me

sugirió que me probara uno de los conjuntos, y...

—Y terminó modelando para mí —cortó Martín. Su mirada la desnudaba sin dejar duda de su lascivia.

—Eres un cabrón con suerte —dijo uno de los hombres.

Todos se echaron a reír cuando Martín esbozó una sonrisa perversa y asintió. Las risas aligeraron el ambiente y Carolina volvió hacia su zona de confort. Pero no por mucho tiempo.

—¿Me dejas tocar tu conjunto? —preguntó Silvia.

Carolina busco con la mirada a Martín, que proseguía su conversación. La había abandonado a su suerte. Se preguntó si el ignorarla ahora sería deliberado. Probablemente sí.

Miró a los ojos azules de la mujer y asintió. Como si su gesto marcara un pistoletazo de salida, Silvia se acercó hasta apoyar el muslo contra el de ella, y llevó los dedos delicados hasta el tirante de terciopelo sobre su hombro. Lo acarició con la yema del índice hasta el inicio del encaje, y siguió dibujando la redondez de su pecho, por encima de la tela, hasta llegar justo encima del pezón. Carolina inspiró de golpe y soltó después el aire.

—Tranquila, cariño —dijo Silvia. Mirándola a los ojos, depositó un suave beso sobre su hombro y sonrió.

Carolina sintió el deseo viajar desde esa mínima porción de piel hasta el centro de su sexo. Nunca antes la había tocado una mujer. La curiosidad se disparó, y se reflejó en el brillo de sus ojos y en el aire exhalado por sus labios entreabiertos. No se movió cuando ella metió los dedos entre la tela y la piel, y tentó con un roce la protuberancia. Carolina arqueó la espalda, desperezándose, y Silvia abarcó por completo un pecho con la mano, y la empujó con suavidad para que se recostara en el sofá. Ella no protestó. Su mano era suave, tenía un tacto distinto, una delicadeza diferente a la hora tocarla, un *tempo* desconocido que provocaba que su sexo empapase la seda que lo cubría.

—Deliciosa —susurró Marcos desde el otro lado. Apartó del rostro de Carolina su corta melena y comenzó a besarla en el mentón.

Ella se tensó, y encajó a contrapelo la risa tenue, cálida y andrógina. Por un momento, la hizo pensar que era otra mujer, pero la mano firme que viajaba por el interior de su muslo era la de un hombre que sabía lo que quería, y se acercaba, inexorable, al centro candente de su cuerpo. Carolina sintió miedo. Perdía el control de la situación. Intentó incorporarse, pero estaba tendida sobre el respaldo del sofá, y Silvia seguía enviando ramalazos de placer, dedicada a sus pezones. Marcos ya

rozaba la piel desnuda entre la media y el borde de sus bragas.

No quería detenerlos. Tampoco quería seguir.

—Por favor...—dejó escapar entre sus labios una súplica casi imperceptible,

—Necesitas una copa.

La voz firme de Martín la trajo de vuelta al presente y pudo retomar el control de su cuerpo. Silvia y Marcos sonrieron, entendiendo lo que ocurría, y se apartaron un poco de ella.

Martín se había sentado frente a ella sobre la mesa auxiliar y la contemplaba con cierta aprensión. Se preocupaba por ella, pero Carolina sonrió al descifrar en su tono de voz el deseo que ya conocía. Sus ojos verdes se encontraron con los negros, y todo a su alrededor se diluyó hasta desaparecer.

—Estás excitada —añadió él.

No era una pregunta. Ella asintió. No se molestó en cubrir el pezón que asomaba, insolente, por encima del encaje. Sin embargo, Martín no parecía interesado en la ofrenda. Miraba hacia el suelo. ¿Qué era lo que buscaba? Abrió las piernas para exponer su sexo, pero él negó con la cabeza.

—¿Me dejas ver tus pies?

«El hombre fetichista». Recordó el nombre con que lo había bautizado antes de saber quién era. Sonrió y volvió a asentir, las miradas engarzadas por encima de la copa. Martín le dio la copa de balón y palmeó una de sus rodillas. Tras un momento de duda, apoyó el tacón donde él le indicaba. No era una postura cómoda.

Rodeó con una mano el talón del zapato de charol rojo, y, con la otra, cubrió su empeine. Carolina jadeó al sentir el calor que desprendía su palma por encima de la media. Cuando la acarició a lo largo de la tibia, el tiempo pareció detenerse. Las manos masculinas eran todo lo que había soñado: cálidas, fuertes, hábiles y generosas. Sabían dar placer.

Sentía la tensión crecer en el interior de su sexo a medida que aquella mano se acercaba a la rodilla. En todo momento, la mirada oscura llevaba implícito el desafío que la retaba a detenerlo, pero ella se había quedado sin habla. Como única respuesta, bebió un largo trago de la copa y la dejó a un lado, aferrándose de nuevo a la tela del sofá.

—Martín... —logró articular.

La voz de Carolina se detuvo cuando llevó el pie femenino hasta uno de sus hombros, y apoyó la mejilla en él con una expresión de éxtasis. Ella se arqueó al sentir cómo las mil agujas de su barba se transformaban en una corriente que

alimentaba su sexo.

—Ah, fetichista. —La voz de uno de los hombres, que miraba con avaricia la escena, rompió por unos segundos la conexión entre ellos. La envidia con la que miraba el tacón que aún reposaba sobre la alfombra hizo que Carolina elevara la pierna para ofrecérselo, pero Martín la detuvo.

—No. Hoy no. Hoy solo eres para mí.

La autoridad de su respuesta la excitó aún más. Cuando él comenzó a besarle el empeine, dejando una estela de saliva sobre la media, el resto del mundo volvió a desaparecer. Desabrochó la pequeña hebilla dorada de la pulsera que rodeaba su tobillo.

Carolina gimió, inmóvil. El tacón de aguja se hundía bajo la clavícula masculina, e intentó mover el pie para aliviar la presión.

—No —repitió Martín.

—Pero te voy a hacer daño —murmuró.

Él se echó a reír. Asió el tacón y lo empujó contra su hombro. Con calma absoluta, desplazó la palma que reposaba en su rodilla hasta el interior de su muslo, hasta tantear sobre la blonda que ceñía sus medias. Carolina reprimió un ruego para que la llevara un poco más allá para calmar la avidez de su sexo. Otro gemido escapó de su garganta cuando él introdujo un dedo entre la media y la piel, y deslizó la tela a lo largo de su pierna, llevándose el tacón al llegar al pie. El zapato cayó con languidez sobre el muslo de Martín, y de ahí, al suelo.

Ahora el pie que reposaba de nuevo sobre el hombro de Martín estaba desnudo. Sus manos transmitían un calor extraño, húmedo. Los dedos masajearon la planta y enviaban ramalazos de placer a todo el cuerpo de Carolina, que se retorció en el sofá. Casi no pudo resistir el apartar el pie: la mezcla de cosquillas, deleite y cierto rechazo del que no lograba deshacerse le resultó difícil de manejar. Había fantaseado innumerables ocasiones con que Martín la tocara, pero jamás se habría imaginado algo así.

Él llevó los labios a lo alto de su empeine y lo besó con suavidad. Carolina jadeó. Luego hizo lo mismo con la planta. Cuando deslizó la lengua desde ese punto hasta el nacimiento de los dedos, ella soltó un pequeño grito.

—Martín, ¡por favor!

Lo apoyó contra su rostro unos segundos y después, uno a uno, como si de un *gourmet* se tratara, introdujo con delicadeza los pequeños dedos de Carolina en su boca.

Uno a uno, los acarició con la lengua, sosteniéndolos entre sus dientes, y succionándolos con fruición.

Cada movimiento se replicaba entre sus piernas como si de una sesión de sexo oral se tratara. Si lograba esas sensaciones en sus pies, no podía ni imaginar lo que conseguiría aplicándose en su coño.

La excitación la golpeaba con cada movimiento, pero no era suficiente. Elevó el otro tacón hasta su hombro. Quería, necesitaba sus caricias en el otro pie y restregó el empeine contra su cuello en una caricia torpe. Martín llevó su atención hasta donde era reclamada, y cuando soltó el pie ya desnudo, Carolina lo recompensó llevándolo a su entrepierna. Lo posó con firmeza sobre la férrea erección, y comenzó a masajearlo.

Era demasiado. Martín devoraba sus dedos, y ella respondía con el mismo tempo, masturbándolo con el otro pie.

La mano femenina de Silvia sobre su pezón fue bienvenida. El dolor que sentía por la acumulación del placer necesitaba una resolución. Los gemidos aumentaron en intensidad como premio a sus caricias, y la mujer llevó la boca hasta el botón violáceo. Carolina hundió la mano en la melena rubia y suave, empujándola contra su pecho. Necesitaba mayor intensidad, y Silvia la mordió. Con un grito, se retorció, perdiendo la conexión con los ojos de Martín.

Pero él no era capaz de apartar los ojos de ella. Esbozó una sonrisa depredadora sin sacar los dedos de su boca al ver que Marcos se estrechaba contra su cuerpo, y que Carolina asentía para darle su aprobación. No perdió detalle de cómo su amigo posó con precaución la mano sobre su muslo, tanteando, provocando que ella la llevara hasta su sexo. Emitió un gruñido posesivo, pero no se movió. No era su momento. Prefería mantenerse en un segundo plano y disfrutarla cuando hubiese menos jugadores en la escena. Y verla disfrutar en manos que sabía eran muy expertas lo excitó, colmándolo de satisfacción. No podía pensar en una manera mejor de introducirla en su mundo.

Carolina necesitaba mucho más de lo que ellos podían darle, pero sabía que hoy no tendría a Martín. Una sensación de frustración envolvió su deseo, lejana y latente a la vez. Por encima de la tela, Marcos comenzó a acariciarla con firmeza, haciendo brotar el clítoris de su escondite. Carolina rompió a sudar. Las pequeñas perlas que decoraban las bragas se clavaban en la protuberancia generando una sensación distinta, y los gemidos aumentaron de intensidad.

Aquella noche no supo qué fue lo que la llevó hasta el orgasmo, si la lengua de Martín entre los dedos de sus pies, los labios de Silvia sobre los pezones, o la mano de Marcos sobre su sexo.

Cerró los ojos, murmuró un ruego, y se dejó caer en el abismo.

Estanterías

Mudarse tenía su gracia, pero solo hasta cierto punto. Estaba harta de desembalar retazos de su vida para colocarlos en su nuevo lugar. Fotos, discos, adornos... algunos la acompañaban desde hacía décadas, como aquella imagen junto a Laura en la playa. Acarreó las cajas con los libros hasta la habitación que quería transformar en su estudio. No tenía sentido sacarlos de allí hasta que pudiera ordenarlos en las estanterías. El problema estaba en que las tablas, tornillos y baldas estaban regadas por el suelo sin ninguna intención de acabar convertidas en un mueble. Necesitaba un hombre. Por muy autosuficiente e independiente que fuese, reconocía que lo de enfrentar un manual de instrucciones del IKEA sola sobrepasaba su autonomía. Y no tenía ni un maldito destornillador.

Se confesó que lo que quería era llamar a Martín.

Pero ¿cómo le propones a un hombre fetichista que te ayude a montar unas estanterías? ¿Un hombre que, hacía dos días, había estado adorando tus pies mientras una mujer te comía los pechos, un hombre te masturbaba, y otros dos miraban sin intervenir? Se echó a reír. Montar muebles un domingo por la tarde parecía un plan demasiado prosaico para proponerle. Porque llevaba desde que se marchó del piso de Martín con una sola idea en la cabeza: compartir con él algo más que sexo no convencional. Y no se refería a follar, no, aunque se moría de ganas. Quería conocerlo, saber más de su vida, de sus motivaciones, desentrañar el enigma, ir más allá.

Sabiendo que se exponía a una negativa, lo llamó por teléfono. Cerró los ojos y apretó los labios con más fuerza cada vez que se añadía un tono de llamada sin contestar.

Cuando estaba a punto de rendirse, Martín contestó. Una suave música se escuchaba de fondo.

—¿Carolina? —contestó, intrigado y con la voz lenta. Se preguntó si estaría dormido, era la hora de la siesta y hacía un calor infernal.

—Hola, Martín. Espero no haberte despertado.

—No, no. Estaba escuchando un poco de música.

—¿Jazz? Me parece escuchar algo...

—Soul. Aretha Franklin. Dime.

Se alzó entre ellos un silencio extraño en el que solo se escuchaban las notas negras de la música y la voz poderosa y desgarradora de la solista. Carolina respiró un par de veces antes de volver a hablar.

—Necesito un ingeniero para montar unas estanterías.

Martín soltó una carcajada al otro lado del teléfono.

—Estoy segura de que una diseñadora y decoradora de tu categoría no necesita a nadie para eso.

Carolina no quiso leer lo que esa frase decía entre líneas.

—Si vieras el manual de instrucciones del IKEA, no dirías lo mismo. Es un desafío a la industria aeroespacial.

—Estos suecos pueden ser muy retorcidos, es verdad.

No se lo estaba poniendo fácil, pero tampoco se negaba de manera frontal. Carolina decidió lanzar una invitación más directa. Escuchar la voz de Martín lo único que había hecho era alimentar su necesidad.

—¿Puedes ayudarme a montarlas? Son tres estanterías y una mesa. Como pago, te ofrezco un poco de sushi y cerveza.

—Estanterías, sushi y cervezas. Irresistible. Dame tu dirección, voy para allá.

Carolina se levantó como un resorte, tenía que arreglarse. No pretendía ponerse su lencería de Agent Provocateur, pero el pantalón de chándal gris, la camiseta rota de los Ramones y el pelo sucio envuelto en un pañuelo no eran lo que tenía en mente para recibir a Martín. Se decantó por una versión más *sexy* de su atuendo: *leggings*, una camiseta holgada y el pelo suelto. Después de pensarlo un poco, prescindió del sujetador. Si alguien la acusaba de ser demasiado obvia, podría decirle que sí. Que el efecto era buscado. Se quedó descalza en un gesto aún más evidente de provocación. Sus uñas lucían el color azul cobalto de la primera vez que se había exhibido ante él. Buscó a la reina del soul en Spotify y puso música.

Esperaba que las carnadas funcionasen. Deshacerse del sentimiento de expectación era imposible. Marcharse de casa de Martín sin haber podido tocarlo había provocado que el recuerdo de su aroma y el tacto de sus manos la acecharan cada momento. El placer generado por las caricias y los besos de la pareja, y el

cuidado de sus pies a cargo de él, no había dejado más que una estela de frustración desesperante. Y necesitaba darle una clausura.

Martin condujo hasta Las Tablas y buscó el bloque de apartamentos. Una zona de edificios nuevos, con mucha gente joven, donde se leía la prosperidad. Tenía que reconocerlo, estaba nervioso. Hacía tiempo que no tenía una cita normal. Si es que montar unas estanterías sin negociaciones previas se podía llamar normal. No quería darle aquel encuentro mayor significado del que tenía: Carolina necesitaba ayuda para armar unos muebles. Nada más.

Pero las expectativas crecieron a medida que el ascensor subía por un edificio muy parecido al que él mismo había habitado cuando empezaba a trabajar, unos veinte años atrás. Sonrió al escuchar Natural woman. Carolina lo estaba esperando con música de Aretha.

—Debería advertirte de lo que me hace esta mujer —dijo, tras darle un beso en la mejilla, algo tieso. Carolina también parecía tensa.

—La he puesto para que no la eches de menos. Estabas a gusto y te he levantado de la cama.

—Del sofá.

Ella lo miró en silencio. Sí. Ese sofá en el que se había follado sus pies. Si no reconducía la conversación, no cumpliría el objetivo que lo había llevado hasta allí. Quería ayudarla. Pero, sobre todo, quería compartir con ella un poco de tiempo para conocerla más.

—Ven. Vamos a coger fuerzas, que esto tiene para rato —dijo Carolina, conduciéndolo hasta la cocina. Sacó dos botellines de cerveza, muy fríos, de la nevera, y se dirigieron a la habitación.

Martín frunció el ceño. Todo el suelo estaba regado de tablas.

—¿Cuántos muebles hay aquí?

—Tres estanterías y un escritorio. ¿Por? —respondió ella con candidez.

—Menuda has liado. Vamos a ver si organizamos esto un poco.

Tras unos minutos de caos, Martín agrupó las piezas en cuatro montones y despejó el centro de la habitación. Carolina obedecía, solícita, e iba facilitándole piezas o herramientas según las necesitaba. La complicidad fluía a la misma velocidad que desaparecían las cervezas.

Pero Martín, pese a tratarla con amabilidad y ser muy correcto en todo momento, mantenía las distancias y contestaba con evasivas. Cuando terminaron de montar el escritorio y brindaron por el triunfo sobre Suecia, rechazó la invitación

de Carolina a quedarse a cenar.

—¿Por qué no te quedas? —insistió ella, poco dispuesta a aceptar una negativa—. Déjame al menos invitarte a un poco de sushi. Te has dado una paliza por mi culpa.

—Lo he hecho encantado, Carolina. Pero ahora tengo que irme.

—Hace dos días me dijiste que...

—Sé lo que te dije hace dos días. Y lo mantengo —dijo él, con un tono resignado que llamó su atención—, pero tengo que irme. Gracias por esta tarde.

—¡No me des las gracias! —respondió ella, irritada. Martín ahora tenía prisa, y lo siguió hacia la puerta de entrada, frustrada por no saber cómo retenerlo. Ni siquiera le dio un beso de despedida—. ¿Esto va a ser siempre así? ¡Sabes que tarde o temprano voy a querer más! —Supo que la había escuchado, porque alzó sus ojos oscuros, impenetrables, justo antes de que se cerrara la puerta del ascensor. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Martín llegó justo a tiempo a casa. A las nueve en punto, sonó el telefonillo y abrió el portal. Se quedó esperando en la puerta con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

—¡Papá, papá, papá! —La voz emocionada de su hija, a la que no veía desde hacía un mes, le traspasó el corazón—. ¡Tengo que contarte todo lo que hemos hecho en Canarias! Hemos ido al acuario y hemos visto unas orcas. Y Jorge quería que yo tocara los delfines...—Se abrazaron. Siempre se sorprendía de la fuerza de aquellos bracitos de seis años. Su hija siguió parloteando, mientras Sara, su exmujer, se acercaba manteniéndose en un segundo plano, sin interrumpir el momento entre los dos.

—¿Orcas, delfines? ¡Quiero que me lo cuentes todo, Sarita! Ve a dejar las cosas a tu habitación, que pedimos una *pizza* —dijo señalando el interior de la casa. Sara llegó al dintel de la puerta y se apoyó en el marco. Guapísima, como siempre. El bronceado de las vacaciones le sentaba bien—. ¿Quieres pasar un momento? —preguntó, cortés.

—No, no. Jorge me está esperando abajo. Aquí está la maleta de Sara, y aquí Pulpito. —Martín empujó la maleta de ruedas hacia el interior del piso y cogió entre los dedos el malgastado peluche favorito de su hija—. Hace unos días empezó con placas en la garganta, tiene que tomar antibiótico tres días más. Aquí tienes el bote,

mételo en la nevera. —Recibió también la caja con el antibiótico. Las instrucciones estaban escritas con bolígrafo en un lateral.

—Gracias, Sara. Si tengo alguna duda, llamaré al pediatra de cabecera. No te preocupes. ¿Qué tal las vacaciones?

—Bien, bien. Todo ha ido bien —se apresuró a responder, lanzando una mirada rápida hacia el ascensor. Hacía ya cuatro años que estaban divorciados, y algunas situaciones seguían siendo difíciles. Al menos ahora existía cordialidad y hasta cierto cariño entre ellos. Bastante miserables habían sido sus últimos años juntos como para seguir haciéndose daño, ahora que los dos habían reconducido sus vidas—. ¿Tú? ¿Has podido avanzar algo con ese gran proyecto secreto? ¿Has descansado?

Martín se echó a reír. Las preguntas eran completamente excluyentes, pero no tenía sentido explicárselo. Ya no compartían ese grado de intimidad. Nunca lo había hecho.

—Un poco de todo. He echado mucho de menos a Sara.

—Entonces no os entretengo más. Disfrutad mucho de las vacaciones. Estoy en el móvil, cualquier cosa llámame. —Le dio dos besos, rutinarios, y ya caminaba hacia el ascensor. Martín intentó, como siempre que se encontraban, buscar en ella a la mujer a la que un día había amado con locura. No la encontró—. Acuérdate de que hablaré con Sara sobre las diez, justo antes de que se vaya a dormir. ¡Descansa!

—Papá, ¡mira! Tengo un álbum de fotos con todo lo que hemos hecho. ¿Lo vemos? Tenemos que pedir la *pizza*. —Su hija era como un torbellino que llenaba su vida de energía y felicidad—. Dame a Pulpito, que lo meto en la cama. ¿Cuándo vamos a casa de los abuelos? Tengo ganas de ir a la pisci...

Martín cogió a su hija de la mano, cerró la puerta tras de sí, y enterró a Carolina muy, muy profundo en su subconsciente, enjaulada en una mezcla de esperanza y temor.

Agosto en Madrid

En verano las oficinas eran otras, casi vacías, y todo parecía moverse a una velocidad diferente. El murmullo de voces y teclas daba paso al siseo del aire acondicionado. Más de la mitad del personal estaba de vacaciones, Óscar incluido, y Carolina disfrutaba de trabajar a su ritmo. Hacerlo sin que nadie respirase en su nuca para meterle prisa era un alivio.

Por las tardes, empezó a tomar la costumbre de caminar hasta el hotel de su proyecto. La obra gruesa estaba acabada, pero quedaban aún un sinfín de detalles por pulir, y prefería supervisar personalmente las terminaciones. Podría parecer una locura emplear su tiempo libre en seguir trabajando, pero no tenía otra cosa que hacer. Y era mejor darse cuenta de que, como pasó aquella tarde, el papel de las paredes de una de las habitaciones fuese azul en vez verde agua, antes de que lo colocasen y tener que ordenar quitarlo.

Laura veraneaba en agosto en el pueblo de sus padres, y si ella no estaba, no le apetecía volver a Oviedo. Tampoco tenía la intención de ir a la casa de su madre, tan claustrofóbica que se le antojaba una trampa mortal. Hablaba con ella casi todos los días unos pocos minutos para diluir el sentimiento de culpa, pero no quería encerrarse. Necesitaba el CO² de la ciudad para respirar.

Cuando acababa en el hotel, se dedicaba a vagabundear por el centro de Madrid y, de vez en cuando, pasaba frente al portal de Martín. Se preguntó qué había salido mal el día de las estanterías para hacerlo desaparecer del mapa de aquella forma. Llevaba dos semanas sin saber nada de él.

Era curiosa la sensación de añoranza por sentir su cercanía cuando casi no se habían tocado. El cuerpo le dolía por la necesidad de contacto y ansiaba el pelotazo de adrenalina que significaba en su rutina cada encuentro con él. Y no era solo el sexo; también la calma serena que transmitía y que tan poco había saboreado.

Aquella tarde, después de dedicar horas a las indicaciones sobre dónde colocar los enormes espejos que decoraban el vestíbulo del hotel, decidió irse de compras. Recorrió las lujosas tiendas de la zona de las calles de Serrano, Claudio Coello y Ortega y Gasset sin encontrar nada especial. Después de pensárselo mucho, gastó una absurda cantidad de dinero en un bolso precioso. En cuanto salió

del comercio, quiso devolverlo porque ya no parecía tan bonito.

No tenía ningún sentido volver a llamarlo por teléfono. Cada llamada rechazada o perdida significaba para ella una humillación, pero su casa estaba muy cerca. Pensó una y mil veces en buscar una excusa para llamar a su puerta sin parecer desesperada. De pronto, recordó las botas de vinilo y el arnés de cuero y acero y trazó un plan de acción.

El día siguiente era un viernes, el tercer viernes en que no se verían. Ni una llamada, ni un motivo, ni siquiera una mala excusa. Metió la caja de las botas y la bolsa de terciopelo del arnés en la lujosa bolsa, se armó de valor, y tras el trabajo, algo más temprano de lo que solían citarse, se dirigió a la casa de Martín.

Cruzó por su cabeza la idea de mandarle al menos un mensaje para avisar, pero lo desechó. Prefería no enfrentar una negativa. Ahora que había reunido el coraje suficiente para llegar hasta allí, seguiría adelante. También apareció el pensamiento poco bienvenido de que él estuviera en alguna de sus fiestas privadas, tal vez con Marcos y Silvia, sin contar con ella. Intentó procesar la bocanada de celos que la inundó; era absurdo sentirlos, pero no era capaz de evitarlos.

Esperó unos minutos frente al portal, reuniendo las últimas briznas de valor, y el azar quiso que un hombre maduro, con rostro afable, saliese justo en ese momento. Con una sonrisa, sostuvo la puerta para ella y Carolina entró.

Ahora no podía arrepentirse. Pulsó el botón del séptimo piso. Escuchaba el martilleo de su corazón en el pecho por encima del hilo musical del ascensor. Sabía que Martín no iba a apreciar precisamente su visita, pero le daba igual. Necesitaba una explicación.

Llamó al timbre, y esperó con impaciencia a que abriera la puerta. Tal vez no estuviera en casa, ¿quién está en su casa un viernes por la tarde en pleno verano? Unos pasos rápidos de alguien que se acercaba corriendo la sacaron de sus pensamientos, y su sorpresa fue mayúscula cuando la puerta se abrió y apareció una niña morena de ojos negros que la miraba con curiosidad. Unos ojos negros iguales a los de Martín.

Martín tenía una hija.

Una hija.

Se quedó inmóvil cuando la niña comenzó a lanzarle preguntas a bocajarro.

—¿Quién eres tú? ¿Eres amiga de papá? ¿Qué traes en esa bolsa tan grande?

Carolina se agachó para responder a su altura y abrió la boca en un intento infructuoso de contener la avalancha

—¿Quieres venir a jugar dentro? —invitó la niña, y la cogió de la mano.

—¡Sara! —rugió la voz de Martín desde el interior del apartamento. Se acercaba a grandes zancadas—. ¿Qué te he dicho de no abrirle la puerta a nadie?

La niña abrió sus ojos grandes y compuso un mohín entre culpable y travieso. Carolina la imitó sin poder evitarlo y las dos se echaron a reír.

Martín apareció en el quicio de la puerta, sin barba y bronceado. Palideció y se quedó inmóvil al verla. Una punzada de deseo atenazó su vientre pese a la situación. No pudo evitar pensar que estaba guapo. Muy guapo.

—Lo siento, papá. Pensaba que era la abuela, que venía ya a buscarnos. ¡Mira, ahí viene! —dijo la niña, entusiasmada—. ¡Abuela!

Sara salió corriendo disparada y ella se quedó sola ante Martín.

—Lo siento, Carolina. No quería que te enteraras así.

—Joder... —susurró Carolina. Quedaba claro que la espontaneidad estaba muy sobrevalorada. Se abofeteó una y mil veces en su mente, estaba metida en un buen brete—. Más lo siento yo. Perdóname, Martín, debí haberte llamado antes. — Sara venía de la mano con una mujer. La madre de Martín. Tenía que marcharse, ya.

—Buenas tardes. —Otros ojos negros e inquisitivos, rodeados de pequeñas arrugas, la estudiaron de arriba abajo y la hicieron sentir minúscula—. Así que tú eres la famosa Carolina.

Se echó a reír, con una mezcla de incredulidad y satisfacción. ¿Martín le había hablado de ella a su madre?

—¡Acaba de llegar, abuela! Es la chica del correo, que le trae un paquete a papá. Es para mí, ¡a que sí!

Aferró la bolsa con fuerza al ver que la niña alargaba los dedos con avidez. Era mejor que ni ella ni su abuela se enterasen del contenido, o las explicaciones que tendría que dar Martín iban a tomar proporciones épicas.

—Lo siento mucho, peque, pero el paquete es para tu padre. —Se la dio a Martín, que la miró intrigado. Parecía no recordar lo que contenía, hasta que de pronto cayó en la cuenta, la cogió y la dejó apoyada en la pared del interior.

—Gracias —dijo él, lacónico. El tono de su voz hizo notar a Carolina que seguía de pie en la puerta. Obviamente, no iba a hacerla pasar.

—Bueno, ¡entrega realizada! Encantada de conocerte, Sara —dijo, estrechando la manita de la niña. No se atrevió a hacer lo mismo con su abuela, que exhibía un aura de cierta altivez mientras la estudiaba con curiosidad.

—¡Espera, Carolina! —exclamó Martín, con un tono que dejaba traslucir ansiedad—. Espera, por favor. Mamá, llevaos esto —añadió, dirigiéndose a la abuela y a la niña. Abrió la puerta y empujó una pequeña maleta de color rosa y un peluche desgastado con forma de pulpo—. Id subiendo vosotras en tu coche. Yo subiré un poco más tarde en el mío.

—¡Eso, abuela! Vámonos ya. Si nos vamos ahora, nos damos un chapuzón en la piscina. —Dio un beso rápido a Martín y tiró de ella y de su maleta hacia el ascensor—. ¡Venga, abuela!

La mujer le lanzó una última mirada intrigada, cogió el equipaje de la niña y se metieron por fin en el ascensor.

—Pasa, Carolina. Disculpa el desorden, mi hija es un torbellino.

Martín entró agachándose para recoger los juguetes esparcidos a su paso. Muñecas Barbie, Pequeños Pony, y un estuche de ceras de colores.

—¿Por eso has desaparecido estas tres semanas? ¿Por tu hija?

Carolina no parecía herida. Estaba más bien perpleja.

—En parte —respondió él. Dejó los juguetes encima de la mesa auxiliar y le señaló uno de los sillones—. ¿Qué quieres beber?

—Solo agua, gracias.

Preparar las bebidas le permitió pensar en qué le iba a decir. La verdad. No quedaba otra. Y la verdad completa. Que llevaba cuatro años divorciado, que tenía una hija de seis, que desde entonces no había tenido ni una sola relación que pudiera catalogarse como «normal». Y que estaba muerto de miedo ante la posibilidad de meterse en una. Preparó para él un *whisky* bien cargado.

Se sentó junto a ella, que sorbió el vaso en silencio, y sacó dos de los posavasos de la cajita de encima de la mesa por hacer algo.

—¿Por qué «en parte»? —preguntó ella. Martín negó con la cabeza. Decidió empezar por lo más sencillo.

—Me dijiste que tenías treinta años. ¿Cuántos crees que tengo yo?

—No sé. Cuarenta. Cuarenta y dos. ¿Qué más da? —respondió ella, con hastío. Cogió su vaso de *whisky* y bebió un poco. Después se lo pasó a él. No pudo evitar fijar los ojos en el resto de carmín en el filo del vaso.

—Tengo cuarenta y cuatro años.

—¿Y qué?

—Tengo una hija de seis años y estoy divorciado desde hace cuatro.

—¿Y qué? —repitió ella, impaciente—. Siento que tu matrimonio haya sido víctima de la crisis de los cuarenta, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? Llevo tres semanas, ¡tres semanas!, sin saber nada de ti. —No hacía nada por disimular su enfado, movía las manos en aspavientos bruscos y su tono de voz se elevaba con cada frase—. Hubiera bastado un mensaje, o un *whatsapp*: «Carolina, me toca quedarme con mi hija este mes. No podemos vernos por ahora. Un saludo. Martín».

Los labios rojos, los ojos verdes y su crueldad hacían un buen trío. Martín se preguntó si valía la pena seguir profundizando en lo que los separaba. Ella esperaba con la mirada fija en él, las cejas negras alzadas, exigiendo, implacable, una respuesta.

—Mis gustos sexuales son muy peculiares.

—¿En serio? —Soltó una carcajada despiadada—. Martín. Llevo un mes desnudándome, masturbándome delante de ti y modelando lencería, zapatos y medias sin que me hayas dado ni siquiera un pico, o me hayas tocado una teta. —Él tuvo que reprimir una sonrisa ante su arretrato infantil—. Ya me hago una idea de que no eres muy convencional. Te lo vuelvo a repetir: ¿y qué?

—Me ha costado mucho llegar donde estoy. No fue la crisis de los cuarenta, Carolina. Fue permanecer fiel a mí mismo. Mi ex no pudo soportar que su marido fuese un perverso que se excitaba viendo lencería, adorando pies e inmovilizando a sus parejas —soltó a bocajarro. Ella no lo interrumpió. Permanecía atenta a cada una de sus palabras—. Pasé ocho años reprimiéndome, diciéndome que no era tan importante, que podía perfectamente renunciar a ello hasta que me fue imposible y se lo confesé.

—¿Te refieres a que no sabía nada antes? ¿Nada de nada?

—Nada más allá de que me gustaba verla en lencería, o en tacones, o que era dominante en la cama. Cualquier otra cosa se convertía en objeto de incredulidad. O de burla. —Recordar aquellos días hizo que su tono de voz se revistiera de amargura. Pero Carolina tenía que saberlo, si es que existía la remota posibilidad de que naciera algo más entre ellos—. Le daba asco que le mordiera los pies. Si la ataba, le daba miedo o risa, no se relajaba. No le gustaba el sexo anal. Decía que los tacones le hacían daño y que era absurdo ponérselos para follar. —Odió la conmiseración y la piedad que advertía en su mirada—. El sexo siempre fue plano y pasó a ser un infierno. Cada vez follábamos menos. Ella se buscó a otro, y yo me busqué mujeres con las que llevar a cabo mis pulsiones.

—Mujeres como yo.

—No, Carolina —explicó con paciencia—. Prostitutas, mayormente. Sobre todo, al inicio. *Escorts* que disfrutaban de mi compañía, pero también de mi dinero. Nunca supe si les gustaba en realidad cumplir mis caprichos. —Tuvo que apreciar que ella no moviese no un solo músculo ante su declaración—. Después me cansé de aquello y lo intenté en redes sociales. Algunos encuentros fueron buenos y guardo un puñado de buenos amigos, como Silvia y Marcos. Otros fueron verdaderos fiascos. Y mientras... mi matrimonio se iba a pique. No solo por el sexo. Sara y yo éramos como compañeros de piso haciendo vidas paralelas. —Nunca había hablado con tanta crudeza de lo que había sufrido en aquellos días. Ni siquiera con su madre, que conocía sus extravagancias y los problemas que había atravesado en la etapa final de la relación—. Sara estaba centrada en la niña y en la casa, tenían un mundo aparte del que yo estaba excluido. Yo, me dediqué a trabajar.

—Gracias por contármelo. Pero... —El tono de voz de Carolina se había suavizado, cerró los ojos unos segundos y la habitación se oscureció, se tornó gris, hasta que volvió a abrirlos—. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver conmigo? Mi idea de querer más no significa que busque un anillo en el dedo o una relación duradera. Créeme —dijo riendo con cinismo—, yo también colecciono mis fracasos. Pero eso no quiere decir que vaya a huir de una oportunidad como la de conocerte más a ti. No me asustas, Martín. Eres tú el que tiene miedo.

—Eso lo dices porque nunca has follado conmigo.

No había ni una sola gota de humor en su voz, pero ella volvió a reír con ganas.

—Te equivocas. Hemos follado. Llevas follándome la mente desde que nos encontramos en la tienda. He tenido más orgasmos desde que te conozco que en toda mi vida. —Martín frunció el ceño, pero ella asintió—. ¿No me crees? Antes de conocerte, llevaba meses sin masturbarme. Ahora tengo que recargar mi vibrador cada dos por tres.

—No quiero que te hagas expectativas. Puede que lo que a mí me guste, tú no lo disfrutes.

—No me hago expectativas, Martín, porque ¡NO LO SÉ! —replicó ella, perdiendo la paciencia—. ¿Por qué no me dejas descubrirlo por mí misma? Has abierto la puerta de una habitación, me has empujado dentro, y me has dejado a oscuras, sola, y la has cerrado a cal y canto. Es injusto. Quiero más.

Se cubrió el rostro con las manos y Martín exhaló, despacio. No es que tuviera miedo.

Estaba aterrorizado.

Aterrorizado por la posibilidad de volver a caer con todo y enamorarse de Carolina.

Aterrorizado por la posibilidad de compartir con ella su mundo y que saliera huyendo.

Aterrorizado por la posibilidad de perder un solo ápice de libertad.

—Voy a ponerme otro *whisky*.

—Ponme otro a mí, por favor.

Se levantó a la cocina y se sirvió otros dos dedos de Macallan, se apoyó en la encimera y dejó caer la cabeza, agotado. Se sentía drenado. Carolina era una avispa zumbando alrededor de su cabeza, que le clavaba miles de agujones incómodos. Sacó el móvil del bolsillo y buscó el contacto de su madre. Ver un *whatsapp* de ella no lo sorprendió.

«Así que esta es la famosa Carolina. Me gusta su nariz, tiene personalidad. ¿Te esperamos a cenar?».

«Mamá, tengo algunas cosas que hablar con ella y llevo un par de *whiskys* encima. Mejor voy mañana».

Su madre apareció en línea de inmediato y comenzó a escribir.

«Hablar. Ya, ya. Le doy un beso a Sara de tu parte, intenta llegar antes de comer».

Se echó a reír con su respuesta.

«Esta vez va a ser solo hablar. Estamos negociando».

Su madre estaba en línea, pero tardaba en escribir.

«Hijo, no todo en esta vida es negocio. A veces es bastante simple. Intenta ser feliz».

Ser feliz. Se preguntó en qué consistía para él la felicidad. Estar tranquilo, sin estridencias, y disfrutar con aquello que le gustaba. Y Carolina le gustaba. Mucho.

Volvió con los dos vasos en la mano. Carolina estaba de pie, asomada a la ventana abierta. La necesidad de abrazarla atenazó su cuerpo con un dolor ardiente. Dejó los vasos sobre la mesa, se acercó a ella desde atrás y la envolvió entre sus brazos, estrechándola contra su torso. Hundió los labios en su melena negra, y ella le acarició el dorso de las manos y entrelazó sus dedos con los de él.

—No más huir, Martín.

Él asintió.

—No más huir.

Cita vainilla

Un cine. Un jueves, porque Martín todavía tenía a Sara en casa y los fines de semana eran sagrados para ella. Además, seguía trabajando como un loco para ultimar los detalles de la famosa operación misteriosa que tenía entre manos. Quedaron directamente en los cines Conde Duque para ver *Atómica*, con Charlize Theron, la versión original en el pase vespertino. Después, irían a cenar. Pero no hasta muy tarde porque, al día siguiente, los dos madrugaban. Menuda mierda.

Carolina ya tenía las entradas en la mano. Miraba a una y otra dirección de la calle, porque en cinco minutos empezaba la película y Martín no aparecía por ninguna parte. Revisó su móvil con cierto temor. Por un momento, consideró la idea de que no se presentase. Pese al compromiso de ambos de intentarlo, su reacción al desaparecer durante casi tres semanas dejó una herida en ella que tardaba más de lo previsto en cerrar. Necesitaba algunas garantías. La semana anterior se habían separado tras una conversación sincera y dolorosa, en especial para Martín, pero ella ya había pasado página, dispuesta a enfrentar una nueva etapa. Él parecía ir con pies de plomo.

Lo vio llegar, caminando apresurado por la calle, aún con el traje de oficina. Intercambiaron un beso rápido en la mejilla.

—Lo siento, ni siquiera he podido cambiarme —dijo, mientras se aflojaba el nudo de la corbata y desabrochaba el primer botón de la camisa.

—Vamos, ya tengo las entradas. ¡Date prisa o llegaremos tarde!

La sala ya estaba a oscuras y se exhibía un tráiler. Buscaron con la luz del móvil sus butacas, muy atrás, pidiendo disculpas a las personas que ya estaban sentadas. Era el día del espectador y la sala estaba abarrotada. El ritmo ochentero de los créditos iniciales resultaba estimulante, y Carolina y Martín fijaron su mirada en la pantalla. Unos botines de cadenas resonaron en el pavimento y Martín esbozó una sonrisa apreciativa.

—Me gustan esos botines —susurró en su cuello, rozándolo con los labios para provocarlo.

—Viene el otoño, y habrá que cambiar el tipo de zapatos que modelas para mí. Algo como esto no estaría nada mal.

Lo cierto es que en toda la película se exhibía una buena colección de fetiches: botas a medio muslo, *stiletos* rojos, ligueros...para el momento en que apareció en la pantalla la escena lésbica, Martín ya estaba bastante excitado. Carolina acarició su muslo sin atreverse a tocarlo más, estaban rodeados de espectadores, pero volvió a inclinarse hacia él.

—Qué ganas de que hubiera menos gente...

—¿Sabes en qué estaba pensando? —susurró él, con la voz grave y profunda. Carolina negó con la cabeza—. En ti, tumbada en el sofá mientras Silvia te trabajaba los pezones con la boca y Marcos te follaba con los dedos.

—Vaya...

Ahora la excitada era ella. No podía apartar los ojos de la pantalla, y se preguntó si algún día podría emular aquella escena. Tal vez con la misma Silvia. Cerró los muslos con fuerza, y rabió porque Martín tomara la iniciativa y aplacara el calor que emanaba de entre ellos, pero él seguía concentrado en la película. Frotaba y frotaba la tela del pantalón por encima de su muslo, presa de la inquietud, hasta que él la cogió de la mano y le apretó los dedos. Lejos de calmarla, el calor húmedo de la palma la calentó aún más. Cuando terminó la película, permanecieron sentados un momento mientras el resto se levantaba. Martín no soltó su mano mientras salían de la sala abarrotada y se dejó llevar. Estaba incómoda, húmeda, excitada... y muy frustrada.

Salieron a la calle, no eran ni las nueve de la noche. Respiró el aire a bocanadas, la mezcla de ciudad y verano, tubos de escape, frituras de las cafeterías aledañas, y un ligero tufo del alcantarillado porque llevaba meses sin llover. Madrid en estado puro.

—He decidido que odio las citas vainilla —declaró Carolina, espontánea. Martín se volvió, intrigado y con una sonrisa divertida en los labios.

—¿Sí? Pensaba que queríamos tomarnos las cosas con calma y ver dónde nos llevaba todo esto.

—¿Calma? ¿Más todavía? —soltó una risotada que le sonó casi histérica, pero él había deshecho el nudo de la corbata, y la había enrollado para meterla en el bolsillo. Observó, hipnotizada, cada uno de los movimientos de sus manos—. Voy a acabar consumiéndome por combustión espontánea.

Él se echó a reír con ganas.

—¿Y eso?

—Digamos que la escenita lésbica me ha puesto a cien —soslayó Carolina,

sin ganas de darle el crédito a él—. Creo que quiero irme a casa. Allí por lo menos podré resolverlo tranquila con una buena paja.

—¿No quieres cenar? —dijo riendo Martín.

—No. Creo que no.

—Podemos ponerle chocolate y nueces a la cita vainilla... —ofreció él, con esa mirada morbosa y esa sonrisa que prometía perversión y sexo.

—¿Cómo, exactamente?

—Vamos a cenar. Ya lo verás.

La sola promesa y la curva de sus labios convencieron a Carolina.

El restaurante no quedaba lejos, y caminaron en silencio. Martín echó un vistazo rápido y escogió una mesa de la terraza, situada en un rincón.

—A mi lado, no. Mejor, enfrente —le indicó, señalando la silla. Su tono de voz estaba revestido de la misma autoridad dominante que empleaba en sus encuentros. Sintió que su corazón comenzaba a latir con mayor rapidez ante la expectación por lo que iba a ocurrir.

Pidieron la comida, un par de cervezas y algo para picar. En cuanto el camarero se alejó, Martín se reclinó en el respaldo de la silla y clavó sus ojos en ella.

—Dame tus bragas, Carolina.

—...¿qué? —dijo ella, perpleja. Nunca esperó un abordaje tan frontal. No en público.

—Vamos. Has dicho que estabas ardiendo por la escenita. Quiero comprobarlo yo mismo. —La observó escondiendo la sonrisa detrás de sus dedos y se acarició la boca en un gesto que buscaba provocarla. Ella frunció los labios en un mohín de fastidio mezclado con incredulidad—. O podemos cenar tranquilamente y continuar nuestra cita vainilla. Tú decides, Carolina.

Ella bajó los ojos y se quedó inmóvil por unos segundos. Se sentía un poco como el perro del hortelano; el reto de Martín era demasiado arriesgado, pero tampoco quería continuar la cena por la vía convencional. Quitó la servilleta de su regazo, la dejó sobre la mesa, y deslizó ambas manos por debajo de su vestido. Sus ojos se engarzaron en los de él, y dibujando una sonrisa traviesa, se levantó lo mínimo para permitir el paso de la tela por debajo de su trasero. Después se inclinó para llegar hasta sus pies. A los pocos segundos, encerraba entre sus dedos una prenda de color rojo. Martín miró su mano con interés renovado.

—¿Rojo? Eso es un golpe bajo.

Carolina soltó una risita divertida.

—Tenía la esperanza de que me las quitaras tú, y que fuese un cebo lo suficientemente bueno como para que me des por fin lo que quiero. Pero... —Se encogió de hombros con resignación.

—Dame las bragas.

—No.

—Dame las bragas, Carolina.

—No. Tienes que darme algo a cambio.

—¿Qué quieres? Yo lo tengo un poco más difícil para darte mi bóxer... — bromeó, con la intención de conseguir por fin su trofeo.

—No. No quiero eso. Un beso. En la boca. Y que valga la pena.

Martín asintió con un gesto seco de la cabeza y ella soltó la prenda en la palma de su mano abierta.

—Te lo habría dado igualmente. Deberías ser más dura en tus negociaciones. —Abrió los dedos unos segundos, estudiando con deleite el encaje rojo del tanga—. Esto vale, por lo menos..., dos besos.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez —replicó ella, sin perder detalle de cómo él llevaba la prenda hasta su nariz. Aquel gesto de inhalar el aroma de sus bragas la ponía a cien, y recordó con claridad la vez anterior que lo había hecho. Envalentonada por la lujuria que leía en sus ojos, sonrió—. Puedes quedártelas, así puedes lamerlas con calma cuando estés solo y te acuerdes de mí.

—No tenía ninguna intención de devolvértelas, pero ¿qué te hace pensar que no lo voy a hacer ahora mismo? —la retó, apretando la tela contra su boca. La mantuvo ahí, acariciándose los labios con ella y Carolina cerró las piernas con fuerza debajo de la mesa. No llevar bragas añadía un punto de morbo, pero también de cierta incomodidad—. Y tú, ¿qué harás cuando estés sola?

—Bueno —contestó, encogiéndose de hombros—, imaginaré tu boca en el sitio donde estaban esas bragas mientras me masturbo, como llevo haciendo desde... desde que te conozco.

—Joder, Carolina...

El camarero trajo las cervezas, una tabla de ibéricos y unas aceitunas. Martín guardó las bragas en el bolsillo y pareció perder todo el interés en el juego. Aunque vació con rapidez el vaso de cerveza. Carolina sonrió con la certeza de que estaba

jugando con ella, de que aplicaba un tira y afloja muy estudiado para mantener su atención centrada en él. Le daría a probar un poco de su propia medicina. Se descalzó uno de los tacones.

—¡Joder! —exclamó Martín, tragándose la palabra, cuando apoyó el pie descalzo justo en su entrepierna. Carolina comenzó a comerse las aceitunas con desinterés, pero la comisura de sus labios se alzó, traviesa y buscó la mirada de ojos negros. Él estaba petrificado en la silla metálica, ambas manos apoyadas sobre la mesa y la comida sin tocar.

Masajeó su polla con la planta del pie con firmeza, en círculos, notando cómo el movimiento excitaba también su propio sexo empapado. También comió un poco de jamón. Cerró los ojos en puro delirio.

—¡Uhhmm! Está buenísimo —murmuró. Se chupó la grasa de los dedos con fruición y Martín negó con la cabeza y una sonrisa que decía a Carolina que estaba ganando el pulso—. ¿No quieres?

Apartó el pie de su bragueta, cogió un par de lascas de jamón y las acercó hasta la boca de Martín.

—¡Ay! ¡Devuélveme mis dedos! —dijo riendo, cuando él los sujetó entre sus dientes.

—Ah, ah... —negó él en un gruñido. Ahora fue ella quien quedó inmóvil, incorporada sobre la mesa, mientras Martín succionaba sus dedos al mismo tiempo que el jamón. Un ramalazo de placer y dolor viajó desde su boca hasta los pezones y hasta el centro ardiente de su cuerpo, cuando apretó el mordisco. Carolina siseó, él se echó a reír y la soltó por fin.

—¡Me has dejado los dientes marcados! —protestó, ofendida. Sacudió sus dedos y se los metió en la boca para calmar el ardor. Sabían a sal. Hubiera dado cualquier cosa por probar el verdadero sabor de la boca de Martín.

—Otro de mis fetiches. La odaxelagnia.

—La... ¿qué?

—El nombre no importa. Ya te lo explicaré mejor después.

Estallaron en risas cómplices, parecían dos adolescentes en su primera cita. Carolina no recordaba la última vez que había disfrutado tanto de la compañía de un hombre: humor, inteligencia, chispa, morbo y sexo. Aunque no podía apartar la idea en la que seguía centrada: quería empalarse en Martín. Follárselo hasta que suplicara parar. Más valía que el beso prometido fuera bueno.

Pidieron un postre para compartir. Una tarta de queso decorada con unos

mirabeles. Martín cogió uno de ellos y lo comió con curiosidad.

—Son mirabeles —aclaró ella ante su expresión interrogante.

—No saben a nada, no me extraña que los pongan de adorno.

Carolina volvió a sonreír con picardía. Le echó la culpa mentalmente a las dos cervezas, cogió las hojitas doradas casi transparentes del fruto, y retiró los restos de nata con la boca. Después, abrió las rodillas y lo insinuó entre los labios de su sexo. Martín alzó las cejas, pero no dijo nada.

—Está frío. Por eso no tiene sabor, seguro que lo acaban de sacar de la nevera —dijo, de nuevo sin ninguna pasión. Martín asintió, mientras parecía hipnotizado por el movimiento rítmico y disimulado del brazo de Carolina al introducir el fruto más y más hacia su interior—. Aquí tienes. Lo he endulzado para ti.

—Joder —repitió él de nuevo. Cogió el mirabel de sus dedos y lo chupó y saboreó hasta dejar solo las hojas—. Vale. De acuerdo. Carolina 1 - Martín 0. Me rindo. Ya no aguanto más.

El tono lastimero fingido hizo que Carolina soltara una carcajada triunfante. Martín pidió la cuenta y, mientras la traían, planificaron una próxima cita. En septiembre, en cuanto Sara empezara el colegio, las cosas serían un poco más fáciles. Mientras... tendrían que conformarse con quedar a media tarde.

—La próxima vez en mi casa —dijo Carolina. No estaba dispuesta a esperar ni una maldita noche más. Se adelantó y pagó la cuenta.

—Gracias por la invitación. Me parece bien, próxima vez en tu casa. Pero a la cena invito yo.

Sellaron el pacto con una sonrisa y con la mirada cargada de la promesa de mucho más. Carolina se levantó y Martín la ayudó a ponerse la chaqueta. Cogió su bolso y él la dirigió apoyando la mano en la parte baja de la espalda. Mientras sorteaban al resto de comensales de la terraza abarrotada, Carolina cruzó miradas con la mujer de la mesa de al lado, que exhibía una expresión entre admirada y escandalizada. Y lo supo. La mujer los había observado durante toda la cena y ellos estuvieron tan encerrados en su juego que ni se dieron cuenta. Querría haber hecho lo mismo. Vivir lo mismo. Echó un vistazo a su acompañante, absorto en la pantalla del móvil, y después sonrió a la mujer. No correspondió. Qué mala era la envidia.

—Prométeme que, cuando salgamos, el móvil va a estar prohibido. —Martín la miró, sorprendido y asintió sin cuestionamientos—. Venga, te acompaño hasta tu portal, que vas a llegar tarde.

Caminaron cogidos del brazo, rememorando los momentos álgidos de la película, y sin mencionar la cena para nada. Carolina habría dado oro puro por saber lo que pensaba Martín, que exhibía esa actitud serena y tranquila, mientras ella se consumía en ansiedad. Al caminar, su sexo hinchado y desnudo se hacía más y más presente, y un delicioso cosquilleo recorría su boca y su lengua. Escuchó a medias lo que él le decía, y se le hizo eterno el corto tramo hasta su edificio.

—Bueno —dijo al ver que ya había mirado un par de veces el reloj de su muñeca—, ha sido una velada interesante.

—¿Has disfrutado de la cena, entonces? —dijo él, con una sonrisa traviesa.

—Me ha encantado la vainilla con nueces y chocolate. ¿Siempre va a ser así? Él se encogió de hombros.

—Será como nosotros queramos, pero tienes que reconocer que así es mucho más divertido.

Dios. Se moría de ganas de besarlo.

—No me has dicho nada de mi corte de pelo —dijo para ganar algo de tiempo. Se lo había cortado un poco.

—Ni me he fijado —reconoció Martín. Ella fingió estar desilusionada—. Pero sí me he fijado que llevas la manicura francesa en los pies.

—¡Fetichista! —lo acusó, riendo—. ¡Qué obsesión tienes con los pies!

—Es verdad. Pero no es solo eso —confesó, bajando el tono mientras se acercaba—. Es que si me quedo mucho tiempo mirándote la boca voy a acabar perdiendo la puta cabeza.

—Joder, Martín...

Se enroscaron el uno en el otro frente al portal en un beso lascivo. La humedad de sus labios, la aspereza de su barba y el tacto de su lengua exigiéndole que abriese más la boca hizo que su sexo se hiciera miel. Jadeó, entregada, dejándose caer en sus brazos. Martín la estrechó contra su cuerpo, aferrando una de sus nalgas y metiendo un dedo entre ellas, solo separado de su ano por la delgada tela del vestido, para empujar su sexo contra la erección entre ellos. Su aroma era intoxicante y dejó caer los brazos sin fuerzas. Cuando ya estaba sin aliento, Martín encerró su labio inferior y lo mordió, con fuerza. Carolina gimió al sentir un verdadero puñetazo en el coño, que se contrajo en un nudo de placer y dolor. Después, deslizó los dientes hasta soltarlo, y dejarlo latiendo al mismo ritmo que el núcleo más candente de su cuerpo.

—Odaxelagnia —susurró sobre sus labios palpitantes—. Excitarse al

morder o al ser mordido. ¿Quieres que te lleve a casa? Puedo pedirle a la canguro que se quede un poco más.

—No, no —respondió ella con la voz ahogada. Sentía ganas de llorar. Alzó la mano y la agitó con insistencia al ver un taxi a lo lejos—. Ve con Sara. Nos vemos.

Cuando el taxi se alejaba pudo ver el rostro crispado y muy, muy serio, de Martín.

Carolina 0 -Martín 1.

Las croquetas

Carolina frunció el ceño ante los planos extendidos sobre la mesa. Su jefe la había citado a última hora para comentar uno de los proyectos en el que trabajaban. Una bodega equipada con tecnología punta. El edificio, ya casi terminado, había estado en manos de CreaTech desde su inicio y era una de las joyas de la corona de la empresa. Pero no terminaba de entender qué era lo que tenía que aportar ella.

—Esto es diseño industrial, Óscar. ¡No tiene nada que ver con mi campo!

—En realidad tiene mucho que ver. Tienes que hacer toda esta maquinaria atractiva, despojarla del aspecto de... retroexcavadoras y transformarla en algo agradable a la vista. Sin afectar a la funcionalidad, claro. —Óscar recogió los planos y las fotos, los metió en la enorme carpeta, y la posó encima de la mesa—. Si necesitas ayuda, dímelo. Yo mismo te supervisaré. Pero confío plenamente en tus capacidades —dijo, mientras empujaba el cartapacio hacia ella.

—De acuerdo. Trabajaré en ello esta semana. Si tengo alguna duda, te lo comento.

Pero lo cierto era que prefería no necesitar demasiado a Óscar. Últimamente se hacía extraño trabajar con él. Era como si supiera en todo momento lo que pasaba por su cabeza, y se sentía observada en una esfera que orbitaba más allá de su desempeño profesional. Y eso era todavía más incómodo. Sentía una atracción ambivalente hacia él. Era atractivo, tenía carisma y sabía lo que hacía en la empresa, pero algo la empujaba a mantener las distancias pese a sus intentos sutiles de acercamiento. Algo que se llamaba Martín.

Martín.

Sacó su tarjeta del monedero: Ingeniería Industrial Aeroespacial. Seguro que podía ayudarla.

Programaría una reunión únicamente laboral, sabía que estaba presionado por tener a su hija en casa y por el trabajo, pero más allá de la excusa de querer verlo de nuevo, necesitaba ayuda con aquellos diseños y estaba seguro de que él podría hacerlo. Sin pensárselo demasiado, buscó su contacto en el móvil.

—¿Carolina?

—Hola, Martín. ¿Estás liado? Necesito que me ayudes con una cosa.

—¿Has vuelto a vaciar el IKEA? —dijo, divertido.

—¡Muy gracioso! —respondió ella, ignorando el bienestar generado solo por escuchar su voz—. No, no voy a explotarte con el montaje de muebles. Tengo unos planos de una maquinaria industrial que tengo que enchular y no tengo ni idea de por dónde empezar. —Martín escuchaba en silencio al otro lado del teléfono. Tenía que decir que sí. No era capaz de soportar una negativa. Ansiaba por verlo—. Necesito saber puntos de apoyo, qué cubiertas son prescindibles y cuales no puedo tocar..., hacerlas bonitas sin perder funcionalidad y manteniendo el perfil de seguridad

—Suenan bien. Hoy no puedo, pero mañana Sara va a pasar la tarde a casa de una amiga. ¿Quedamos en mi casa sobre las seis?

—De acuerdo, nos vemos allí.

Óscar no puso ningún problema en que saliera algo más temprano en cuanto le dijo para lo que era, y si bien no insistió demasiado en preguntarle con quién discutiría los planos, sí se lo preguntó un par de veces.

—Recuerda que el proyecto es confidencial —había dicho, cuando Carolina respondió con la evasiva de que sería un amigo quien la ayudaría—. El cliente es muy celoso de que no se desvele nada hasta el día de la inauguración.

—No te preocupes. Es ingeniero industrial aeroespacial. No tiene nada que ver con lo nuestro, pero me ayuda con las matemáticas.

Óscar se echó a reír con su respuesta y Carolina se felicitó por la habilidad de sortear la pregunta directa de quién era Martín. No tenía por qué darle explicaciones. Y seguía con cierta sensación de alerta. Supuso que la atracción que sentía por él jugaba un papel en todo aquello. Era algo que no era capaz de evitar.

Al día siguiente trabajó bastante dispersa. Le echó la culpa al día bochornoso de lluvia de principios de septiembre, era la primera vez que llovía en meses, pero llevaba con la mente fija en los recuerdos de Martín en segundo plano mientras hacía las cosas. Los labios le ardían cada vez que pensaba en aquel beso. En aquel mordisco. «Odaxelagnia». Esperaba devolverle la jugada muy pronto.

Armada con la enorme carpeta, timbró en su portal. Subió en el ascensor con ansiedad, con verdadero mono por verlo pese a que no había pasado ni una semana desde su cita. Al salir, Carolina notó un intenso aroma a ajo y aceite que chocaba un poco con el lujo del pasillo de mármol blanco, que salía de la puerta de Martín. Llamó con curiosidad. ¿Estaba cocinando?

Se le escapó una exclamación de sorpresa al encontrarse frente a frente con su madre, que abrió cubierta con un delantal y empuñando una cuchara de madera.

Se repuso rápido. Al menos sabía quién era. Dibujó una sonrisa y la miró a los ojos.

—Buenas tardes. Soy Carolina, he quedado con Martín.

—Pasa, Carolina. Martín tardará un poco en llegar. Le ha surgido algo a última hora.

—Vaya...—Se quedaba sola frente al enemigo. Entró portando la enorme carpeta y se quedó un momento en el vestíbulo, sin saber qué hacer.

—Deja eso encima de la mesa y ven a la cocina conmigo —dijo la mujer, señalando hacia el salón—. Así me haces compañía mientras termino las croquetas. Soy Lali, por cierto. La madre de Martín. Aunque ya lo sabes.

Dejó la carpeta en la mesa y la siguió hacia la cocina, algo reacia. Cuando Martín llegase, iba a apear a bar. Pero lo cierto es que las croquetas olían de muerte y tenían una pinta estupenda.

—Sí, sí. No nos dio tiempo a presentarnos el día que nos encontramos. Creo que mi visita pilló a Martín un poco a contrapelo —dijo en tono contrito, rabiando por comerse una de esas croquetas—. Y yo tampoco esperaba encontrarme contigo. Ni con Sara.

Lali soltó una carcajada divertida. Tenía una voz grave, casi masculina. Era delgada y enteca, estaba muy bronceada, y exhibía una melena teñida de rubio muy cuidada que contrastaba de modo llamativo con los ojos oscuros que había heredado Martín.

—Anda, coge dos cervezas que he puesto a enfriar en el congelador. Estas croquetas de ahí no están tan calientes, si te apetece, adelante. Así me dices qué tal están.

Primero cogió la croqueta, y cerró los ojos para degustarla mejor. Qué rica. Mientras masticaba, sacó dos los dos botellines helados.

—¿Vasos? —preguntó Carolina, ante las muchas alacenas que tenía la cocina.

—Tienes el abridor ahí encima, a mí no me hace falta vaso. Si quieres uno para ti, coge del lavavajillas.

Ella negó con la cabeza. Qué mujer tan extraordinaria. Le calculó unos setenta años, aunque su rostro exhibía cierto hieratismo que la hizo preguntarse si no se habría hecho alguna cirugía. Tal vez Bótox. En las manos llevaba varios anillos y un reloj de pulsera de aspecto valioso reposaba junto a la placa de inducción.

—¿Qué tal lo llevas con Martín? —dijo Lali, sin perder de vista las

croquetas que se freían. Carolina se sentó en la encimera y dio un trago a la cerveza helada.

—Vamos poco a poco. No hace mucho que... que salimos.

La mujer le lanzó una mirada penetrante de algunos segundos y siguió a lo suyo.

—Me refería a qué tal llevas las extravagancias de Martín en la cama.

Joder. Carolina se aclaró la garganta y tomó otro trago de cerveza. Lali la imitó, bebiendo directamente de la botella en un gesto que encerraba una energía y una vida que la sorprendió aún más que la pregunta. Ya sabía de dónde sacaba Martín el magnetismo sexual que desprendía. De su madre. Contestó con la verdad, que, curiosamente, se le antojó lo más fácil.

—Aunque no te lo creas, no he catado la cama con Martín.

Ahí fue Lali la que apartó el sartén del fuego, con las croquetas a medio freír, se cruzó de brazos y clavó los ojos en ella.

—Eso sí que no me lo puedo creer.

Carolina soltó una carcajada, echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, sin saber muy bien por dónde tirar. Lali esperaba con expresión maravillada una respuesta. Se encogió de hombros y asintió para enfatizar su respuesta.

—Es la verdad. He podido conocer sus... extravagancias, pero no en la cama.

—Pues vaya novedad —dijo Lali, poniendo el sartén en el fuego de nuevo—. Hubo una época en que Martín se tiraba todo lo que se le pusiera por delante.

—Supongo que después de un divorcio te sientes liberado. Yo misma he vivido algo parecido —replicó Carolina, algo brusca. Prefería no escuchar aquella información. La intuía, claro, pero era muy diferente tener una confirmación. Además, de boca de su madre.

—¿Tú estás divorciada? —preguntó Lali con curiosidad—, ¡pero si eres jovencísima!

Ella rio a su pesar.

—No. Pero he salido de un par de relaciones largas. Y no soy tan joven —aclaró también. Le gustaba aquella mujer, pero no apreciaba la condescendencia—. Tengo treinta años. La mayoría de mis amigas están casadas, o cerca de estarlo, o tienen niños. Supongo que yo me he quedado atrás.

—Eres más lista que todas ellas. Yo me casé muy joven, y tuve a Martín y a

su hermano antes de poder vivir todo lo que tenía que vivir.

—Eran otros tiempos.

—¡Oh, no me arrepiento! Joven o vieja, las cosas tienen que vivirse y, tarde o temprano, las etapas se queman. —Carolina se preguntó qué pensaría al respecto su propia madre, siempre tan convencional y que, tras la muerte de su padre, se había cerrado a la oportunidad de conocer a ningún otro hombre—. Yo tuve la suerte de que el padre de Martín me aguantase cuando fueron pasando. No todos son así de afortunados, fíjate en Martín.

La última frase la dijo con un tono resignado y revestido de dolor. La confianza que se intuía entre madre e hijo era abrumadora. Si ella le contase las cosas que había hecho con Martín a su madre, saldría corriendo despavorida, la juzgaría y supondría un quiebre entre ellas.

—Algo me contó él. La verdad es que tuvo que ser muy duro.

—Fue un infierno. Se aferró durante años a la idea de su matrimonio, por amor a su mujer, y sobre todo, por amor a su hija. —De pronto, Lali pareció mucho más vieja de lo que era en realidad—. Nunca he visto dos personas tan miserables en toda mi vida. La niña era demasiado pequeña para darse cuenta de nada, y los dos son unos padres magníficos. —Carolina la escuchó con atención, sin atreverse a intervenir—. Pero la relación acabó por hacer aguas a lo grande. Primero vino el amante de ella. Luego los devaneos de Martín. Estaban tan perdidos en aquella época...—dijo Lali, con la mirada ausente y las manos trabajando en la bechamel como por inercia—. Me alegro mucho de que los dos sean por fin felices.

—Vaya historia —murmuró Carolina, abrumada por el dolor sereno que transmitía la mujer. Una nostalgia extraña por consolar a Martín por todo lo que había pasado comenzó a invadir su pecho.

—Es por eso que ahora me toca hacer de suegra cabrona —dijo, cambiando el tono a uno entre divertido y amenazador—. Si le rompes el corazón, te sacaré con las uñas los ojazos esos tan verdes que tienes.

Carolina se echó a reír. Lo entendía perfectamente. Una madre que protegía y defendía a su hijo.

—No te preocupes por eso, Lali. Si hay alguien aquí en riesgo de salir con un corazón roto, esa soy yo. —Lo tenía clarísimo. Martín tenía el suyo tan acorazado que dudaba mucho lograr llegar a algún sitio más allá de la cama con él—. Por ahora, estoy aprendiendo con él muchas cosas que no conocía, y de mí misma. Creo que hablar de corazones rotos es muy prematuro. Sobre todo, para él.

—Pásalo bien, querida. Sé siempre sincera. Pero tampoco dejes que él te

arrastre ni olvides quién eres ni qué es lo que quieres. —Carolina tragó saliva, emocionada por la solidaridad femenina. Ojalá su madre le hubiera hablado así alguna vez—. Hombres como Martín hacen que una se olvide fácilmente de una misma, por complacerlos y querer retenerlos. Lo sé porque llevo casi cincuenta años casada con uno.

—Soy un poco egoísta para eso —rio ella, divertida—. Y tengo muy poca vocación de servicio. Supongo que eso me protegerá.

—Chica lista. ¡Chica lista! —respondió Lali, dando su aprobación—. Martín se va a tener que poner las pilas contigo. ¡Y buena falta que le hace!

Cuando Martín entró en la cocina las encontró riendo a carcajadas con un botellín de cerveza en la mano. Su madre frente a la sartén de las croquetas, y Carolina sentada en la encimera. La preocupación y la alarma pasaron a ser alivio. No lo habían visto.

—¿Qué se cuece en el aquelarre? —tronó con su vozarrón.

—¡Ay, hijo! —dijo su madre llevándose una mano al pecho—. ¡Qué susto nos has dado!

—Hablabamos de ti, por supuesto —dijo Carolina con tono conspirador. Estaba preciosa con aquel vestido negro y entallado. Si su madre no estuviera allí, se lo habría arrancado en la cocina. Una desesperación insidiosa llevaba tejiéndose desde que le había mordido los labios en aquel beso devastador.

—Pensé que ya te habrías marchado, mamá. —La saludó con un beso en la mejilla, y apretó un par de veces su brazo. Poco sutil, pero esperaba que efectivo—. Hola, Carolina.

—Hola, Martín.

Se acercó a ella, pensando en cómo saludarla. Su mirada divertida y la sonrisa sensual de su boca lo invitaban a besar, morder, lamer... Seguía sentada en la encimera, con las manos debajo de los muslos, sin facilitarle la tarea. Optó por besarla en la frente y alejarse con la excusa de quitarse la chaqueta.

—Hijo, como si no me conocieras. Me dices que va a venir, ¿y tú crees que le iba a abrir la puerta, marcharme y quedarme tan pancha? —dijo su madre, ofreciéndole la fuente de croquetas recién hechas—. En vez de eso, te dejo la cena lista para Sarita y un par de *tuppers* en el congelador. Y he tenido una charla con

Carolina de lo más interesante.

—Gracias, mamá.

Pero no le prestó atención. Carolina abandonó la encimera y sacó otras tres cervezas, las destapó, y las repartió. Sonrió al rozar los dedos de su mano. Ya habría tiempo.

—Voy a planchar un rato en la habitación de Sara, os dejo solos —dijo, guiñándole un ojo a Carolina, que le devolvió el gesto.

Martín las miró, intrigado. ¿De qué habrían hablado para generar esa complicidad en tan poco tiempo? Esperó a que su madre se marchara para volverse hacia ella.

—¿Nos ponemos a ello?

—¿No quieres descansar un rato? Siento mucho prolongar tu jornada de trabajo, estoy un poco perdida con todo esto —reconoció, contrita. Martín sonrió por su consideración. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por él, más allá de sus padres y de Sarita—. Tengo miedo de tocar cualquier tuerca y que toda la máquina se venga abajo.

—No te preocupes, siento haberte hecho esperar. —Apoyó la mano en la espalda desnuda de Carolina, sujetando los dedos para que no recorriesen su columna vertebral.

—No lo sientas, tu madre ha sido una anfitriona excelente. Me ha atiborrado de cerveza y croquetas, y luego ha amenazado con sacarme los ojos.

—Me lo creo. Joder, espero que no te haya hecho pasar un mal rato. —Su madre podía llegar a ser una verdadera arpía y era una enemiga peligrosa—. Es demasiado protectora y se mete en todo. Y no hay nada que yo pueda hacer.

—Se preocupa por ti y tiene curiosidad —la disculpó Carolina—. Nos hemos reído mucho. Tienes suerte de tener una relación tan fluida con ella. Si yo le contase a la mía lo que ha ocurrido últimamente en Madrid... —Dejó la frase sin acabar, mientras que componía una expresión escandalizada. Abrió la enorme carpeta sobre la mesa y le dio un trago a la cerveza. Parecía un poco distante y ponderó apartar todo aquello y hablar con ella, pero el ruido del vapor de la plancha solo a una pared de distancia lo disuadió. Ya tendrían tiempo de hablar. Largo y tendido.

—Déjame ver —murmuró, centrando su atención en los planos y las fotos. Era difícil ignorar el aroma fresco de su perfume, el calor que emanaba su piel, y la línea que dibujaba su nuca al inclinarse sobre la mesa—. ¿Tienes un rotulador

permanente?

Ella sacó de su bolso un estuche rosa lleno de lápices, rotuladores y bolígrafos. Martín sonrió. Era profesional y eficaz hasta la médula. Le gustaba el contraste que generaba que en el sexo fuera tan pasional y visceral. Marcó con una equis azul las piezas prescindibles de la cubierta de la maquinaria y rodeó con un círculo rojo las áreas que era mejor no tocar. Había varios planos, así que tardaron un par de horas en terminar.

—Mil gracias, Martín.

—Espero cobrártelo en especies. Entre esto y las estanterías, me siento explotado —bromeó él.

—Bueno..., la última vez rechazaste la invitación que te hice a cenar — tanteó Carolina. Parecía reacia a abordar el tema, pero Martín sabía que guardaba un tema pendiente con aquella noche.

—Lo sé. Debí contarte de Sara. La verdad es que no pensé que duraríamos tanto. Julio contigo pasó en un suspiro —confesó, guardando el material en su sitio. Evitó mirarla a los ojos pese a que sentía los de ella clavados en él—. Llegó agosto, Sara volvió de pasar la primera parte del verano con su madre y no supe resolverlo. Me bloqueé.

—Tres semanas sin saber nada de ti, sin ninguna explicación y cuando mejor estábamos. —Carolina lo dijo sin emoción alguna, girando con pericia un bolígrafo entre sus dedos—. ¿Va a volver a pasar algo así? Me refiero a que yo no tengo a nadie que me proteja, Martín. No quiero que me hagas daño.

—Joder. Me porté como un cabrón. Lo siento. —Nunca debió desaparecer así. Quedó como un cerdo cuando lo cierto era que estaba cagado de miedo. Se acercó a Carolina con la necesidad de abrazarla, pero ella alzó una mano para detenerlo.

—Y hay otra cosa. A ti te van las cosas «extravagantes», como dice tu madre. Yo todavía no sé lo que me va, pero sí soy muy de piel. —Martín la miró con curiosidad. Era raro que una mujer se mostrara tan sincera al expresar sus necesidades, y lo agradeció internamente—. No me refiero a follar, por muchas ganas que tenga. Me refiero a que me gusta abrazar, tocar...

La envolvió entre sus brazos por fin. Carolina hundió el rostro en su pecho y se quedó ahí durante unos largos segundos. Qué bien se sentía.

—Me parece perfecto. Una cosa no quita la otra. Soy un yonqui de los abrazos —dijo apoyando los labios en su pelo. Ella alzó la mirada y sonrió ante su confesión—. Y de los besos. Sobre todo, de los besos.

Reprimió las ganas de agarrar en un puño su melena y estallar sus labios en su boca. En vez de eso, los apoyó tan solo un par de segundos con dulzura.

—Menos mal —dijo Carolina, riendo—. Ya me has dado un pico. Ahora solo falta que me toques una teta para ser convencionales del todo.

Los dos se echaron a reír. Martín sentía alivio por haber enfrentado aquel pequeño escollo, y Carolina parecía más relajada. Su madre escogió ese momento para entrar en el salón. Muy oportuna.

—Martín, perdona que os interrumpa. Llama la madre de Daniela.

Lali se sentó en el sofá y Carolina se situó junto a ella, tranquila por haber aclarado las cosas con Martín. Tenía la sensación de que les quedaba aún mucho que hablar, pero al menos habían enfrentado con sinceridad el problema. Estuvieron en silencio mientras él hablaba por teléfono. Parecía reacio a algo y Carolina prestó mayor atención.

—...no, no. Ya se quedará a dormir en otro momento. Te agradezco la invitación, pero tengo que hablarlo con su madre y Sara aún se despierta por las noches con pesadillas. —Qué difícil era tener un hijo. Ver a Martín en aquella faceta le resultaba extraño y a la vez fascinante. Tenía las cosas claras y pensaba en todo—. Perfecto. Salgo para allá, y llegaré dentro de una hora.

Colgó el teléfono y lanzó una mirada culpable a Carolina. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, Lali tomó la palabra.

—Tienes que soltarla, Martín. ¡Deja que se quede en casa de su amiga! —intercedió por su nieta con énfasis—. No puedes encerrarla en casa.

Él negó, obstinado.

—No. Es algo que tengo que hablar con su madre. Ya tendrá edad para quedarse con sus amigas más adelante. —Zanjó con firmeza la cuestión y Lali no insistió. Después, se dirigió a ella—. ¿Quieres que te acerque a casa? Es un poco tarde.

—No, no te preocupes. Tú andas con prisa y yo llego en el cercanías enseguida. —Se levantó y cogió el bolso, apretándolo contra su pecho como una defensa absurda—. El viernes nos vemos. Ha sido un enorme placer conocerte, Lali.

La madre de Martín se levantó también y le dio un abrazo corto, pero sentido.

—Un día tenemos que quedar tú y yo para poner verde a este —respondió la mujer. Carolina se echó a reír mientras Martín gruñía una protesta—. Le pediré tu

teléfono y la próxima vez que baje a Madrid, te llamo y tomamos una caña.

—Me parece un plan genial.

—Venga, te acompaño —gruñó él, rodeando su cintura con un brazo.

—¡No hace falta que me eches! —rio Carolina, caminando junto a él hacia la puerta. Cogió la voluminosa carpeta, casi se olvidaba de ella.

—No es por eso. Quiero tenerte aunque sea cinco minutos para mí solo, joder. Suelta eso —dijo él, quitándole la carpeta para apoyarla en la pared—. ¿No te he dicho que soy un yonqui de los abrazos? Ven aquí.

Se encerraron el uno en el otro, envolviéndose con los brazos. Las palmas abiertas, los sexos estrechándose. Los pechos de Carolina aplastados contra el torso masculino y los labios de Martín sobre su frente. Suspiró de satisfacción por el confort y la calidez, e inhaló el aroma de su perfume y la piel caliente y madura. Cuando notó que la erección de Martín comenzaba a alzarse entre ellos, lo apartó con suavidad.

—Me voy. Nos vemos el viernes —repitió. Se alzó de puntillas para llegar a sus labios, tomó el inferior entre sus dientes y, sin atreverse a apretar demasiado, lo mordió. Podría también ser su fetiche.

No hay vuelta atrás

Caminó por Ortega y Gasset hasta llegar a La Perla. Esta vez, sería ella quien sorprendiera a Martín. Paseó sus dedos sobre las delicadas prendas expuestas, algunas de corte más romántico, otras más agresivas, hasta dar con el conjunto que le pareció perfecto. A Martín le gustaban las transparencias y aquel corpiño de tul púrpura, reforzado con lazos finos de terciopelo, y un bordado de flores con hilos de plata era justo lo que tenía en mente. Pidió las bragas y el liguero a juego a la dependienta y añadió unas medias con costura trasera.

Se desnudó con parsimonia, disfrutando del proceso de dejar caer la ropa en el lujoso probador.

—Es un conjunto maravilloso —dijo la chica, mientras la ayudaba a ajustarse los cierres.

Carolina asintió al ver su cuerpo cubierto con la tenue capa semitransparente y las tiras que se aferraban a sus curvas en los lugares precisos: en torno a sus pechos, modelando su cintura y sus caderas. Sonrió. Martín iba a caer rendido a sus pies, y esta vez, no iba a permitir un no por respuesta. Ya llevaban un par de «citas vainilla». Ahora quería follar.

Y sabía que iba a ser sublime.

Prefirió no mirar el importe final al extender la tarjeta de crédito. En realidad, le daba lo mismo. Los zapatos, unos Bordello de plataforma, los había comprado por internet.

Echó un vistazo rápido al reloj y se apresuró hasta el enorme edificio de cristal y acero que albergaba el estudio de arquitectura. Óscar quería ver sus avances con el proyecto de la bodega, y tenía preparados un montón de bocetos. La esperaba una reunión dura, pero el premio valdría la pena.

Los planos, los presupuestos y los dibujos que había hecho para el cliente cubrían por completo la enorme mesa de juntas, sorteando a duras penas las tazas de café vacías. Carolina suspiró, agotada. Llevaban más de tres horas de reunión y no tenía visos de llegar a ninguna parte. Volvería a rehacer el trabajo: el cliente no tenía nada

claro lo que quería, y aunque le habían gustado las propuestas, no terminaba por decidirse. Pagaban bien y apreciaba su trabajo, no podía quejarse, pero hubiera preferido avanzar algo más en aquella reunión. Óscar también parecía agotado e impaciente.

Cuando por fin acabó, se zafó como pudo del grupo, que trató de convencerla para ir a tomar una copa. Su jefe la miró durante unos largos segundos y Carolina se ruborizó. Parecía saber con todo detalle lo que pasaba por su cabeza cuando paseó los ojos por su cuerpo y los fijó en la maleta, algo más grande de lo habitual, que aguardaba a su lado.

—Buen trabajo. No le des importancia a las dudas del cliente, pasarán por el aro. Ya verás.

—Gracias. Eso espero.

—Dale las gracias también a tu amigo ingeniero. Sea lo que sea que haya hecho, ha ayudado. —Carolina reprimió una sonrisa al adivinar en su mirada la pregunta que hizo después—. ¿Quién es? Quizá podamos pedirle asesoría de manera más oficial en una próxima ocasión.

Lo pensó un momento. Quizá a Martín le vendría bien el contacto, nunca se sabía cuándo ibas a necesitar algo así. Rebuscó en su bolso la tarjeta que guardaba con sus datos laborales y se la tendió a Óscar.

—Martín Guerrero.

Él alzó los ojos. El interrogatorio iba a continuar, pero Carolina lo interrumpió antes de que pudiese empezar.

—Hasta la semana que viene, Óscar. Tengo que irme.

—Una copa, Carolina. Conmigo, no hace falta que sea con el grupo si no quieres.

Estudió con curiosidad su rostro poco expresivo, casi hierático. Nunca había mostrado interés en ella, más allá de lo relativo al trabajo, pero desde que había vuelto de vacaciones lo había sorprendido observándola en silencio en más de una ocasión.

—Otro día, de verdad. Me están esperando.

Su jefe asintió, aunque reacio, y después desapareció tras la puerta de su despacho. Ella se apresuró hacia la salida. No podía avisar a Martín de que llegaba tarde. Muy tarde. La batería de su móvil llevaba muerta desde quién sabía cuándo y no tenía tiempo de cargarla. Tampoco se entretuvo en caminar hasta el metro. En cuanto vio un taxi, alzó la mano con impaciencia.

Cuando llegó al edificio de Martín, timbró en el telefonillo y entró empujando con fuerza la pesada puerta de hierro forjado.

Golpeó el suelo con el pie repetidas veces mientras el ascensor subía al último piso. Cuando se vio frente a la entrada del apartamento, vaciló un instante antes de llamar. Necesitaba recuperar el control de sus ansias desbocadas, del hambre por tocarlo, del deseo de poseerlo por fin.

Cuando la puerta se abrió, el rostro de Martín estaba vestido de una ominosa seriedad.

Carolina supo al instante que algo iba mal. Martín llevaba una camisa blanca, algo arrugada y abierta, que dejaba desnudo su torso musculado, y un vaso de *whisky* con hielo en la mano. Ni siquiera la saludó.

—¿No has recibido mis mensajes? —preguntó con voz glacial.

Toda la sensualidad acumulada durante el día se esfumó. Se cerró la chaqueta de punto sobre el pecho y enterró la cabeza entre los hombros en un gesto de timidez.

—Me he quedado sin batería. Llevo tres horas de reunión y no he parado ni un segundo.

Se quedaron inmóviles durante un instante. Martín, en el quicio de la puerta, apoyado con un codo sobre el marco. Carolina de pie frente a él en la entrada, sin poder dejar de apreciar la visión del cuerpo masculino y el rictus severo de su rostro, pese a la irritación creciente que se apoderaba de ella por el áspero recibimiento.

—Pasa, aunque la verdad es que no es un buen momento.

—No, Martín. Si te viene tan mal, mejor me voy. Descansa y hablamos —dijo, sin poder evitar el tono cortante.

Cuando se giró para marcharse, Martín pareció reaccionar. La sujetó del brazo y la atrajo hacia sí, con suavidad, pero sin permitir una escapada.

—Por favor, Carolina —dijo al notar sus reticencias—. Perdóname tú a mí. He tenido un día de mierda, mil problemas en la cabeza y estoy empantanado de trabajo.

—Entonces no te molesto —insistió ella, intentando alejarse hacia el ascensor.

—No. No te vayas. Por favor. Llevo toda la semana pensando en ti. Y necesito parar: llevo todo el día sin despegarme del móvil y del portátil. Pasa.

No había sido la única en desvelarse por las noches recordando las promesas y las palabras que se dijeron en su último encuentro. Se había masturbado una y mil veces pensando en él, pero ahora parecía distante y retraído. El maldito trabajo. Su hija. Su madre. Esperaba que algún día, le tocara a ella. Y aquel día tampoco iba a ser. Suspiró.

—De acuerdo.

Se sentaron en el mismo sofá donde Carolina había llegado al orgasmo acunada por dos desconocidos y junto a Martín. No pudo evitar una risita divertida al recordar la parte de sí misma que había quedado atrás aquel día. Tenía la certeza de que el sexo, para ella, jamás sería lo mismo.

—Pasaron muchas cosas en este sofá —murmuró él, con la sonrisa bailando en sus labios plenos y en los ojos oscuros.

—Y se hablaron muchas cosas, también —atacó Carolina, sin piedad. Necesitaba saber a qué atenerse. Cuando Martín adoptaba esa pose de indiferencia fría y estudiada, no podía evitar perder parte de su seguridad.

Él reclinó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro cansado.

—Lo sé. Pero hoy... estoy agotado, cabreado y preocupado. Puedes quedarte el tiempo que quieras, sabes que aprecio mucho tu compañía, pero hoy no ocurrirá nada.

Carolina encajó el golpe de decepción con deportividad. En cierta manera, lo sabía. No estaba segura de si Martín decía la verdad, o si seguía huyendo. Él se levantó de nuevo hacia la mesa de trabajo arrinconada en una pared del salón, y revisó la pantalla del ordenador, preocupado. Contestó una llamada de teléfono. Carolina aguzó el oído en un intento de escuchar algo.

—¿...es definitivo? ¿Hemos perdido la concesión?

Paseaba de un lado a otro del salón, pero en ese momento se quedó clavado en el sitio y llevó la mano al pelo corto en un gesto de desesperación.

—De acuerdo. Gracias por todo. Habéis trabajado bien. El lunes veremos cómo afrontamos las pérdidas.

Se sentó en una butaca frente a la ventana y se tapó el rostro con las manos. Parecía derrotado. Tenía la vaga idea de que trabajaba en un proyecto muy ambicioso, en el que había invertido mucho tiempo y dinero. Algo había salido mal, pero no sabía qué era. No sabía cómo ayudarlo. No tenía ni idea de quién era Martín en realidad. Aunque, ¿acaso hacía falta para poder consolarlo? Una idea destelló en su cabeza y sonrió, pícara. Se levantó con determinación y caminó hasta él.

—Vamos, vístete —lo arengó.

—Carolina...

—Venga. Te voy a sacar de marcha por Madrid. Tiene pinta de que no has salido en una buena temporada —respondió, examinándolo con ojo crítico—. Tiene pinta de que no te has corrido una buena juerga en toda tu vida.

Eso pareció hacerlo reaccionar. Se levantó del sofá y se dirigió a la habitación, echándole una mirada divertida y a la vez intrigada a Carolina, que sonrió.

Mientras él se vestía, se maquilló en el pequeño baño de la entrada. Llevaba un vestido negro abotonado en el pecho, algo serio para donde tenía pensado llevarlo, pero no tenía otra indumentaria aparte de una lencería preciosa pero muy poco práctica y su ropa cómoda para el fin de semana. Tras pensarlo un momento, se quitó los zapatos de tacón de la oficina y se calzó los Bordellos. Sonrió al verse en el espejo y comprobar que su aspecto cambiaba de sobrio y elegante a sensual y provocativo. Desordenó con esmero su melena corta, y cargó su mirada con una línea gruesa y felina de kohl, y con máscara de pestañas.

Martín se puso una chaqueta de lino azul marino sobre sus Docker's de gabardina y su camisa blanca. Carolina, su chaqueta de cuero. Las noches comenzaban a refrescar.

—Demasiado pijo para donde voy a llevarte —rio ella, jugueteando con las solapas.

—¿Me vas a decir dónde vamos?

Ella solo sonrió.

—Carolina, estoy muy pasado para esto —protestó Martín cuando entraron al primer garito de los bajos de Argüelles. La música heavy metal no le desagradaba, pero estaba demasiado alta y había demasiada gente en el local como para sentirse cómodo. Hacía décadas que no pisaba un sitio así.

En cambio, ella se movía como pez en el agua. Serpenteó arrastrándolo entre la gente hasta la barra y pidió unos chupitos de nombre absurdo.

—Venga. Por las operaciones perdidas y las nuevas oportunidades —dijo con una sonrisa coqueta. Martín se echó a reír, desarmado. En sus palabras se encerraba más verdad de lo que ella jamás sabría.

Vació de un trago la mezcla fuerte y demasiado dulce, que golpeó su garganta y su cabeza.

—¡Otro! —ordenó Carolina, dando un pequeño golpe en la barra.

El camarero, vestido de negro con una camiseta con el logotipo desgastado del bar, lo miró con sorna cuando titubeó. No le quedó otra que bajar el chupito sintiendo que le ardía el estómago y la sangre comenzaba a circular más rápido en sus venas. Carolina soltó una carcajada al ver su rostro crispado por el latigazo del alcohol barato y rodeó su cuello con los brazos en un abrazo rápido, pero se deshizo de él cuando trató de ceñirla por la cintura y acercarse a sus labios.

—¡Vamos!

Recorrieron, uno detrás de otro, los bares, algunos más bien antros, compartiendo copas y algunas confidencias. Cuando entraron a la enorme discoteca, que albergaba a una marea de gente, casi agradeció encontrarse en un ambiente un poco más comercial. Hablaron poco y se entendieron menos, pero el alcohol hacía su trabajo y Martín sentía que dejaba los problemas atrás por un rato y bailaba junto a Carolina ignorando el sudor que bajaba por su espalda, el calor sofocante y la sensación de opresión.

Ella bailaba ajena a todo, se contoneaba, elevaba los brazos y cerraba los ojos, con una media sonrisa en el rostro. Por un momento, su imaginación se desató al entender que esos mismos movimientos, sensuales, sinuosos, los replicaría durante el sexo.

Ella lo miró. Se follaron con los ojos, pero no se tocaron. Se movieron al compás de la música con el único nexo de sus miradas en un momento de intimidad extraña, aderezada por el alcohol y propiciado por el humor receptivo que ambos compartían. De pronto, alguien la empujó y chocó con violencia contra el cuerpo de Martín.

—¡Mira por dónde vas, gilipollas! —insultó él, al ver la mueca de dolor de Carolina, que se inclinó para frotarse un tobillo.

—¿Tú de qué vas, pijo de mierda? —El otro se volvió, amenazador.

—Martín, déjalo. Son unos críos.

Pero él se encaró con el niño que lo retaba alzando el mentón con gesto insultante. Cuando recibió un empujón seco en el pecho, se inflamó como la pólvora y alzó los puños en un gesto reflejo.

—¡Martín! —gritó Carolina, con voz de alarma.

El problema era que al niño lo secundaban unos seis u ocho niños más,

todavía algo dispersos en la pista, pero que ya se movían con rapidez hacia ellos. Envalentonados por el efecto manada y medio borrachos, el grupo se acercó, intentando acorralarlo. El brillo acerado de una navaja destelló en una de las manos. Carolina tiró de él con fuerza.

—Martín, por favor. ¡Te van a dar una paliza!

Primero se resistió, pero cuando tres de los chavales alzaron sus puños, soltando insultos y amenazas, se dejó llevar. Y ellos fueron detrás.

El humo artificial, las luces estroboscópicas y la marea humana los hizo perder a sus perseguidores, pero siguieron avanzando.

Sin saber cómo, acabaron metidos en el sórdido cubículo de un cuarto de baño. Varias mujeres hablaban y se maquillaban, entre risas y charla, frente al espejo. No les prestaron ninguna atención. Esas mismas chicas protestaron airadas cuando unas voces masculinas entraron.

Tenían que ser ellos. Esperaron unos minutos. Martín tenía a Carolina atrapada contra la pared de azulejos rotos y rayados. Ella intentó moverse y decir algo, pero él puso la mano sobre su boca, y la amordazó.

—Aquí no pueden estar, es el baño de tías. Vámonos.

La algarabía de la charla y los gritos de las chicas, el follón de la música tan solo un poco amortiguada por la puerta que se abría y se cerraba, los sonidos de las cisternas del váter al ser accionadas armaban una cacofonía de ruidos insoportable. El lugar olía a lejía barata, alcohol y orina. No podía imaginar un lugar peor en el que estar, pero cuando Carolina estrelló sus labios contra los de él, no se resistió.

Por fin. Por fin. Por fin.

Se besaron con fiereza, con urgencia. Martín apretó sus pechos sobre la tela del vestido y mordió su cuello sin poder controlar el ramalazo de lujuria. Carolina se aferraba a su espalda con una mano y con la otra buscaba la hebilla del cinturón entre los dos cuerpos pegados, febriles.

No protestó. No la paró. ¿Qué podía hacer, si sus dedos gráciles ya habían encontrado su erección y la apretaban y retorcían buscando llevarla donde pertenecía? Al interior de su sexo. Se inclinó sobre ella y la agarró de los muslos. Benditas medias con ligero. Solo tuvo que apartar la entrepierna de sus bragas para enterrarse en ella con la furia desatada de todas aquellas semanas de autocontrol. El abrazo de su carne fue sublime.

La levantó contra la pared de azulejos con la fuerza de sus embestidas. Gruñó al sentir las uñas de Carolina clavarse en su cuero cabelludo. Los gemidos

de ella ganaban en intensidad y tuvo que amordazarla de nuevo con la mano, placándola sin piedad. Sus ojos estaban cerrados con fuerza. Pero, de pronto, los abrió. La mirada femenina y penetrante se engarzó con la suya. Supo que llegaba al orgasmo justo antes de sentir las contracciones de su sexo envolverlo con una humedad ardiente y de percibir los gemidos desgarrados de su garganta contra la palma de su mano. Lo vio en los ojos salvajes. Apretó los dientes, y aferrándose a sus muslos como si de una tabla de salvación se tratara, Martín se dejó ir. Carolina lo confortó entre sus brazos mientras se deshacía en espasmos.

Ambos jadearon, exhaustos. Ella se dejó caer en su pecho cuando le soltó las piernas y la depositó con suavidad en el suelo.

No fue, desde luego, lo que él había imaginado.

Y no pudo soñar con nada mejor.

—Ya no hay vuelta atrás, lo sabes, ¿no, Carolina? —dijo él. Ella asintió.

—Ya no hay vuelta atrás.

©Mimmi Kass.

Agradecimientos

Una historia de este tipo no es fácil de abordar. Son muchas las personas que siguen viendo el sexo no convencional como algo malo, oscuro, dañino. Espero que con Martín y Carolina puedan mirarlo con otros ojos y no juzgar. También quería mostrar lo que hay más allá del disfrute. Las escenas y los encuentros son importantes, pero también lo son sus protagonistas. Muchas veces la literatura erótica se queda en la superficie y no perfila a quienes están detrás.

Gracias a Arola Poch por darme el ojo clínico de la psicóloga experta en sexología y en fetichismos.

Gracias a todos los fetichistas que se han tomado un minuto para contarme lo que les parecían los relatos iniciales y confiarme sus propias historias.

Gracias a quienes me habéis presionado para que se transformara en una novela. Mi idea inicial era que quedase en un puñado de historias; vuestro empuje la ha hecho llegar a lo que ahora es.

Gracias a los que depositáis vuestra confianza en mí, eligiéndome en vuestras lecturas. Espero estar siempre a la altura.

Al vikingo. A mis hijos. A mi familia. Por su paciencia y amor infinitos.

Si has disfrutado de esta historia, te invito a hacer una valoración en Amazon. Es la manera de dar a conocer a Martín y Carolina a otras personas, y a mí me ayuda mucho como escritora autopublicada.

Gracias por leerme. Sin ti, nada de esto tendría sentido.

Mis otras novelas

Te invito a conocer el resto de mi trabajo.

La serie En cuerpo y alma tiene ya miles de lectores en todo el mundo. Los dos títulos publicados hasta el momento: Radiografía del deseo y Diagnóstico del placer, forman parte de los bestseller de erótica en Amazon. El tercer título, Latidos de lujuria, estará publicado antes de fin de año.

Radiografía del deseo

Doce mil kilómetros separan los lugares de origen de Erik y de Inés: su crianza, su idiosincrasia, su manera de ser. El deseo y la atracción se hacen inevitables en este choque de titanes y el sexo lo inundará todo, pero ¿podrá surgir algo más?

[Disponible en formato digital y tapa blanda en todas las plataformas de Amazon.](#)

Diagnóstico del placer

Cuando la persona que camina a tu lado sacude todos tus cimientos, solo queda una pregunta: ¿se atreverán Inés y Erik a ir más allá de su zona de confort? Una sutil aproximación al BDSM, de manera natural y realista.

[Disponible en formato digital y tapa blanda en todas las plataformas de Amazon.](#)

Si prefieres una historia autoconclusiva, puedes leer Ardiendo, publicada bajo el sello HQÑ de Harper Collins Ibérica.

Ardiendo

La mezcla perfecta entre erotismo y suspense, la vida de héroes anónimos hecha novela, ambientada en los paisajes de Galicia y en el peligroso y fascinante mundo del fuego.

[Disponible en formato digital en Amazon y en todas las plataformas de Harper Collins.](#)